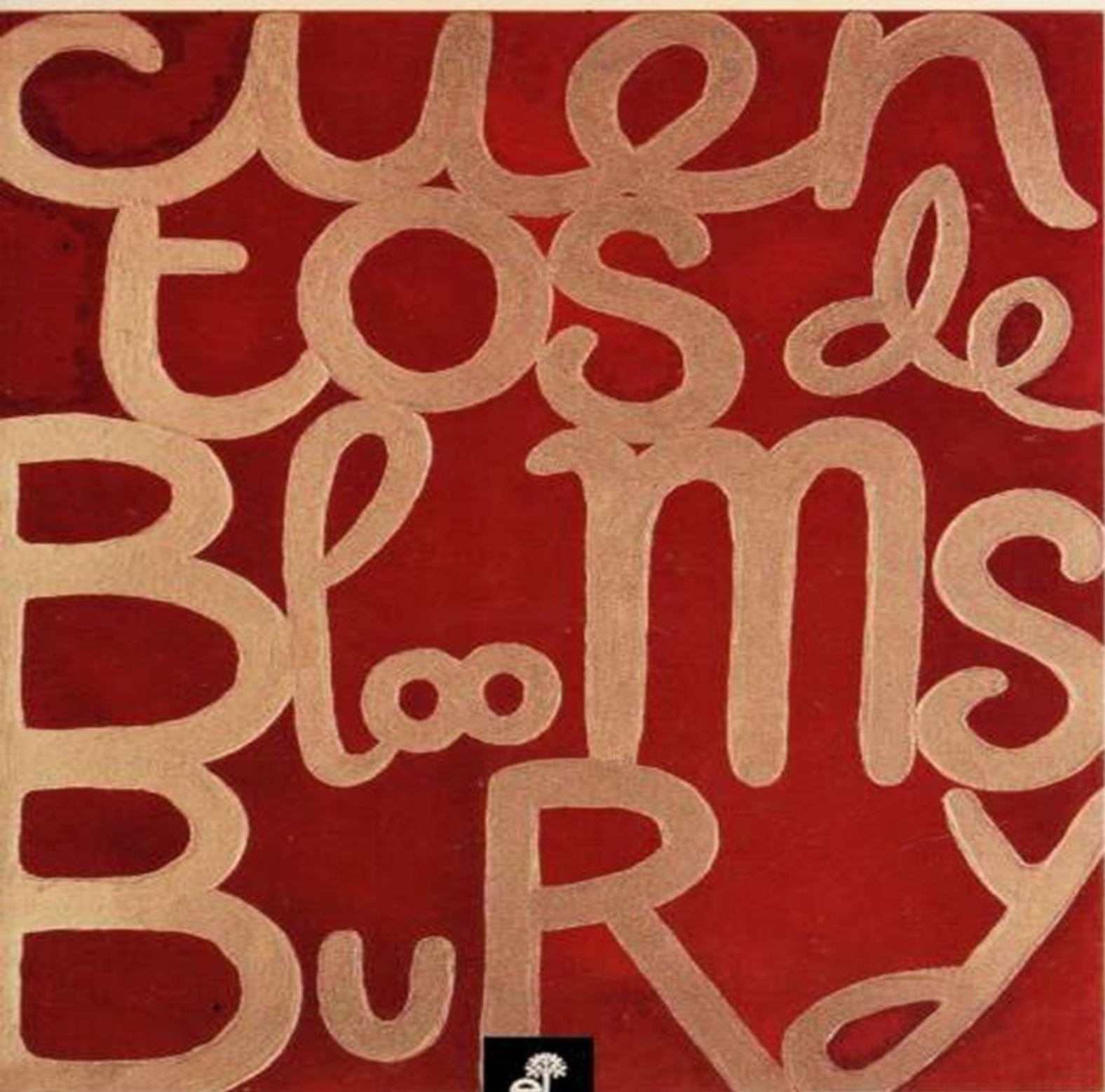


ANA MARÍA NAVALES

CUENTOS
DE BLOOMSBURY



CUENTOS DE BLOOMSBURY

ANA MARÍA NAVALES

EDHASA

Primera edición: junio de 1991

© Ana Maria Navales, 1991

© de la presente edición: Edhasa, 1991

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

Tel.: B. 17.381-1991

ISBN: 84-350-9410-3

Deposito legal: B. 17.381-1991

Impreso por Romanya/Valls
Verdaguer, 1. Capellades (Barcelona)

Impreso en España
Printed in Spain

Desde el 22 Hyde Park Gate, donde nació Virginia Woolf, paseando por Fitzroy Street y Gordon Square, he recorrido, una y otra vez, en mis últimos veranos londinenses, el corazón del Bloomsbury, los lugares que conservan la huella literaria y artística de quienes de este distrito de la ciudad del Támesis recibieron su nombre. Su latido se extiende hacia la región de Sussex, y puede escucharse en la Little Talland House, de Firle, cercana a la Charleston Farmhouse; en la Asham House, que se divisa a través de los árboles al pie de Itford Hill; en la Monk's House, de Rodmell; en la Berwick Church, casi enteramente pintada por Vanessa Bell y Duncan Grant; en Tilton... Más que la curiosidad, la pasión me hizo llegar a otros rincones de Inglaterra, siguiendo la huella de Bloomsbury por granjas, mansiones y castillos, o simples casas a la orilla del mar o al pie de las colinas. De todo ello quedan tres grandes álbumes de fotografías, el alma llena de paisajes y sensaciones, y material para algún libro más que no sé si escribiré algún día.

Estos cuentos son una libre recreación de algunos de los personajes que protagonizaron el grupo Bloomsbury. No siempre aparecen con sus nombres porque, a veces, el juego de la ficción me pareció exigirlo. La utilización de la primera persona en algunos de los relatos es también, obviamente, un recurso literario.

Este libro, bajo la sombra tutelar de Virginia Woolf, pretende ser un homenaje a lo que ellos representaron, un momento de plenitud creadora.

EL RETRATO DE LADY WYNDHAM

Ahora iba a llamarse Eleanor Wyndham y una nueva caricatura de su persona aparecería próximamente en una novela. Las cuartillas que Mark había dejado sobre la mesa de su dormitorio la describían superficialmente, pero acentuando su extravagancia. Los sombreros altos como una chistera, los zapatos de punta encorvada y enormes hebillas, sus vestimentas de estilo oriental o griego, túnicas y clámides, vestidos copiados de las madonnas de Rafael, de los cuadros de Velázquez, del vestuario de algún recién estrenado ballet. Mark contaba que una vez la encontró en el vestíbulo del Royal Theatre llevando un kaftán y un fez de piel negra, de caracolillo, que más parecía una peluca rizada para tapar las canas que la hacían más vieja de lo que era en realidad.

Perlas y brocados acentuaban su aspecto de princesa renacentista o de gitana trotamundos, de una belleza rara y discutible, cubierta de joyas como la amante de un rico mercader. Su andar inimitable, igual que si bailara al compás de una música interior que sólo ella podía oír, esa arrogancia heredada de su estirpe, que había crecido al mismo ritmo que su libertad, hacían más enhiesta su figura, desgachada a veces en el abandono de sí misma. En el rostro destacaban los pómulos, la nariz judía, la boca con sonrisa levemente desdeñosa, los ojos de un verde mar azulado, proyectando la mirada fría que era una inicial barrera entre los otros y el profundo calor de su cuerpo que emanaba de las pasiones ocultas.

Mark no era al principio excesivamente ácido con su personaje. Había elegido para Eleanor Wyndham unos orígenes que no se apartaban demasiado de los de su modelo, una lady que comía nueces servidas en bandejas de plata y semillas de alcaravea para combatir sus intensos dolores de cabeza. Una lady cuya infancia dorada había quedado sumergida en los túneles del viejo palacio donde creció esperando su hora de libertad. De niña, para luchar contra el aburrimiento, había cabalgado por Sherwood Forest en su poney blanco como un velo de novia, como un prado cubierto de nieve intacta. Ahora, se entretenía cuidando los crisantemos amarillos que crecían alrededor de su casa en Londres o los grandes jardines del *manor*, la mansión que el lord consorte había adquirido para ella y sus juegos de gran señora en Oxfordshire.

Mark era un buen escritor. Antes de descubrir aquellas cuartillas, de sentirse explotada, observada y analizada, absorbida hasta dejarla sin médula para transplantarla a aquella Eleanor Wyndham, qué nombre tan absurdo, antes de aquella mañana en que había ido a buscarle a su dormitorio para charlar íntimamente, o sea hacía unos minutos, ella había alabado sus novelas frente a otros huéspedes de su palacio, y no sólo por ser amable, porque él hubiese elogiado sus bordados la tarde anterior, sino por sincera admiración.

En el folio número tres, un hábil uso del lenguaje convertía la ironía en burla despiadada. No sabría decir en qué palabras precisamente se apoyaba el escarnio, pero ella sentía humillación y

rabia cuando aquella lady inexistente, esa tal Eleanor Wyndham, se convertía en una fanática religiosa que explicaba la Biblia a los granjeros, enseñaba a leer y escribir a los gitanos que merodeaban por su hacienda o vivía pobremente sólo por darse el placer de arrojar monedas al aire, como si fuesen caramelos, cuando los niños la seguían por las calles del pueblo, sólo por ver su capa negra de vampiro, sus botas rojas de cosaco, su sombrero de larga pluma, su uniforme de mosquetero que ha olvidado en la muralla de palacio el arma de fuego.

El abierto deseo de ridiculizarla se mezclaba con unas gotas de ternura, de cierta poesía que, a veces, se esconde en un relato como los insectos con sus alas plegadas se ocultan entre los pétalos de algunas flores. No se les ve, se les presiente, y uno apenas se atreve a olfatear aquel tulipán cerrado, aquella rosa a medio abrir de la que puede saltar un ser minúsculo dispuesto a clavar su agujón. Así era la prosa de Mark, belleza y dolor difícilmente separables.

Había algún pasaje inocente, como el del asombro de la lady ante el zepelín. La dama no sabía si era privilegio o reconocido valor lo que unía a esos hombres que se elevaban hasta tocar el cielo con la mano, dentro de aquel enorme balón de rugby.

Después, Mark se ensañaba con una lady absurda y dominante, de escaso talento, incapaz de comprender a Tucídides, preocupada por transmitir, confundiéndolo con su extravagancia, un cierto magnetismo personal, puro oropel. Mark la acusaba de rodearse de seres brillantes, de artistas de ingenio, para iluminar su vida que se arrastraba por las sombras. Una señora de alcurnia que coleccionaba cuadros y amantes, y se encerraba en su cuarto para leer a Balzac hasta el amanecer.

La lady compraba los cuadros atendiendo más a su precio y tamaño que a la calidad del artista. Diez o quince libras de entonces, de los tiempos del zepelín, era su tope. En realidad se trataba de ayudar al pintor, de solucionarle un pago de facturas pendientes, la adquisición de materiales de trabajo, comida quizá para un mes. Un modo de conjugar su generosidad con el orgullo del artista. Además, solía enviarle, junto al cheque, entradas para el teatro, el ballet o un concierto de balalaika, para que el elegido tuviese muy claros los límites entre lo que es un regalo, un detalle de distinción, algo superfluo, sin sentido práctico, y la compra de ese cuadro que se admira y desea para contemplarlo en los muros de la propia casa. Si no era así, quería hacérselo creer. Para eliminar todo resquicio de duda, para dejar bien enterrada su generosidad, la lady cerraba la transacción con una frase solemne: «No hay que luchar por el dinero ni por el poder sino por la libertad individual». No eran palabras suyas, pertenecían a uno de los libros que siempre leía de noche, cuando su lecho estaba vacío y, desde afuera, la lluvia y el viento traían canciones de otoño y de hojas caídas.

Aquella lady era una sentimental. De niña había tenido, en un rincón de la abadía del palacio, lo que ella llamaba la habitación de sus tesoros. Cuando los adultos salían de cacería —¡ay!, los tristes venados que entraban en la cocina, quietos, rígidos, mirando fijamente con sus ojos tan cristalinos— o jugaban a las cartas alrededor de la chimenea, o se sentaban en tapizadas sillas francesas a oír los gorgoritos de una dama que apoyaba un brazo junto al jarrón del piano, mientras el otro hacía aletear su pañuelo de encaje; cuando los hombres paseaban su aburrimiento entre el frufrú de las enaguas almidonadas de las señoras, la lady, pequeñita y llena de lazos, se encerraba en su habitación de los tesoros. Allí, en una caja china, guardaba trocitos de seda y terciopelo, de un color amarillo pálido, granate, o de ese plateado opaco que lucían las palomas en los alféizares de las ventanas. Tenía también tarritos de crema vacíos, con dibujos de abanicos en la tapa, y platos de porcelana donde guardaba los pétalos secos de las rosas, los claveles y los

lirios del valle que alguna vez habían adornado sus vestidos. Allí era como una princesa triste, qué tendrá la princesa, que se entretenía en inventar una caligrafía, ahogada de espirales y palos ganchudos, con la que llenaba su diario en el que escribía su vida con afiladas plumas arrancadas a los pavos reales que merodeaban entre las estatuas del jardín. Era una caligrafía hermosa e indescifrable.

Ahora lady Wyndham tenía otros secretos y se dedicaba a otros juegos. A su habitación de los tesoros le había sucedido su gabinete privado, adonde Mark habría tenido que ir la tarde anterior a someterse a uno de esos interrogatorios ridículos y embarazosos con los que lady Wyndham cercaba a sus invitados, sobre todo a aquellos en los que detectaba un poder imaginativo superior, un intenso amor a la vida o una inteligencia especial. Pero también, unos ojos en los que ella creía adivinar extraños misterios, o una sonrisa cautivadora, podrían imponerse a otras más profundas apreciaciones. Los que iban a ser llamados habían aceptado previamente el regalo de sus flores, tulipanes rojos, a veces un ópalo, una alfombra tejida por sus manos, o libros de Gibbon y Ruskin en los que la mayoría de sus huéspedes leían el mensaje no escrito de que su dignidad iba a ser sometida a prueba, quién sabe si también sus dotes de amante.

Mark no había acudido a la cita y ésa era la razón por la que lady Equis, atado el pelo con un foulard de colores como una zingara, irrumpió aquella mañana en su dormitorio y recorrió con furia, para dejar entrar la luz, las rojas cortinas que contrastaban con el gris brillante de las paredes. El balcón se abría al jardín que terminaba en los linderos del bosque, el día era templado y el sol apenas acariciaba aún las estatuas que rodeaban el lago. El dormitorio estaba vacío. Fue entonces cuando ella advirtió las cuartillas que Mark había dejado sobre el escritorio, sin duda deliberadamente, aquel retrato de Eleanor Wyndham, que era como una larga carta dirigida a ella, que era también su propio retrato.

Cuando lady Wyndham salía de viaje llevaba siempre amplias capas repletas de grandes bolsillos interiores en cada uno de los cuales reposaba un libro de su ajeteo previo, de ese ir y venir de las hojas hacia delante y hacia atrás buscando la frase feliz, el diálogo chispeante, la escena audaz, para darle o no su beneplácito, el favor de su compañía, de su interés siempre impaciente del final. Lady Wyndham leía primero a saltos y luego despaciosamente, si el libro había sabido enamorarla.

Así había iniciado también lady Equis la lectura de las páginas de Mark y ahora estaba, sus perros pequineses buscándola por la casa la habían hallado en el dormitorio gris, acariciando en su regazo a uno de aquellos animales y sujetando la ira mientras leía una caricatura de sí misma, la de una diosa serpiente, y era como mirarse al espejo y ver a una imbécil que sin mayores luces pugnaba por entrar con su lámpara apagada en las galerías ocultas de los hombres hermosos para despertar sus sueños.

Lord Equis no quedaba mejor parado en ese relato sobre lady Wyndham. Aparecía como un marido paciente, algunas veces sospechoso, que borraba sus dudas sobre la fidelidad de su lady caprichosa dedicándose a la política, jugando al bridge y coleccionando porcelana china de color azulblanco.

Más de una vez, Mark había esperado en el jardín, junto a otros huéspedes, el retorno de uno de aquellos elegidos por lady Wyndham para un íntimo coloquio en su gabinete. En el gesto de los héroes de la aventura había advertido un cierto malestar, indiferencia en algún caso, pero todos coincidían después en afirmar que el único lenguaje empleado, en ese primer encuentro con la sacerdotisa del amor, había sido la palabra.

Ella, mirando directamente a los ojos del interpelado, solía interesarse primero por su obra artística. Sus preguntas eran convencionales, si escribía mucha poesía en aquel retiro campestre que le había ofrecido, si su pintura progresaba, qué técnicas utilizaba, cuáles eran los colores predominantes en sus cuadros. Después hablaba un poco de ella misma, de los poneyes de Shetland que adoraba de niña, de los carruajes, de las calesas antiguas que había en su casa solariega, de sus viajes a Marienbad, un balneario que le atrajo por la fascinación del nombre más que por la fe de que con sus aguas o la tranquilidad del recinto podían mejorar sus dolores de cabeza. No ponía demasiado el acento en la salud, ése era un tema que siempre aburre a los que están sanos, pero aludía al radio que tomaba en la leche o el té, y al borgoña, como dos recursos para aliviar el dolor que le parecían, si no infalibles, de una refinada originalidad.

Lady Equis, lady Wyndham, se movía en un mundo de sensaciones y estaba acostumbrada a preparar el camino para que la pasión pudiera entrar en su casa de un modo natural, agradable, sin esfuerzo ni violencia. Con gesto elegante servía a su huésped una copa de sidra, no había que desperdiciar el champán francés sin estar segura de que la nave llegaría a buen puerto, y fingía acompañar al invitado en aquel rito apenas burbujeante acercando sus labios al fino cristal de la copa. En seguida la abandonaba junto al Kempis que aparecía abierto en la mesa, como al descuido, como consuelo preparado de antemano por si el elegido, siempre artista o intelectual, no comprendía que ella, en el fondo, no buscaba la vulgaridad del sexo sino compartir la experiencia creativa, la inteligencia, de aquel genio que ya se había bebido la copa de un solo trago. La lady quería comprobar, y aún no lo había conseguido, si es posible inventar el amor sin agotarse en el intento.

Envuelta en terciopelo y entre cojines de seda, lady Equis hablaba de Italia, o de cualquier otro país luminoso y lejano, donde el sol sale más pronto en el horizonte y permanece más tiempo colgado del cielo, y ofreciendo un cigarrillo de una caja pintada con el ave fénix en todos sus costados, decía, alzando las negras sombras de sus ojos, que la pasión tenía lugares de privilegio en el mundo.

El juego era muy similar con unos y con otros. Lady Wyndham, que guardaba sus cartas de amor con cintas de raso, que alguna vez se había enrabiado al saber que sus amantes escribían después a otras mujeres las mismas frases que sólo ella habría debido inspirar, repetía la misma escena con todo aquel que era llamado a su gabinete. Para ella el galanteo tenía sus reglas; otra cosa era el amor.

La sonrisa de lady Wyndham llenaba los silencios del hombre, sometido a un embarazoso tete a tete con la gran señora que no soportaba que le hablasen de la lluvia, de los desastres del jardinero, de los libros de cuentas o del menú que la cocinera debía preparar para la cena. Lady Wyndham quería hablar de poesía, de pintura, de la filosofía de Spinoza; lo fascinante era ese interés en la vida de los otros, en sus pasiones, en sus enamoramientos, en todo aquello del más alto nivel espiritual que impulsaba el genio creador al que ella no tenía acceso. Entre ella y el mundo había echado un telón de seguridad formado por cientos de plumas de pavos reales, el sol iluminando la magia de aquellos colores y el amor extendiendo su maquillaje brillante en el rostro de la vida.

Lady Wyndham era una fanática religiosa, una romántica excéntrica, una mujer generosa y sincera, que no era comprendida en el deseo de lo trascendental y provocaba la burla de sus protegidos, los que acaso envidiaban su alcurnia, su posición, cuanto les hubiera permitido a ellos, con su talento, gozar plenamente de la existencia.

Allí estaba Mark, en el césped, tendido en una tumbona, escuchando a un amigo, escritor de escándalo y de ingenio, que desearía hacer el amor con lady Equis, con toda su fuerza, removiendo hasta el fondo su instinto animal, porque siempre le había obsesionado una relación de ese tipo entre un hombre de origen vulgar, salido del corazón del pueblo, y una mujer de rango. Aunque en el dormitorio sonase una música de pianola.

Lady Wyndham ojeaba la presa en sus tertulias y saraos at home, pero, respetuosa con su hogar, o precavida, se mantenía firme ante cualquier asalto impetuoso del amante. Allí, no. Nada que pudiera atentar contra la dignidad del lord. Se podía flirtear, tener privados coloquios, insinuantes atenciones, algo que era habitual en la alta sociedad, toda la ceremonia iniciática del cortejo que, inevitablemente, conduciría al lecho del amor; pero el escenario de las grandes pasiones debía estar fuera, lo más lejos posible. La atmósfera de su casa no podía ser contaminada con el gas letal de la infidelidad.

Así, los encuentros de lady Wyndham con sus amantes se producían a la luz del día y en los lugares más concurridos para no atraer la atención: un andén del metro, la sala de espera de una estación de ferrocarril, Whitehead's House, o el kiosko de refrescos de algún parque de la ciudad. Ella, con los ojos pintados de un blanco grisáceo, los labios rojos, embutida en una de sus túnicas o cubierta con una llamativa capa bordada, iba radiante de maquillaje a la cita con la vida.

Eleanor Wyndham era una sacerdotisa dispuesta a officiar, al aire libre o en el primer altar improvisado, una ceremonia de amor, un exorcismo, para que la pasión saliese de las tinieblas, de aquel pozo en que estaba hundida gritando voces de auxilio, sin que nadie más que ella se acercase a salvarla. Después, entre burlas, más de uno decía que lady Wyndham era una tea apagada, una hoguera de la que sólo quedan cenizas. Otros, los que quizá de verdad la habían amado, no pensaban lo mismo de aquel fuego que les había destruido, dejándolos en la nada, en la oscuridad de sí mismos.

Lady Equis siguió aún leyendo las cuartillas de Mark, que cada vez se iba ensañando más con su personaje, pero no llegó al final. Encendió un cigarrillo y, presintiendo su llegada, levantó el visillo de organza para mirar al jardín que él estaba cruzando para entrar en la casa. Dejó sobre el escritorio aquella caricatura de sí misma, aquella ignominia, y ahuecó los cojines de seda del sofá antes de adoptar una pose elegante, escondiendo sus manos, tan largas y huesudas, tan agigantadamente feas, entre los pliegues de su vestido.

Cuando Mark entró, con su traje de caza, brillándole los ojos, el pelo tan negro y la boca tan sensual, carnosa y húmeda, ni siquiera le dejó hablar. Con su tono más dulce, con ademanes de exquisita educación, lamentó que él tuviera que marcharse, sabía que lo comprendería, el lord estaba a punto de llegar con el primer ministro y la casa estaba tan llena; ése era, sin duda, el mejor dormitorio, había que alojar allí al nuevo invitado. Dijo todo aquello como quien recita la letra de una canción poética y tierna. Mark, entre tanto, iba recogiendo sus libros.

Lady Equis se retiró a su gabinete privado y se sumergió en la lectura del Kempis. Al año siguiente, cuando se publicó la novela de Mark y empezó a leerla ávidamente, comprobó con sorpresa que el retrato de lady Wyndham había sido sustituido por una carta de amor.

LA CASA DE BATH

A mi madre, la diosa Minerva del museo de Bath siempre le había parecido el dios Apolo, y la cabeza de Medusa, un Ulises con bigotes y los ojos espantados. Era vano el intento de razonar con ella, decirle que la estatua de la diosa fue descubierta sin yelmo y que, quizá, aquel cabello corto y rizado, como una aureola alrededor del rostro, era lo que la confundía. Y, en el caso de Ulises, si se fijaba, la cabeza estaba cubierta de serpientes, se trataba, sin duda, de una Gorgona. Cualquier aclaración era inútil. Ella, testaruda y poco respetuosa con la mitología, continuaba viendo en Medusa al esposo de Penélope con el pelo erizado, justo en el momento en que oyó el canto de las sirenas.

Viajar con mi madre, visitar museos, recorrer una ciudad, por pequeña que fuese y aunque hubiera estado en ella una docena de veces, podía acabar con la paciencia del más habituado a su desorden mental, a sus caprichosas apreciaciones sobre las cosas, a su inveterada costumbre de imponer siempre su criterio.

La última vez que me llevó a Bath fue para enseñarme la casa que había comprado y pensaba restaurar, del ático al sótano, hasta convertirla en un lugar habitable donde poder recibir invitados, muchos a la vez, que pudieran gozar de aquel lugar encantador donde Jane Austen había vivido. Debes recordar, me decía, que en dos de sus novelas, *Northanger Abbey* y *Persuasión*, aparece Bath, esta pequeña y cautivadora ciudad, tan viva, y todo escenario de una novela es siempre tan deliciosamente romántico...

Ella tenía ya una enorme casa en Brighton, de la que apenas usaba cuatro o cinco habitaciones, y en la que nunca coincidí con ningún otro huésped, pariente o amigo. No era una casa frente al mar, y con aquella playa, llena de piedras y de niños alborotadores, se excusaba mi madre, quién iba a ir a su mansión de Brighton. No valía la pena invitar a nadie.

La verdad era que, con mar o sin él, cuando alguien le hablaba de un pequeño edificio que podría convertirse «con algunas reformas» en un palacete, su mente se ponía en marcha, una extraña energía se apoderaba de ella y ya nada era tan excitante como transformar aquellas ruinas en una casa espaciosa que dispusiera de las mayores comodidades.

Y empezaba, con ayuda de algún arquitecto retirado, a revisar planos, tirar tabiques, renovar las escaleras, arreglar las barandas de las terrazas que deberían tener cúpulas y torres, pavimentar de nuevo los dormitorios y las salas, y diseñar otras chimeneas, a ser posible al estilo francés. Además estaba el jardín, donde la imaginación podía desbordarse sin límites. Un jardín que floreciese todo el año.

Antes de enseñarme la casa, mi madre inició un pequeño recorrido por las calles de Bath, yendo al encuentro de los lugares que le parecían hermosos o en los que siempre se había

encontrado bien, quién sabe por qué raros motivos. Lo primero fue tomar el té en La Buvette, al aire libre, frente a la columnata de su fachada de la que, inmediatamente, sacó nuevas ideas para el salón de baile de lo que iba a ser su palacete de verano en Bath. Miraba con entusiasmo todo el edificio y se le iluminaban los ojos como si mentalmente se hubiera apoderado de él y estuviese transformándolo todo, a imagen y semejanza de sus sueños.

—Lo que no me gusta es esa inscripción en griego. ¿Qué dice, querida? —me preguntó impaciente.

—Nada mejor que el agua —traduje como pude.

—¿Qué tontería! —exclamó indignada—. ¿Cómo pueden estropear un edificio tan bello escribiendo, ahí, una cosa semejante? Menos mal que no se entiende.

Explicarle que estábamos en una ciudad balnearia, lo que, por otra parte, ella sabía muy bien, me pareció inútil.

Sin la menor transición, preguntó:

—¿Tú crees que habrá que traer desde Londres las columnas para mi salón de baile?

Muchas de las preguntas de mi madre no exigían respuesta o, al menos, ella no la esperaba, convencida de que su interlocutor apenas le había prestado atención.

—Deberíamos ir a Victoria Park, donde, sin duda, veremos árboles y plantas imprescindibles para mi jardín.

Habló de Victoria Park, pero se dirigió a Northumberland Place, «esa encantadora calle peatonal, con sus flores, sus terrazas, sus tiendas de cosas innecesarias», dijo. Allí compró una colección de muñecas, hechas a mano por los indios de Guatemala. Eran minúsculas y horribles, y, según la leyenda, había que meterlas de noche en su caja, una por cada problema que pudiera angustiar en aquel momento, y, mientras se dormía, las muñecas resolvían cualquier cuestión enojosa que a uno le preocupase. Ya las había pagado cuando comprobó que eran importadas de Scottsdale, Arizona.

—¿No eran otros los indios de Arizona? Toma, querida, para que nada pueda hacerte infeliz.

Y las muñecas pasaron a mis manos.

A pesar del bastón, ese día había elegido uno de color caoba con la empuñadura de plata, mi madre se fatigaba muy pronto al andar. Nunca lo confesó abiertamente, pero, más o menos cada media hora, divisaba algún lugar encantador, ése era su adjetivo para todo lo agradable como horrible lo era para todo lo molesto, donde poder sentarse a tomar un té del que apenas bebía un par de sorbos. Esta vez fue en la terraza del Canary, en Trim Bridge. Le hice notar que justo en frente, en la casa donde había una placa junto a la ventana, había vivido, hacía un par de siglos, el general Wolfe.

—¿Y quién se acuerda de él, querida? ¿Quién era ese hombre?

Después llegamos hasta Pultney Bridge. Del puente le atraían más las tiendas que había a ambos lados que su original arquitectura, que tenía algo del estilo veneciano. Mi madre siempre estaba dispuesta a ir de tiendas, quizá porque, nada más entrar, le ofrecían una cómoda silla en la que se sentía como una reina en su trono, ante la que se desplegaban telas, se exhibían vajillas, cristalerías talladas, toda la curiosa artesanía de la zona y, según los casos, vinos de las más variadas cosechas o tarros de mermelada de frutas silvestres. Alguna vez, incluso, había dormitado mecida por la incansable charla de la dependienta, adiestrada en no perder la paciencia, en mantener ese tono medio, cortés y afable, salpicado de alguna artificial sonrisa que,

a medida que pasaba el tiempo, se dibujaba más tardíamente en su rostro. En algún momento, como impulsada por un resorte, mi madre se ponía en pie, elegía algo barato y voluminoso, que debería ser bien envuelto y atado con vistosas cintas, y que alguien pasaría a recoger más tarde. Nunca vi en su casa alguno de esos inservibles objetos que compraba, en esta ocasión un benditero de loza que imitaba la porcelana de Sevres y que luego supe, que acabó sirviendo de regalo a una sirvienta que pronto iba a casarse.

Yo empezaba a dudar de que mi madre hubiese comprado realmente una casa en Bath, de que aquello no hubiera sido sólo un pretexto para obligarme a pasar el día con ella, fuera de Londres, en el primer sitio que le había venido en gana. Cuando le preguntaba dónde estaba su casa, si íbamos de camino a ella, decía sin inmutarse: «Hay tiempo, querida, no seas impaciente». Así que le sugerí entrar en la Abadía, donde, por la mañana, había muchas probabilidades de que alguien estuviese tocando el órgano. Oír en una catedral esa clase de música, sacra y solemne, que resuena en un vacío misterioso, siempre ha producido en mi espíritu beneficiosos efectos. Y, en aquel instante, yo empezaba a ponerme furiosa, me irritaba ese ir y venir por las calles de Bath, como si no fuéramos a ninguna parte, sin nada que hacer, sin un destino previo, porque aquella casa, ya estaba segura, sólo existía en la imaginación de mi madre.

—Pero, ¡qué caprichosa eres, querida! Tú tienes magníficas ocasiones de ir a los conciertos en Londres, no sé por qué ahora ese interés en escuchar a algún reverendo aficionado.

A mi madre el arte monumental no le atraía demasiado. En cuanto a la arquitectura, admiraba algunas fachadas siempre que fuesen de mansiones que le hubiera gustado poseer. No merecía la pena entrar en la catedral «porque todas, querida, son una y la misma». Y, a continuación, se explayó en una de sus teorías disparatadas, que seguramente inventó en aquel instante, porque le encantaba parecer frívola y divertida. «¿Qué vas a encontrar allí? Una nave central dividida en tres partes, con arcos en punta que señalan el techo y, en el suelo y en las paredes, tumbas de obispos, reyes, y algún hacendado de la región. Y su historia, la historia de las catedrales, abadías o no, siempre es la misma. Adondequiera que vayas, la catedral ha sido levantada sobre las ruinas de otra que fue destruida por un incendio, por las bombas, o las inundaciones hicieron peligrar sus cimientos, siempre es así, querida, y, luego, los trabajos de construcción han durado años y años, a veces siglos, hasta que la colecta de los feligreses o uno de esos señores cuyo panteón está en alguna capilla, regaló el campanario, sufragó los gastos de una torre, compró el órgano. Un tío abuelo tuyo encargó unas vidrieras con grandes palomas y pájaros de colores que deben de estar en alguna catedral de algún lugar de Inglaterra. Créeme, querida, no imagino nada más aburrido que entrar en esa Abadía.»

Cuando llegamos a Royal Crescent y ella se quedó mirando atentamente cada una de las treinta casas que forman ese semicírculo arquitectónico que se abre al paisaje desde la cima de la colina, por un momento recuperé la fe y creí que una de esas casas podía ser la de mi madre.

—Ciento catorce columnas jónicas —dijo en voz alta, y me asombró ese repentino interés artístico.

Le señalé un edificio en el que las columnas del pórtico eran sólo jónicas en el centro, con la parte superior de estilo corintio y la base claramente toscana.

Ella hacía cuentas como si las columnas fueran libras esterlinas. «Ciento veinte menos cuatro, ciento dieciséis, se han perdido dos columnas, querida, porque a cuatro por casa...» En vano quise hacerle ver que aquello era semejante a lo que ella misma me había enseñado de niña, cuatro barrotes en una ventana suponen tres huecos solamente, así que..., uno podía agotarse en

estas absurdas disquisiciones y lo mejor era contemplar el maravilloso panorama que ofrecía el paisaje.

Durante el almuerzo, en un lugar discreto de Queen Square, mi madre me dio a conocer los dos procedimientos que se le habían ocurrido, y ya había puesto en marcha, para financiar la compra y restauración de su casa en Bath.

—No voy a vender más cuadros, más joyas, porque si no ¿qué te quedará a ti, al final, querida, cuando yo muera?

Para sus métodos de financiación, por supuesto, no había contado con los bancos. El primero era el más imperfecto ya que suponía un poco de trabajo para la gente, cierta fe, y alguna disciplina, pero podría dar algún resultado satisfactorio. Se trataba de una de esas cadenas de personas que empiezan enviando una lista por correo, yo mando muchas y siempre estoy la primera, y el que la recibe debe mandar al que está en cabeza una libra, una sola libra es suficiente, colocarse al final y encontrar cuatro personas que, a su vez, seguirán la cadena y...

—No puedes imaginarte, querida, si la cadena no se rompe, si todo funciona como la seda, la cantidad de miles de libras que uno puede llegar a recibir de todos los rincones del mundo, sí, incluso desde fuera de Inglaterra.

—Pero eso es absurdo.

—De acuerdo, querida, es absurdo creer en la buena fe de la gente. Por eso yo echo al correo cada día docenas de listas encabezadas con mi nombre. Puedes creer que, descontando gastos de franqueo, estoy haciendo un pequeño negocio. Las libras comienzan a llover.

El otro medio de financiación se basaba más en la generosidad y el altruismo, incluso en el sentido patriótico, de sus amigos. Había elegido un nombre, Tudor, el de la dinastía en que se unieron las dos casas rivales que en un tiempo se disputaron la corona de Inglaterra, para lo que ella llamaba el muro de la amistad y que no era sino el cercado de ladrillo rojo que rodearía el enorme jardín de su casa de Bath.

A mi madre se le había ocurrido que cada uno de sus amigos costeara uno de los ladrillos necesarios para vallar el jardín y en los que incluso estaba dispuesta a grabar las iniciales del nombre del donante. Escribió una carta circular que envió a todas aquellas personas con las que había tenido alguna relación, aunque hubiera dejado de verlas desde los tiempos de su lejana juventud.

—¿Y quién va a saber lo que vale un ladrillo exactamente, querida? Así que, para no quedarse cortos, me envían donativos realmente muy elevados.

Mi gesto de reprobación debió de ser bastante airado.

—¿No te parece una idea preciosa esta de fomentar la amistad entre las personas?

Y, claro está, no esperó la respuesta y siguió hablando:

—Sólo Nelly Chester, de la que no había sabido nada desde hace una eternidad, ¿te había contado cómo yo le arrebatara los pretendientes en aquellos famosos bailes de lady Jackson?, esa Nelly Chester, tan tonta como siempre, fue capaz de enviarme un ladrillo rojo envuelto en un papel de plata.

Mi madre era capaz de convertir en una sonrisa, inmediatamente, un gesto de enfado.

—Cualquiera que no sea Nelly Chester —continuaba hablando y me miraba con el rabillo del ojo para saber si ya me había engatusado— comprende que sólo yo debo elegir mis ladrillos, del tamaño y calidad que prefiera; cualquiera entiende que no se puede andar haciendo el muro de la

amistad, o el Tudor, como quiera que se llame, con piedras irregulares. Jamás volverás a oírme hablar de Nelly Chester, querida.

La casa que, al fin, me enseñó mi madre, situada en Sydney Place, no estaba en ruinas ni parecía necesitar tantos cambios y reparaciones como me había hecho creer a lo largo del día. Aunque se esforzó sobre el terreno en hacerme ver cómo quedaría si se restaurase, tirando los tabiques del piso inferior para hacer un gran salón de baile, y la escalera, tan vieja, que debería ser más amplia y lujosa, y el pavimento en mármol blanco y negro, como un enorme tablero de ajedrez, yo pensaba que esa casa, antigua y discretamente amueblada, que daba la impresión de haber estado sin habitar mucho tiempo, pertenecía a alguna amiga de mi madre que, sabiendo que iba aquel día a Bath, le había dado las llaves para que comprobase si todo estaba en orden.

Mi madre tenía una especial debilidad por curiosear en las casas de los otros, sobre todo si no estaban sus dueños. Abrir cajones, descubrir secretos, imaginar que respiraba libremente la atmósfera de esa zona privada que cada cual reserva para sí mismo, era uno de sus pasatiempos favoritos. Así que no creí que hubiese comprado esa casa de Sydney Place, estrecha de fachada y con un jardín pequeño. Una casa modesta que ni un milagro podría haber convertido en un palacete de una ciudad balnearia.

Meses después, y durante las frecuentes visitas que hice a mi madre en su casa de Brighton, nunca volvió a hablarme de su mansión de Bath. Tal vez había sido un proyecto superior a sus fuerzas, quizá no había existido más que en su imaginación. Nunca le pregunté directamente.

En las últimas semanas de aquel año estuvo muy enferma, apenas salía de su gabinete y era difícil conseguir que se levantara de la cama. Se negaba a que la visitara el médico y, cuando yo lograba que algún doctor la viera, rehusaba después seguir cualquier tratamiento, no había manera de que tomase ninguna medicina. Estaba casi ciega y pasaba largas noches de insomnio incorporada en el lecho, escribiendo sus memorias en un cuaderno que apoyaba sobre la bandeja donde su doncella le había servido el té. Se olvidaba de pasar las hojas y escribía con una caligrafía temblona sobre el texto anterior. A la mañana siguiente, pedía que alguien le leyese lo que había escrito, algo indescifrable, ilegible, y se enfurecía cuando lo que uno inventaba con buena voluntad no se correspondía en absoluto con los recuerdos que aún seguía almacenando.

La víspera de Navidad murió cantando, acompañada por el médico que yo había hecho venir, hermosas melodías para acallar, dijo, el ruido de los pasos de la muerte.

En la lectura del testamento me sorprendió oír que me dejaba sus manuscritos y su palacete de Bath. Ya habían pasado las primeras semanas de luto, cuando Haydon, al que mi madre había llamado siempre su administrador, me acompañó a Bath para mostrarme mi legado, uno de los Green Park Buildings, una pequeña mansión que nada tenía que ver con la casa modesta que apenas hacía un año mi madre me había enseñado en Sydney Place y que, como yo sospechaba, nunca le había pertenecido.

No había muro de ladrillos rojos rodeando el jardín de villa Tudor, sino una verja de hierro, pintada de negro, que terminaba en doradas flores de lis. La extravagancia y el lujo reinaban en todos los aposentos del edificio, desde el gran vestíbulo con el suelo de mármol, losas blancas y negras, brillantes y pulidas, hasta la biblioteca del ático con sus armarios de cedro y cristales de Venecia. Lacados japoneses, terciopelos, estatuillas de jade, relojes de mesa y de pared, objetos de anticuario, recargadas lámparas, alfombras, hacían del interior de la casa más un museo que un recinto habitable.

Haydon se sintió aliviado al comprobar que la atmósfera de aquella mansión me ahogaba.

Aprovechó nuestro paseo por el jardín, donde árboles y plantas empezaban a olfatear la primavera, para comunicarme que mi madre había contraído numerosas deudas en su afán de dar vida a un sueño, que eso había hecho en vez de limitarse a restaurar y amueblar una casa sobre la que pesaba, además, una considerable hipoteca.

—Me permito aconsejarle, milady, que ponga en venta esta propiedad. Solamente los gastos de mantenimiento —dijo— suponen una fortuna.

No fue fácil vender villa Tudor. Era demasiado alto el precio de aquella ostentación que lindaba con el mal gusto. Al cabo de un año, se la quedó un irlandés por la mitad de su valor. Empecé a pagar facturas y aún tuve que sacar miles de libras de mi cuenta corriente para hacerles frente. Sin duda aquella cadena en la que confiaba mi madre para levantar la casa de Bath se rompió por sus primeros eslabones y debieron de ser pocos también los que costearon aquellos hipotéticos ladrillos del muro de la amistad.

Desde aquel día en que Haydon consiguió decirme, en el jardín de villa Tudor, que lo único que mi madre me había dejado en su testamento era un maletín lleno de cuadernos ilegibles, nunca he vuelto a Bath.

EL CASTILLO EN LLAMAS

Después de colgar el teléfono, el miedo me ha paralizado. Trato de recobrar la calma y la mirada salta, de un lado a otro de mi estudio, buscando protección entre mis cosas. Los libros, las fotografías, las flores sobre mi mesa, el tapiz de seda que cubre la pared, todos los muebles y objetos que han envejecido conmigo, parecen ahora fríos y distantes, como si nada de lo que me rodea me hubiera pertenecido nunca.

De pronto, soy un huésped extraño en esta vieja torre del castillo que se alza esbelta y solemne, desafiando al mundo que queda fuera de sus límites. Un hermoso retiro para vivir en paz entre lo que uno ama, la vieja biblioteca, los perros, los rifles de caza, el parque, los caballos, cuanto contribuye a que pase inadvertido, incluso para uno mismo, su voluntario encarcelamiento.

El caos, el desorden, las grandes pasiones nacen más allá de estos muros de piedra, donde yo creía haber enterrado aquella locura irrepetible que, como un viento salvaje, estuvo a punto de arrasarlo todo.

Nunca he vuelto a sentirme tan libre como entonces. Nunca he visto tanta vida delante de mí, ni siquiera durante la infancia, cuando corría a través de los bosques y trepaba a los árboles para esconderme de todos y gozar en secreto de estar viva. Creo que nunca he sido tan fuerte, ni cuando mandaba el ejército que formé con los atemorizados hijos de los granjeros, un juego sin duda más emocionante que el placer de entrar y salir de la armadura del vestíbulo, cargar sobre mi hombro el fusil de aire, adiestrarme en el manejo de la espada y el tiro con arco, o castigar la indisciplina de alguno de mis soldados azotando su espalda desnuda con ortigas. Después, durante algún tiempo, nadie quería venir a tomar el té conmigo y, en mis Fiestas de cumpleaños en Long Barn, siempre había notables ausencias. Pero no importaba, yo podía pasar horas enteras jugando a las damas con el abuelo o leyendo *Cyrano de Bergerac*.

Paseo nerviosa por esta habitación que encierra la mayoría de mis recuerdos personales, la piedra de las ruinas de Persépolis, los retratos de Virginia Woolf y las hermanas Brontë, un lazo de diamantes, las cartas de los desvaríos amorosos, mi diario, oculto bajo llave en un bolso de piel de Gladstone. Me pregunto de quién heredé esta mezcla de candor y crueldad, esta fuerza oscura que divide mi naturaleza en dos mitades opuestas e irreconciliables y que alternativamente salen a la luz o se sumergen en la oscuridad sin que yo sea capaz de gobernarlas. Es como estar en posesión de dos vidas absolutamente distintas, ignorando cuál es el mecanismo que permite pasar de la una a la otra.

No es extraño que yo haya despertado grandes admiraciones y odios intensos. He podido, con igual naturalidad, ser fría como el hielo o arder como la más vigorosa llama, vivir con Harold como en un paraíso o con Lushka bajo la más tiránica y perversa pasión. De niña arrojaba los

huevos de los nidos desde lo alto de un árbol, mataba los conejos recién nacidos lanzándolos al otro lado del muro de nuestro soleado, entrañable y romántico Long Barn, o tendía emboscadas a mis pequeños amigos de Knole y les tapaba la nariz y la boca para que se fueran ahogando poco a poco, aunque todos conseguían librarse de mi mordaza antes de morir asfixiados.

Estos recuerdos, mientras en mi cabeza un gong llama Lushka, Lushka, Lushka, no disminuyen la angustia, el temor de una desgracia inevitable. Lushka. Aquel día, en Amiens, la hubiera matado, pero no dije una palabra, la besé, y salí a toda prisa hacia el aeropuerto. Un temple así debió de tener ese antepasado mío que tuvo que entregar a María Estuardo el auto de su sentencia de muerte, la víspera de su ejecución en Fotheringay. Cumplió su deber con tal delicadeza que la reina de Escocia le regaló el tríptico del altar ante el que había estado rezando los últimos momentos de su vida. Se conserva en la capilla de Knole, donde yo me casé con un vestido de oro y el velo de encaje irlandés que mi madre llevó en la coronación del zar.

Pude ser una gran dama de la corte, bailar la mazurca y lucir rubíes de Ceylán, sentarme ante largas mesas de comedor cubiertas con manteles bordados en las que orgullosas orquídeas, entre candelabros barrocos, separan a comensales cuyos nombres aparecen con frecuencia en el Daily Mail. Una vida de esplendor y orden, un dorado aburrimiento en el que el único lujo prohibido es perder la cabeza. Pero yo debía vivir un cuento de hadas bien distinto, un delirio de amor, aquel glorioso desafío a toda norma, la más grande y arriesgada aventura en la sociedad de nuestro tiempo, tan desorbitadamente fiel a sus convencionalismos.

Hasta entonces, ni los brutales juegos de mi infancia, ni aquella posesiva amistad de Rosamund, a la que adoraba a pesar de su escasa brillantez, y con la que viví una morbosa adolescencia de secretas intimidaciones, me habían conducido a la evidencia de mi doble personalidad, hombre o mujer, sin que yo fuera capaz de renunciar a ningún aspecto de mi naturaleza. Durante años fui una esposa inalterable e indulgente, una madre poco apegada a sus hijos, una mujer que ignoraba la violenta pasión que dormía en algún rincón profundo de su espíritu. Cuando tú llegaste a Knole, Lushka, Harold y yo éramos ya dos seres sin cuerpo.

Es difícil que olvide ni uno solo de los momentos de aquella vida nueva, tú y yo, Lushka, fuera de la cual nada existía. Era el estallido de la libertad, un romanticismo salvaje, una pasión tan fuerte y peligrosa que hacía irreconocible el mundo. Todo había perdido las formas y costumbres que nos eran familiares.

Podría decir tu nombre, Lushka, y mi estudio, el castillo entero, volvería a inundarse con tu presencia. Lushka, de pelo negro y piel blanca, vestida de terciopelo rojo como una flor que arde en la oscuridad. Lushka, su voz como un murmullo de seducción; su tacto, un vuelo de mariposas que se detiene en la caricia; sus ojos, un asombro de niña que indaga en la mirada del amante. Lushka, irresponsable y feliz, llenando de nardos o lilas blancas mi estancia. Lushka, rebelde e intrépida, capaz de luchar contra el viento y el mar enfurecidos. Lushka, impredecible y temblorosa, cuando el peligro se alzaba como un gigante que sobrepasara con creces su estatura.

Sí, aquel día la hubiera matado. Pero antes, cuántos paseos por los jardines de la tierra. Niza, Montecarlo, París, donde yo me vestí de hombre, como un desaliñado estudiante, para llevarte, Lushka, amor, a los bailes y pasear contigo del brazo por los bulevares. Nadie se volvió a mirarnos dos veces, no llamamos ni un instante la atención, tan real y verdadero era mi disfraz. En Londres fuimos más audaces y, desde Hyde Park Corner a Bond Street, caminamos como una pareja de enamorados, expuestas a cada paso a que alguna de nuestras amistades pudiera reconocernos. No teníamos miedo a nada, el escándalo era sólo una palabra. El mundo se había

detenido y sólo sentíamos una gran excitación, una fuerza avasalladora, el inmenso deseo de avanzar juntas.

En el campo, hablábamos toda la noche, y tú me parecías una criatura sobrenatural que me había invadido por completo. Yo sacaba a flote el lado seráfico y puro de mi personalidad, dispuesta a ser otra vez niña, a empezar a vivir de nuevo, embriagada de libertad, contigo, Lushka, para siempre. Éramos dos hogueras que arden juntas en el mismo hogar. Desde fuera las lechuzas nos miraban espantadas y su griterío era como el ruido del viento cargado de turbadores presagios.

El miedo sigue, y la frase, aquel día la hubiera matado, y Lushka, golpeando dentro, y mi vieja soledad en esta torre, con mis libros, hoy que hasta los aquilones sobre las ventanas del castillo se han tambaleado.

Y en el cuento de hadas apareció la bruja. Denys, tu matrimonio blanco, será como un hermano, dijiste, y el «vuela, vuela conmigo ahora», la huida, dos maridos que increíblemente corren tras sus esposas para que regresen a su lado. Escenas, lágrimas, amenazas de suicidio, todo tan teatral y melodramático, anunciando la hora final de la derrota.

Han pasado veinte años de ausencia y de silencio y ni un minuto he dejado de llevarte conmigo, ni un instante tu fuego ha dejado de arder, inalterable y perenne, dentro de mí. Ahora la guerra y la muerte de Denys te han devuelto a tu país, pero no debiste llamar por teléfono, Lushka, no, no debiste... Cuando te vi hacer el amor con Denys, aquel día en Amiens, te hubiera matado. Ya nada, absolutamente nada, podrá borrar jamás esa deslealtad.

El miedo me paraliza, miedo a Lushka, cuyo poder sobre mí conozco bien. Aquello, una marea de amor que lo arrastraba todo, óyelo bien, una locura de la que nunca sería capaz de nuevo. Una cosa como ésa sucede sólo una vez j quema toda la capacidad para tal sentimiento. Y aunque el castillo sea una llama de amor viva, te lo ruego, no te acerques a su puerta. Si llegas al pie de mi torre, una jauría de perros saldrá a tu encuentro y con mi rifle de caza apuntaré certeramente a tu corazón. Ya, aquel día en Amiens, debí matarte.

KOT O LA MUÑECA JAPONESA

A la hora del desayuno, Nelly entró en el comedor con el periódico en la mano y, con exagerados gestos, nos dio la noticia. La señora Murry había muerto. Allí estaba escrito, y señaló la página con mano temblorosa. Un triste silencio siguió a sus palabras. Leo traspasó con mirada sombría los cristales de la ventana. El sol brillaba en el jardín enmascarando el frío del invierno, se detenía sobre la débil capa de hielo de algún charco, acariciaba los desnudos troncos de los árboles.

Mi primer impulso fue salir al aire libre y dejar que esa lluvia de luz cálida cayera también sobre mi cuerpo. Lo pensaba, pero no podía moverme de la silla, toda mi carne torturada por los agujones de un enjambre de insectos que introducían miel y veneno, celos y ternura en mi sangre. Era el dolor y un confuso sentimiento de que debía arrepentirme de algo, reclamar un perdón tardío.

—Una rival menos —dijo Leo con voz grave. Y empezó a llenar mi taza de té, como si el ritual del desayuno debiera seguir sin más comentarios ni incidentes.

Quise decirle que la señora Murry y yo compartíamos un secreto que ya era sólo mío, las voces del aire, los fantasmas y presencias invisibles, la concha arco iris que canta en el fondo de los océanos. Pero hubiera sido una traición hacerle estas confidencias, un delito robarle a la señora Murry palabras de sus versos y parte de su espíritu. Además él no lo habría comprendido. Nunca podría llegar al fondo de esas irrealidades sensibles, ni aunque abriese mi corazón con el cuchillo que entonces esgrimía para cortar el pan y con el que llevaba el compás de una música que sonaba fúnebre. Tampoco sabría nunca hasta qué punto, al morir la señora Murry, me había quedado sin sombra, sin espejo en el que recoger mi imagen.

—En los últimos tiempos, la señora Murry tenía sobre su cama un volumen de Shakespeare, otro de Chaucer, una pistola automática y un abanico negro de muselina. ¿Te das cuenta, querido, de lo que eso significa?

—Estás dejando que se enfríe el té.

Mi voz era sólo un eco de recuerdos que acudían con un despliegue de imágenes visuales. Sus paseos por Europa en un circo ambulante, las salidas nocturnas para buscar aventuras en los cines de barrio, su cara espantosamente pintada como una máscara japonesa o como una mujer de las esquinas, aquel perfume de gato salvaje, su meditada lectura de los epigramas de Oscar Wilde, raíz de su moral o sustituto del devocionario... No me había portado bien, y aún era incapaz de separar la verdad de lo que la maledicencia, yo misma, había inventado sobre la señora Murry.

Nelly volvió a entrar con el correo y lo dejó sobre una bandeja, junto al periódico doblado.

Leo separó sus cartas de las mías y empezó a abrir su correspondencia.

La primera vez que vi a la señora Murry aún no estaba enferma, pero se movía lánguidamente por la habitación con una expresión triste. Era como un pez que acabase de salir del agua, tratando de relacionarse a través de los ojos con un medio sorprendente y ajeno, en el que sabía que no podría sobrevivir mucho tiempo. La mirada alerta de la señora Murry, en la que siempre había destellos de sospecha, me observaba cuando salía de su concentración en sí misma, de la bruma o sueño que levantaba muros de opaco cristal entre ella y el resto del mundo. Tuve la sensación de que adivinaba mis pensamientos sin esfuerzo, de que más allá de su aspecto un poco vulgar había algo, un espacio en su mente o en su espíritu, en el que me veía reflejada. Sí, desde el primer momento tuve la desagradable impresión de que la señora Murry y yo éramos muy parecidas.

—Gli gla, glu glu, gli gla glo, glaa...

Leo había recurrido a nuestro lenguaje sinfónico, a un guirigay de voces que imita los sonidos de los animales del bosque y que yo acostumbro a traducir de acuerdo con mis necesidades de entusiasmo, crítica o consuelo. Aquel día esa música gutural y bronca lanzaba claro su mensaje: gli gla, calma, querida; glu glu, aquí estoy; gli gla glo, no temas nada; glaa, tranquilízate. Una sonrisa forzada fue toda mi respuesta. No estaba con ánimo para reproducir cantos de pájaro ni gritos de corneja.

Después oí a Leo ordenar a Nelly que retirase el servicio del desayuno, y entré en mi estudio para seguir trabajando en mi novela. La muerte de la señora Murry no evitaría mi diario enfrentamiento con el lenguaje, las ideas, las visiones, ese fingir que yo era otra, fingir hasta el paroxismo, hasta que finalmente yo fuera de verdad el señor Crawley, Jacob o Betty Flanders, cualquiera de los seres imaginarios con los que entonces convivía. Aquella mañana incluso podría ser la señora Murry y escribir un cuento: «Kot o la muñeca japonesa», para hacerla vivir de nuevo en las palabras. En cuanto se ha pensado bien un relato, sólo queda el trabajo de escribirlo. Nada más que eso.

Debía estar sola, completamente libre, para contemplar a la señora Murry como un barco que desde el horizonte se acerca y se hace cada vez más grande, más nítido, hasta llegar a la orilla. Pero era difícil pensar con claridad en la señora Murry sin unir su existencia a la mía y sin que grandes barreras de remordimiento me cerrasen el camino que conducía a su alma. Así que intenté volar a la rama más alta del árbol más gigante y desde allí mirarla como un dios pequeño que habita entre el cielo y la tierra, en un lugar sin nombre. Pero ya no había dioses, sólo recuerdos.

En sus comienzos de escritora, cuando apenas había publicado una serie de historias breves, Kot seguía mis huellas como un animal tímido y salvaje, buscando la ocasión de encontrarse conmigo. Pudo ser en Cornwall, aquel verano que los Murry pasaron con Lawrence. Lytton insistió en que hiciera todo lo posible para verla y yo prometí otear el paisaje, recorrer las playas solitarias, trepar a cada una de las rocas del acantilado en busca de la mujer desconocida. Todo, menos acudir a Higher Tregerthen, donde ellos estaban. Un temor indefinible me hacía no desear ese encuentro que, al fin, se produjo de la manera más vulgar, en Londres, en el transcurso de una cena entre amigos.

Kot era perceptiva y trágica, con un humor ácido, brillante. Acaso esto fue lo que me atrajo de ella, después de traspasar su superficie emperifollada, su rostro sin gestos, su mirada enferma, para llegar a una mente que se contemplaba a sí misma.

—Mi espíritu está medio muerto —dijo—. La enfermedad afecta ya a mi corazón y yo soy un ser dividido que difícilmente puede gobernarse en su interior.

Me comprometí inmediatamente a publicarle un libro.

Fui a su casa en Hampstead. Montones de novelas en la habitación, membrillos, un vaso de leche, higos en latas de metal, hojas de laurel, medicinas, y un sofá bajo la ventana que miraba al Valle de la Salud. Todo tibio y ordenado. Me habló de que quería vivir oculta, como una hormiga bajo tierra, cubierta por las hojas de otoño de los árboles.

—Distingo en seguida a la gente que es como yo, a la que puedo amar.

Aquel año fui con frecuencia a Hampstead para ver a la señora Murry. Tenía una maceta de tulipanes y dejaba que pequeños insectos pasearan tranquilamente por sus hojas. Yo sabía que me estaba ligando a ella cada vez más. No cesábamos de hablar, como si así pudiéramos encontrar el camino para desenterrar el tesoro de la vida. Ella interpretaba mi alma, igual pasión por la escritura, igual vehemencia en la entrega, mientras hurgaba en su talento y en su espíritu y hallaba dones demasiado débiles para cumplir el deber que se le imponía desde fuera de sí misma y que la devoraba.

—Se escribe sin querer hacer lo que se hace. Siempre sale otra cosa que llega desde el lugar secreto, donde las visiones, las palabras y las voces se juntan en un torbellino parecido a la locura.

Kot hacía frecuentes viajes en busca de mejores climas para su salud, muy deteriorada. Me describía Isola Bella y las casas del sur de Francia y de la riviéra italiana donde había residido, especialmente una de piedra, sobre las rocas, con grutas en las que el mar irrumpía por la noche. Y allí estaba casi siempre sola y se inventaba a Murry y a otros seres, artistas como ella, en los peces que vivían en el agua.

Meses más tarde fui a Londres a despedir a Kot, que partía hacia algún lugar montañoso o soleado, siguiendo su lucha por recuperar la salud. Le dije cuánto me importaba perderla, ahora que nuestra amistad había arraigado con fuerza. Parecía fuera de este mundo. Y hubo después largas temporadas de silencio, su regreso, reencuentros sin viveza ni entusiasmo. Y en este desierto de la amistad, la señora Murry empezó a triunfar con sus pequeñas historias. El Ateneo aplaudió su genio, la crítica la llenó de alabanzas, y llegó a ser calificada como «la novelista joven de mayor talento».

Yo acababa de publicar uno de mis libros y la señora Murry lo consideró largo y tedioso, tradicional y sin audacia. Llegué a pensar que deseaba mi fracaso, y apenas podía leer sus obras sin que los celos me recorrieran entera. Me alegré de que Heinemann rechazara sus relatos breves.

Me sentía traicionada. Había tenido la certeza de que éramos casi idénticas en nuestros sentimientos, que a las dos nos importaba de manera auténtica nuestro arte, que estábamos de acuerdo en que la vida propia es insignificante y no había otra forma de vivirlo todo sino escribir mientras oyes la lluvia, pero no sabes que llueve. Los destellos de amistad y de cariño se habían apagado. Tuve envidia de aquella muñeca japonesa de ojos opacos que parecía estar en el secreto de las cualidades de la mente y del espíritu.

Celosa de su éxito, yo criticaba burlonamente su obra: «Acabo de hacer una historia imitando a Kot, pero bastante mejor que el original. No pude pasar de las primeras páginas de su libro y me abalancé sobre una novela de Conrad para poder respirar». Alejada de mí, la sentía como un ser duro y despiadado, y acentuaba con malevolencia todo lo que me desagradaba de ella, su ordinariez, su excesivo perfume, su tenaz ambición. La señora Murry vestía como una ramera y tenía andares de gato callejero, la señora Murry tenía un talento superficial, como el brillo del sol que ilumina una roca a su paso.

Me olvidé de que estaba enferma o pensé que exageraba respecto a su enfermedad. Ella, no encontrando remedio en ningún tratamiento, creyó que su tuberculosis nacía de la falta de dominio sobre su espíritu y entró en el Instituto Gurdjief, de Fontainebleau, creado «para el armonioso desarrollo del hombre», convencida de que allí hallaría la paz.

Nelly me trajo el periódico, que yo no había leído durante el desayuno, como era mi costumbre.

—¿Está usted llorando?

Leí la noticia del fallecimiento de la señora Murry. Después de una violenta hemoptisis, tras media hora de toses y de ahogos, había muerto una de las escritoras de mayor talento. Su cadáver era hermoso, como si todo él fuera un vivo espíritu, sin un átomo de materia. Rechacé las cuartillas en las que había empezado a recoger las arenas movedizas de nuestra amistad. «Kot o la muñeca japonesa» jamás sería un relato mío. Volvería a escribir cuando oyese llover sin saber si llueve.

DO YOU REMEMBER?

Me llamo a media voz. Kass, Tig, Kathleen, Wig, Kissienka, Katherine... Nombres, mis nombres, algún día amados, familiares queridos, que ahora, en el vacío de la calleóla niebla igual que una espesa, agobiante cortina de tiempo, suenan a ecos extraños que se disuelven en la bruma.

Camino. Un minuto vacío sucede a otro. Una hora a otra. Me llamo a media voz: Kass, Tig, Kathleen... Mis nombres que ya no son mis nombres.

El Café Royal como refugio. Otro vacío. Nadie a quien amar, nadie de quien conseguir un nuevo nombre, ese impulso para escribir que hace ya meses que no encuentro.

Le pido al camarero una mezcla de champán y cerveza a partes iguales, lo que tú solías beber para olvidarte del mundo.

—¿Champán y cerveza? —pregunta con evidente desconcierto.

—Sí, cerveza y champán. Y un pepinillo al eneldo —añado con el malogrado intento de reírme de mi extravagancia.

Por un momento me pareció ver tu rostro en uno de los espejos del Royal. Una anciana, apoyada en su bastón de roble y envuelta en pieles de zorro canadiense, cruzó ante mi mesa y borró tu imagen. Cuando volví a buscarte, ya no estabas.

Hace quince años Londres era el destino de mi libertad. Desde Isla del Norte, yo imaginé este lugar repleto de bosques y jardines, de plazas cuadradas con árboles que crecían sin miedo, abiertas sus hojas a la vida. Aquí estaba sin duda el centro de mi gloria y yo sólo tenía que descubrir ese punto brillante que se ocultaba a la mirada de los otros.

Nada más llegar, recorrí la ciudad de un extremo a otro con impaciencia. Westminster Abbey, Hyde Park, The Promenade Gardens, la Tate Gallery, pero nada brillaba en las tumbas de la catedral, en las praderas de césped, en los conciertos al aire libre o en la pintura alegórica de Watts, Love and L/fe, Hope... Ahora no sé cómo pudieron gustarme aquellos cuadros.

El camarero me sirve con una fría sonrisa.

—¿Está bien así? —pregunta.

Le devuelvo su sonrisa aún más helada, que un instante se queda fija en el espejo.

En los cafés y en tristes habitaciones leí a Oscar Wilde, a Stevenson, a Wordsworth, a Balzac y Maupassant, a ese Chejov que me perseguiría siempre, a Byron, a Tolstoi, a Maeterlinck; demasiados amigos de los que poco a poco me fui alejando. Ya entonces me atraían los espejos, donde todo aparece y desaparece tan rápidamente, de un modo irreal; y también las ventanillas de los trenes, ante las que el paisaje cambia sin darnos tiempo a la contemplación. Me pasaba horas observando a la gente, sus máscaras de elegante indiferencia que esconden el dolor que pregona

cada arruga. Y me gustaba oír sus voces delatorias de las emociones que silencian.

Me bebo de un solo trago este líquido espumoso y transparente como si fuera una medicina desagradable, y espero su efecto. Ni una débil llama arde en mi interior. Jack estará con Elizabeth, pero no hay dolor, ni celos, ni ira. Si asomaran por aquí, yo sería cortés, incluso amable. ¿Recuerdas, en cambio, Koteliensky y Gertler estaban sentados ahí enfrente, cómo le quité de las manos a un indio el libro de Lawrence porque se atrevió a burlarse de sus versos? Pero los amores de Jack nunca valdrán lo mismo que un poema de David. Además, en aquel tiempo, yo era aún capaz de sentir pequeños arrebatos de sentimentalismo.

Muevo la mano con gesto displicente para que se acerque el camarero.

—Lo mismo, por favor.

Ya no intercambiamos sonrisas sino una mirada silenciosa y cómplice.

De niña yo quería ser misionera maorí, concertista de violoncello, escritora, pero sobre todo un genio. Al llegar a Londres, vendí los elegantes vestidos que traía de Nueva Zelanda, mi violín gigante, todo aquello que tenía algún valor. Después, afilé la mirada que, desde dentro o desde fuera, me permitiría ver el mundo, el secreto que cada cual guarda y le distingue de los otros. ¿Cuál será el de este camarero?

Nunca creíste que yo tuviera una pluma de bronce en forma de cerdo. Cuando escribo y las frases salen muertas, paso los dedos por el pelaje grueso y duro de su lomo para que avive mi cerebro. Es un regalo de mi viejo padre que yo le devuelvo en mi testamento.

Otra vez la cerveza y el champán. ¿Gracias o una sonrisa?

—Gracias.

Llevo un año acariciando en vano mi pluma de bronce, sacudo su frío, intento escribir, y lo que sale es pura basura. No debiste enviarme aquella carta tan desmesuradamente crítica sobre mi carácter y mis aptitudes. Nadie antes, ni Lawrence, ni Orage, ni siquiera Jack, logró hacer un análisis tan incisivo y penetrante de lo que yo soy y de los defectos de mi obra. Después, ya nunca hablamos frente a frente. Y necesitaría tanto discutir del arte y de la vida contigo, oír otra vez tu risa enfadada, tu tono mordaz. Podría ser en Bandol, en uno de esos apartamentos decorados al estilo francés, con muebles como erizos, ni una sola silla confortable, ¿recuerdas?, así que no hay más remedio que meterse en la cama para hablar con comodidad.

Nunca habrá respuesta a aquella carta. Durante algún tiempo, pensé en las más duras palabras, estuve escribiendo borradores o ensayando en voz alta mi defensa, que quería sagaz, convincente, sin fisuras, apoyando la inteligencia en cada punto de tu hiriente discurso. Hablaba sola: me fascina la Crónica de Froissart, su desdén por el nombre exacto y por las fechas, su interés por lo desmesurado y sorprendente, así que me siento orgullosa de ser como uno de los caballeros de su historia que saquean y roban a la vida sus prodigios. En cuanto al amor, no añado plumas a mi sombrero cada vez que un corazón se me rinde con engaño, pero no puedo admirar a quien tan fácilmente se me humilla y no reconoce la mentira. Te equivocas, no vivo felizmente en una república de aromas y sonidos, de césped y de flores, rodeada de objetos extraños y movida por actitudes extravagantes, porque no soy feliz y eso cualquier tonto lo adivina. Tal vez sea, como Madame Bovary, más sentimental que artista, y mire mi entorno, las cosas externas, las puestas de sol, con el mismo deseo de quemar mis naves. Pero juro que cuando despierto cada día renace conmigo el vano y doloroso esfuerzo por romper el muro que me separa de mí misma y del éxito que vine a buscar aquí, como si mi talento fuera la lámpara de Diógenes. Palabrería y palabrería. Mi defensa siempre terminaba en confesión de todos mis errores, ni uno más que los que tú

señalas en tu carta como un dardo de amor envenenado.

Tercer round. Cerveza y champán, y sonrisa abierta al camarero, que ahora me sirve con modales de chambelán.

Tú tenías un don especial para el disparate, el devaneo y la parodia. Ignoro si el camarero será también tan arisco e indolente.

A los veinte años, ya iba camino de ser una escritora sentimental, y escribí en mi diario: «Yo terminaré, desde luego, por matarme». Ahora que estoy tan cerca de cumplir aquel vaticinio, sé que la muerte no significa necesariamente el final de una vida de actividad física. Cuando vuelvo a la Tate Gallery y veo de nuevo los cuadros de Watts, *Love and Life*, *Hope*, me digo que son ideas tan frágiles y vulnerables como un jarrón chino dejado en manos de una zafia sirvienta. Una vez roto el jarrón en hermosos trocitos de porcelana y colores, no queda sino el consuelo de recoger uno a uno sus pedazos, guardarlos en el cajón de un armario, y esperar el momento de paciencia de alguien que los pegue con cuidado. En el British Museum debe de haber más de un experto en estas restauraciones o, quién sabe, hasta un camarero puede tener ocultas habilidades.

Por fin no hicimos el viaje a Dinamarca. Envolverse en el propio ser o en un celofán transparente de estoicismo, la pasión relativa y no irresistible, «salva mi alma con tu brillante pluma», escribiste una vez, y creí que sólo era una galantería. Estaba yo muy cansada para dar mayor sentido a tus filigranas intelectuales y además Dinamarca, desde Hamlet, siempre me ha parecido un país de fantasmas ocultos, un desagradable olor a podrido, teatro dentro del teatro, y veneno que nunca cae en la copa adecuada. Hubiera sido más sencillo, Jack y yo teníamos entonces un pacto de libertad mutua, que hubieras dicho simplemente, más allá de la simpatía espiritual, que me amabas. Yo lo hubiese comprendido.

Trato de verte desde fuera como un espectador curioso, y sólo eres una fiel amistad con Jack, un mal carácter progresivo, aquel trabajo en el Instituto de Meteorología, tan ajeno a tu inclinación por la belleza y el arte, aunque en cualquier caso, decías, la vida es un negocio aburrido, un desierto duro, pedregoso, cuyo final nunca está demasiado cercano. No sabías en qué momento perdiste la oportunidad de alejarte de la tormenta de arena que con furia te cegó los ojos, más tarde el resto de los sentidos. Se necesita estar loco para embarcarse voluntariamente en una guerra que desde el principio odiabas.

Jack me lo ha contado más de una vez. Quizá esté embaucando ahora a Elizabeth con la misma historia. El tiene unas dotes magníficas para la narración oral, encanta al que le escucha, acaricia con la voz, alumbra la escena, te encandila. En sus labios, la mayor tragedia puede convertirse en una aventura fascinante. Yo no sé hacerlo. De las distintas versiones que le he oído, deduzco que cruzaste Francia con el regimiento de Essex y que en el ataque de Fampoux, cerca de Arras, una granada deshizo tu pierna izquierda, haciendo saltar el pie por los aires. Otras veces es una gran explosión en un refugio subterráneo, o durante unas maniobras, pero siempre en las proximidades de Arras, en mayo, cuando la primavera ha crecido incluso en los campos de batalla.

El camarero llena mi vaso, esta vez sin consultarme. Inclina la cabeza y me dice madam, como en un susurro, antes de darme la espalda.

Jack asegura que a los pocos días, qué horrible, tuvieron que cortarte la otra pierna, pero que tú leías impasible en el hospital un ejemplar de *Dubliners* y que en tu rostro no había huella de dolor. La muerte esperó con delicadeza hasta que llegaste a las últimas líneas del libro de Joyce, te tragaste todas esas fábulas sobre los que han amado y, como tú, están ya muertos. A eso le llamo yo morir como un héroe.

Miro insistentemente los espejos del café y tu imagen ahora no aparece. Miro dentro de mí y sólo veo rostros de piedra, páramo sin Fin, incapaz de poner punto final a esta esterilidad y a este aburrimiento. Cualquiera otro día, tal vez como un héroe de Froissart, yo hubiera intentado robarle a la vida un destello momentáneo, pero hoy no puedo. Salgo del Royal con paso firme a pesar del alcohol, yo diría que majestuosa, sin volver la cabeza, sin dejarle ni una mísera propina al camarero. Afuera, la luz de las farolas ilumina la niebla.

TÉ SIN AZÚCAR

Ham Spray está solitario y en orden. La biblioteca, tu dormitorio, el jardín. He sembrado campanillas de invierno y narcisos junto al bosque de tejos donde quisiera que fueran enterradas mis cenizas con las tuyas. Tu muerte crece dentro de mí. En Golden Green, sin funeral ni ceremonia, según tu voluntad, sólo en presencia de James y Saxon, ardió tu cuerpo en el horno crematorio. Después, una escueta placa in memoriam, en Chew Magna, la capilla familiar. Roger se ha llevado ya tus libros antiguos, los impresos antes de 1841. Me pregunto por qué señalaste en tu legado esa fecha, irregular, caprichosa, si había alguna razón oculta o sólo fue para mostrarnos una vez más lo original e impredecible de todos tus actos.

Tu inteligencia, aquel aire de irrealidad, tu voz leyendo a Morley, Gibbon o Shakespeare, las veladas en que James interpretaba a Bach mientras yo leía en soledad a Platón o dibujaba un rostro, un paisaje, las conversaciones, sentados en el suelo frente a la chimenea, atenta a cada palabra tuya, transparente de felicidad, llena de adoración, asombrada de que toda aquella riqueza fuese para mí, una bohemia romántica, teme rosa siempre de hacer las cosas mal, el pequeño caballo salvaje que hoy, sin ti, parece un cachorro abandonado, un niño perdido en el bosque de la vida.

Ahora leo sola los libros, la poesía que tú acostumbrabas a leerme después de la cena. Hablabas como el rey Lear en tu agonía. Te veo en los últimos momentos, la cara pálida, los ojos cerrados, la frente húmeda y fría, sin dolor aparente. Afuera la luna brillaba junto a la casa, filtrándose a través de los olmos, deteniéndose sobre los pajares. En el tejado del cobertizo se recortaban las siluetas de unas palomas contra la luz pálida de la noche y tú respirabas aún, muy rápida, muy profundamente. Ya no era el reloj el que marcaba el tiempo, sino los débiles latidos de tu corazón. He descrito tu muerte en el diario. Nadie podrá contar la mía.

Mi sentido del humor, ese dudoso ingenio, la alegre vitalidad, el gusto por la vida que yo tenía cuando nos encontramos en Asheham, el atractivo de la juventud que te conquistó aquel otoño de 1915, todo lo que yo quise conservar para ti mientras, a lo largo de los años, cultivaba hortalizas en el huerto, cocinaba, te servía sin preocuparme de mí misma, dejando inacabados los cuadros, poniendo más energía en el cuidado del jardín y en que tu vida fuera apacible que en luchar por sacar a flote mi talento, todo eso ya se ha perdido. Mis ojos azules achinados, mi cabello rubio, mi corazón libre, todo se ha apagado en estas últimas semanas.

Nuestra vida fue fascinante, nuestra relación tan íntima, tan fuerte, que me siento inútil para explicar cuánto y cómo era lo que tan firmemente nos unía. Dibujo en los márgenes de estas cuartillas, como único don para ofrecerte, preciosos gatos, como los que hay en la vajilla de la casa, gatos tocando el violín, dormidos en el brazo del sillón o encaramados al respaldo de una

silla, un gato gigante dando de comer a Tiber, otro quieto, frente a un pájaro en el jardín, gatos con sombrilla o paraguas, bajo el sol o la lluvia, o sobre mi cama, ahora que no hay nadie.

Esto me trae el recuerdo de nuestros amantes mezclado al de la palidez de tu rostro, la inmensa pena de verte allí, en tu dormitorio, frío y solo. Ralph, tú, nuestra vida en Tidmarsh, aquel triángulo apasionado que la aparición de Francis hizo imposible.

Cuando la casa estaba llena de enfermeras, de familiares y amigos que leían novelas policiacas o hacían crucigramas para entretener la llegada de la muerte, Ralph puso toda su atención en mí, me preparaba tazas de té o me ofrecía brandy, y tras el momento final, salió al jardín y trajo un ramo de hojas de olivo con las que hice una corona para adornar tu frente. Era hermoso el contraste del verde del olivo con el color de cera de tu piel. Besé tus labios y mis lágrimas cayeron sobre tu cara sin que fueras capaz de abrir los ojos. Horas antes yo había intentado quitarme la vida para seguirte hasta el fin. El azar hizo que Ralph me descubriese en el garaje cuando el gas aún no había hecho su efecto. Soy torpe hasta para planear mi muerte. Alguien pensará que fue un gesto histriónico. Oliver cree que tengo derecho a morir cuando lo desee. Nunca más que ahora.

Entro a tu dormitorio, la habitación está muy ordenada. La mirada cae sin ningún reproche sobre el mosaico de Anrep, la figura hermafrodita de la chimenea. Tú sabes que nunca hice demasiado caso a tus jóvenes amigos, si algo me irritaba es que no supieras valorar tu grandeza, comprender que nuestra unión no hubiera sido más profunda, más perfecta, de haber sido posible la sexualidad entre nosotros.

La libertad era seguir el rumbo de las emociones, no tener la obligación de elegir entre la extrema necesidad de moldear mi vida contigo, de acoplarla a la tuya en cada instante, o dejarme arrastrar por los apasionados amores que se sucedían y que yo acaso no hubiera aceptado sin tu aprobación. Estos episódicos amantes, del uno y del otro, que irrumpían con fuerza avasalladora, no siempre eran capaces de entender que tú o yo podíamos enamorarnos de otras personas permaneciendo fieles el uno al otro. Una relación indecente, absurda, para quien ha olvidado su niñez, la necesidad en la infancia de amar y ser amado sin límites, para quien vive según las reglas convencionales, que tanto odio, haciendo lo que no siente, pretendiendo ser algo distinto de lo que es, sin dejarse llevar por sus emociones. Una relación, la nuestra, absurda e indecente para los que no pueden admitir una actitud de vida en la que los celos no existen, tal era nuestra seguridad, un círculo emocional en el que los problemas se resuelven tratando de causar el menor daño a las víctimas. Quizá esto sólo sea posible entre gente compleja, excéntrica y rebelde, ¿así somos?, que siente que crece más el amor cuando está dividido.

Perdona esta rabieta, este desahogo, no te sientas molesto por mi adoración. Sabes que jamás escuché a los que hablaban de tu frialdad, de tu egoísmo, a los que comparaban nuestro amor con una taza de té sin azúcar. Quizá ésta sea sólo una expresión de Mark, de su pasión directa, insensible, violenta. No sé si se recuerda siempre mejor al primer amante o si esta presencia de Mark, aquí, mientras obsesivamente aliso la colcha de tu cama para que esté impecable, sin una sola arruga, se debe únicamente a esa frase, a esa idea de comparar el amor sin sexo al té sin azúcar. Cuando yo tenía veinte años, todo intento de dulzura, cada uno de los terrones que caían en mi taza de té, de una porcelana fragilísima, me dejaba herida, desconcertada, toda mi piel llena de arena, como si después de un baño en el mar me hubiese tendido directamente en la playa, sin una toalla protectora. Desde niña había sentido vergüenza de ser mujer, el sexo era un elemento intruso al que me resistía con todas mis fuerzas, el matrimonio era el diablo que, con su arpón

amenazante, destruiría mi independencia, la libertad que había conquistado en una larga y agotadora lucha, una guerra en la que todo valía, incluso la mentira que tanto detesto.

Sobre la mesilla, en el dormitorio, Orgullo y prejuicio, que estuve leyendo hasta la tarde anterior a tu muerte, cuando ya tus ojos de spaniel estaban cerrados y jamás volverían a abrirse. Ahora soledad y soledad, frío, sólo he encendido la chimenea de tu estudio, y recuerdos.

Nuestro primer paseo por el campo, aquel otoño de 1915, cuando sin saber por qué inesperado impulso me besaste. Yo era tan joven, tan celosa de mi intimidad, acostumbrada sólo a las monótonas demandas pasionales de Mark, tres terrones al mes eran mis débiles concesiones, que estaba furiosa. Dormí mal aquella noche y, al amanecer, entré sigilosamente en tu habitación dispuesta a vengarme. Iba a cortarte de raíz la barba, tu cabellera de Sansón, pero algo te despertó, saltaste como un felino, y casi me ahogas, confundiéndome en las sombras con un ladrón.

Y cuando te dije, sentada en la hierba de Mili House, en Tidmarsh, «Amo a Gerald muchísimo, tanto como a las ciruelas, el pato asado con guisantes, Venecia, las coronas imperiales, los tulipanes, las frambuesas con nata de Devonshire, pasear por Combe Downs, Padua... más más más que a todas estas cosas yo amo a Gerald».

Ahora, sentada al borde de tu cama, sin poder llorar, sintiéndome muy lejos de aquí, bajo la tierra que rodea el bosque de tilos, te amo más que a Mark, a Ralph, a Gerald, a Clare, a Henrietta, a Julia, más que a todas las mujeres que me compensaron del escaso placer que me dieron los hombres, más que a todos los hombres a los que se aferraban mis sentimientos, más que al campo en primavera, las llanuras de Ham Spray, la nieve cayendo sobre las colinas de Hurstbourne, los prados de Tidmarsh, el paisaje de Watendlath, más que a Teddy, más que a todos y cada uno de los cuadros que llenan las paredes de los museos, más que a cualquier hermoso lugar de la tierra, más que oírte recitar a Shakespeare mientras James interpreta a Bach, más más más que al azúcar que cae sobre una taza de té hirviendo, más que a todos los libros, toda la música, la respiración o el latido que me hacen seguir viviendo.

*

A la mañana siguiente, C. se disparó un tiro con una escopeta que había pedido prestada para cazar conejos. El jardinero llamó al médico y telefoneó a Ralph. Tardó en morir unas tres horas. En sus últimos momentos, pidió perdón por las molestias, se excusó por su torpeza. Hubiera deseado una muerte instantánea, sin testigos.

EN LOS JARDINES DE KEW

Llevaba más de una hora vagando por los jardines de Kew, fatigado de mí mismo, cuando me tendí en el césped, de espaldas a Palm House, frente a los lirios de agua y los cipreses del pantano. El libro y el bloc de dibujo que había traído conmigo descansaban también sobre la hierba. Una pereza suave, como el sol de la mañana, se había pegado a mi piel y me sentía incapaz de leer, de dibujar o de escribir una sola palabra»

Pensaba. Todo un año de trabajo en la Hogarth Press crecía en su inutilidad ante mis ojos. De qué me había servido encerrarme como un topo en la húmeda oscuridad de aquel sótano de Tavistock Square, con olor a moho y a tinta, para tener el privilegio de conocer a los brillantes intelectuales y artistas del vagaroso y excéntrico Bloomsbury, si no había aprendido nada. Absolutamente nada que no fuera hacer paquetes o encender mi pipa en la calle cuando sopla fuerte el aire.

Yo sabía que el talento no es algo que pueda transmitirse, pero hubiese agradecido un gesto, un ademán de complicidad, cualquier estímulo que me animase a seguir el camino del arte. Había en mí un enorme deseo de gloria, una vanidosa necesidad de que el mundo supiera quién era yo, medio oculto ahora por las rojizas azaleas en un jardín dos veces centenario.

Traté de adivinar las especies de pájaros que huían sobrevolando el pino negro, la ciénaga o el aguazal, perdiéndose más allá del sofocante ahogo que husmeaban en el invernadero de las plantas tropicales. Pájaros, voces, y colores en los vestidos de la gente que cruzaba con el paso lento y embriagado de aromas.

Hacía mucho tiempo, acaso desde niño, que no visitaba los jardines de Kew. Richmond Park, más próximo a mi lugar de residencia, donde podía deslizarme en veloces patines sobre el hielo de sus lagos en invierno; y el zoo, donde pasaba las horas muertas dibujando, con el secreto deseo de alcanzar la maestría de mi ídolo, Gaudier-Brzeska, habían sido mis dos puntos de encuentro con la naturaleza, dos refugios para excitar mi imaginación creadora los fines de semana.

Tenía que admitir que mis dibujos, con su esquematismo de líneas, nerviosa, casi temblorosamente trazadas, poseían cierta singularidad, pero no eran equipaje suficiente para viajar hacia la gloria, adonde yo quería llegar antes de cumplir los treinta años. Rodeado de escritores como había estado durante los últimos meses, constante devorador de libros, tal vez si unía mi orgullosa inteligencia a la palabra, siempre esquiva, esa desmesurada fama que me atraía fuese más fácil de atrapar. Algo áspero había intuido, deducido de actitudes y conversaciones en la Hogarth Press, de fingimientos y maniobras, de máscaras, nieblas y vacíos, pero otras imágenes de pobreza y mediocridad que frecuentemente me asaltaban me parecían más terribles, más aniquiladoras. De una manera confusa alcanzaba a sospechar que todo éxito tiene su precio.

Cogí el libro para releer «Kew Gardens», el relato de Virginia Woolf. Era como jugar con las muñecas rusas, un jardín dentro de otro jardín, con hombres y mujeres tendidos a la sombra, bajo los árboles. No sé si a ella le hubiese gustado saber lo que pensaba de su modo de escribir. Desde luego yo prefería a Turgueniev, él sí creaba personajes y no seres que se movían entre brumas, al fondo un paisaje de la memoria.

Consulté la guía de Kew en la que se detallan las flores que uno puede encontrar allí cada mes, y en cada estación del año. Virginia sólo hablaba de pétalos y luces cayendo sobre un guijarro, o una gota de lluvia, de mariposas blancas y azules, de libélulas, y, si yo comprendía bien, de los espíritus muertos. Kew era un jardín al que acudía la gente para pensar en el pasado y que yo estaba mancillando con mis ideas de futuro.

Leía y volvía a leer, seducido por el intento de medir la diferencia entre realidad y fantasía, de averiguar dónde estaba el límite entre la descripción de lo que se ve y la invención de una historia que sólo por capricho podría situarse en los jardines de Kew.

Me levanté buscando con la vista un parterre ovalado y un caracol, incluso todas las diminutas cosas en el suelo que, necesariamente, tenían que detener su avance; y miré los zapatos de la gente para descubrir una hebilla cuadrada como la que aparecía en el cuento de Virginia, para poder creer que de verdad estaba en los jardines de Kew.

—¿Ha visto usted un caracol, señora? —pregunté a una anciana que había dejado su bastón apoyado en un banco.

—¿Perdón?

—¿Tiene usted algunos zapatos con hebilla cuadrada?

Volvió la cabeza fingiendo que miraba los pájaros que picoteaban migas de pan a sus pies.

—¿La besaron en este parque hace quince años:'

La señora cogió su bastón de campo y se fue con paso rápido, como si intuyese algún peligro.

Ya no había mariposas, ni gotas de lluvia, ni seres que recordaran sus enamorados encuentros. Sólo un inválido en su silla, un ciego con su perro, *otros are not admitted in any circumstances*, parejas de mediana edad, andariegos, y tulipanes tardíos conviviendo con los lirios tropicales.

Por un momento me pareció ver los ojos grandes y redondos de un búho, siempre silencioso y escondido durante el día; dueño del bosque cuando llega la noche. Y también reconocí, a lo lejos, un caballito del diablo, delgado y con alas transparentes, que emprendía su vuelo veloz desde la orilla del marjal.

Me detuve a mirar las hojas hundidas en el barro del embalse o flotando entre el verdín de la laguna, y creí escuchar imperceptibles sonidos de seres invisibles que en el agua latían al unísono con la tierra. Me decía que cosas así hubiesen cautivado la atención de Virginia, si hubiera salido a pasear aquella mañana por los jardines de Kew.

Pero yo necesitaba acción. Imaginaba un loco arrojándose desde lo más alto de la pagoda, diseñada por William Chambers en el siglo XVIII, feliz por acabar su vida en un lugar regio. Una amante desdeñada entra después por Lion Gate, furiosa de lágrimas y celos, consulta el plano de los jardines, duda entre el templo de Eolo o el de Aretusa, y elige el último, por afinidad de sexo con la ninfa, para dejarse lentamente morir. Tal vez, hubiese sido más romántico llevarla con la imaginación a un macizo de flores blancas, hermoso catafalco, y dejarla allí con sus mortales asuntos, mientras una tortuga asistía perpleja al suicidio de la dama.

Mi brillante futuro se me aparecía ahora cada vez más sombrío. Me fijaba en alguna persona

que, ajena a mí, distraía su ocio en los jardines y, antes de inventarle una vida que justificara su ruina física y moral, ya la había matado en mi mente. La ironía, el humor y el cinismo que me caracterizaban no salían a flote cuando yo intentaba crear personajes a la manera de Sterne o de Turgueniev, de aquellos a los que consideraba grandes escritores. En mí, no había más que impresiones, ideas fugitivas. Seguro que Williams Chambers jamás pensó, dos siglos atrás, que su pagoda y sus templos eran edificios creados para la muerte.

Me acerqué a un grupo de gente que tomaba el té al aire libre. No quería héroes pasivos para el relato o la novela que empezaba a gestar sobre el tema eterno de la lucha del hombre con lo que acontece en su existencia. Tuve la súbita revelación de que todo había sido dicho antes de que yo naciera. Quizá el mundo se había repartido ya en áreas un resplandor de gloria y a mí me habían reservado una extensa parte de mediocridad por donde ahora caminaba rebelándome contra mi destino. Crucé la avenida de las acacias para aproximarme a aquellas familias que tomaban el té saboreando su tarta de manzanas o frambuesas, de ciruelas silvestres o de arándanos, absolutamente ajenos a mi inútil intento de llegar a lo insondable de sus almas, adonde, probablemente, tampoco ellos se habían asomado jamás. Un anciano, con aires de coronel retirado, la odiosa vejez en su rostro y un cansancio huraño en sus ademanes, estaba golpeando con su bastón un insignificante bicho. Después lo pisoteó, cubrió con tierra el pequeño cuerpo destrozado y se dedicó a extender la mantequilla sobre una tostada recién hecha.

Aquella mínima realidad repugnaba a mi historia, que ahora empezaba con dos ardillas saltando de pino en pino y una mujer que le contaba a otra cómo era el elefante prehistórico que había visto en un museo de Leningrado y al que un animal vivo, un gato, tal vez un perro guardián, se le había comido la trompa milenaria. La mujer reía.

—Está tan ridículo, encerrado en su enorme cabina de cristal.

No. No era un buen comienzo. No encontraba ni el argumento ni el tono. Quizá el camino adecuado para iniciar mi cuento —estaba implícita mi renuncia a la novela— sería aquel en el que la podadora del césped, por ejemplo, y el problema del hombre que la arrastra se fundieran con los narcisos que crecen a su lado sin que, por demasiado vistos, un día tras otro, se detenga a contemplarlos.

Era como sentarse ante un pozo seco y esperar el milagro de ver manar el agua en limpios raudales. Medido yo con este viejo que se cruza conmigo, pensaba, soy un muerto.

Me senté al pie del árbol chino de la vida, a la sombra de la sabiduría legendaria, y decidí quemar el libro de Virginia como un exorcismo. ¡Fuera de mí los demonios con figuras humanas! El deseo de retrasar el reloj hasta la hora en punto en que yo había entrado en los jardines de Kew, para que desapareciera mi pesadilla, era entonces más real que mi reciente creencia de que la poderosa llamada del arte iba a salvarme.

Acababa de ocultarse plenamente el sol, tras una gran nube negra que presagiaba inminente lluvia, acaso torrencial. Salí corriendo a coger el autobús. «Kew Gardens», el relato de Virginia, era ya sólo papel chamuscado y cenizas junto a un árbol chino. En mi trayecto de Richmond a Londres, hice dibujos rápidos de los rostros de la gente. Gaudier-Brzeska estaba también más lejos de mí que hacía unas horas.

Cuando llegué a casa, comuniqué solemnemente mi deseo de matricularme en el University College de Londres para estudiar periodismo. Me pareció un buen comienzo para mi propia historia.

CUADRO DE FAMILIA

Aquella mañana había instalado mi caballete en el campo, cansada de pintar el paisaje a través de las ventanas de la casa, como si sólo me atreviese con él a retazos, como si me faltara valor para enfrentarme abiertamente a toda su extensión. La mirada alcanzaba Tilton, Peaklets, la cima de Firle Bacon, pero se detenía embelesada en el estanque, en sus aguas verdes y oscuras por el reflejo y la sombra de los árboles, nuestro pequeño lago que, rodeado de estatuas, parecía el rincón de un jardín palaciego.

Elegí un tono caliente para imprimir la tela, una base rosácea para que vibrasen sobre ella los colores de la húmeda umbría de la alberca. Me movía a un lado y otro buscando el encuadre más adecuado, cuando empecé a oír ruido de caballos y chirriar de ruedas, antes de ver al fondo del camino el destartado carro de Jack, el lechero, que solía traer nuestro equipaje desde la estación de Glynde. En seguida reconocí a Bun, sujetando con un brazo su maleta y marcando con el cuerpo el traqueteo del carretón.

—Vengo como un fardo más —dijo, saltando al suelo divertido—. No hubo modo de encontrar un taxi en Glynde. Justo ayer se me averió el coche —explicó mientras me besaba maquinalmente, como si se hubiera ausentado sólo unas horas.

—No te esperábamos hasta la hora del té —dije con gesto apacible y dispuesta a no abandonar mi trabajo.

Despidió a Jack dándole algún dinero y entró en la casa. Oí su grito jovial:

—¡Eh! ¿Dónde está todo el mundo?

Desde la tumultuosa pelea, unos meses antes de esa boda oscura y triste a la que no fuimos invitados, ¿era necesario provocar sufrimientos?, Bun no había vuelto a la granja. Ahora aparecía de nuevo para reconciliarse con el ambiente familiar que durante años había formado parte de su turbia existencia.

La llegada de Bun avivó mi recuerdo de aquella dramática disputa en la que nos comportamos como animales salvajes, una guerra en la que las palabras se convertían en metralla lanzada del uno al otro, en lluvia de flechas con carga de veneno. ¡Qué lejos del alegre espíritu de las riñas de la infancia! Adrián y Virginia arrojándose en el desayuno bolas de mantequilla, blandos proyectiles que estallaban en la pared o en la alfombra si el atacado hacía un hábil quiebro en el último segundo. La batalla terminaba a carcajadas, igual que en una película cómica cuando se estrella un pastel en la cara del adversario. Ahora éramos adultos sin ganas de juegos y un nuevo instinto que yo entonces no conocía, una de las peores pasiones, encendía la mecha entre nosotros.

Sé que yo tuve la culpa. Luché por evitar la tensa atmósfera que precedió a nuestra agria discusión y la tormentosa tristeza posterior, pero no fue posible la victoria. Hacía tiempo que yo

había sucumbido a ese poderoso impulso que lleva a una madre a defender como una ñera, irracionalmente, la felicidad del hijo más amado. Se crea para él un paraíso y no es fácil entender cómo o por qué se extravía del camino hacia el edén. No es venganza la palabra justa para ese deseo de herir a quien le arranca de nuestro regazo, dejándolo vacío para siempre. Bun había sido ese hechicero, seductor de doncellas, araña que teje en la noche sus hilos de oro para atrapar los sueños. Yo le llamaba brujo, tu padre guardaba un impenetrable silencio.

—¿Estás segura de quién es mi padre?

Me pareció vulgar esa pregunta que tú querías que fuese insultante. No contesté. Te miré a los ojos para que vieras en los míos lo que no cabía en una simple afirmación, ni en la caricia, mi mano que deseaba recorrer tu pelo, que por primera vez habías rechazado.

A través de las ventanas abiertas me llegaban las voces.

—Nessa está trabajando afuera.

Era mi primer intento de pintar el lago, al que vosotros llamabais charca, provocando mi ligero enfado. Hoy he empezado otra versión de ese cuadro. Quiero conseguir un verde menos oscuro para el sauce y aún no he decidido si prescindiré de las anguilas, que entierran su cabeza en el barro y mueven sus colas en el aire, como látigos del demonio de las aguas.

Me siento bien, creo que he recuperado mi expresión de indiferencia ante las preocupaciones, la fuerza para hundir el dolor en el silencio que hace más tolerable los conflictos. La pintura ayuda a alcanzar la serenidad imprescindible para disfrutar del natural encanto de la vida. No en vano tu padre y yo, frente a la pesadumbre, la falta de luz y claridad con que la gente vive, decoramos nuestra casa con alegría y color, techos azules, pájaros del paraíso y rojas figuras de fuego en las paredes, cortinas chillonas, árboles y plantas, como si hubiéramos construido nuestra cabaña en un bosque tropical.

—*Pas devant l'enfant* —decía cuando eras niña para evitar todo lo que pudiera herir tu tierna sensibilidad—. *Pas devant l'enfant* —en francés que no comprendías, para protegerte, sin que lo supieras, del mundo real tan lleno de infelicidad, de perturbaciones sin fin.

Y ahora, también, *pas devant l'enfant* los rencores, en este día teñido con el superficial bullicio del ansiado reencuentro. Me gustaría creer que esto es obra de Dios, de un Dios que se revela por medio de sueños o visiones extáticas, o de estos pequeños milagros cotidianos, pero no puedo, y sigo acudiendo a misa, a la iglesia de Firle, como si fuera a distraerme al teatro más próximo en el que todos los días representan la misma obra. Mientras se desarrolla el ritual, contemplo nuestras pinturas, las de tu padre con la huella del genio, en los muros y en la bóveda de la capilla. Los ángeles llevan el rostro de soldados y campesinos de la región, la virgen, siempre lo he dicho, irradiaba la belleza de mi hija, cuando todavía era yo la depositaria de sus confidencias y me era imposible disfrazar la voraz necesidad de su amor.

Bun había sacado del bolsillo su frasco de brandy y, antes de entrar en la casa, se bebió un buen trago. A pesar de sus bromas, de su aire alegre de viejo payaso que aún conserva su energía, debía de ser duro para él enfrentarse con Duncan y sus celos, con el fantasma de la infelicidad pegado a las paredes de las habitaciones y vagando por el jardín.

Las armas de caza estaban en el cobertizo. Cuando oí en el camino el carro del lechero y vi a Bun en el pescante, debería haber cogido una escopeta y, sin vacilación, haber disparado contra el buitre, dejándolo muerto a mis pies. Pero yo soy una mujer de máscara serena, sonriente y exquisita, que no puede permitirse el lujo de ser abiertamente malvada.

Cuando tú naciste, Bun era un hombre soltero que probablemente aún no había decidido si su

balanza sentimental se inclinaba del lado de las mujeres o de los hombres. Había pretendido ser mi amante antes, o no sé si al mismo tiempo, de compartir el dormitorio de tu padre. Todavía recuerdo las cosas hermosas que sucedieron mientras te llevaba en mi seno; también, el miedo a perderte antes de que vieras la luz, la fuerza de tu latido que absorbía todas las demás sensaciones y que al igual que el arte, el simple hecho de pintar y pintar, transformaba la ansiedad y el dolor en indecible placidez.

Yo estaba segura de que tú, desde mi vientre, podías oír el mundo exterior. Elegía la mejor música para que tú la escucharas, leía en alta voz mis novelas preferidas, las de George Eliot y Thackeray, convencida de que también tú gozabas de los buenos libros en mi cálida compañía. Y para que nada malo pudiera sucederte, yo pasaba la mayor parte del tiempo en reposo, casi todo el embarazo tendida en un sofá, viendo pintar a tu padre. Me gustaba pensar en el color de tus ojos, azul de mar o verde de olivo, negros brillantes, dorados como el sol.

Me dejé arrastrar al Coliseum, en una berlina, para ver el Ballet Ruso y tú danzabas en mi vientre al compás de la música, del alado movimiento de aquellas etéreas bailarinas. Mi deseo de ti no es comparable a nada porque tú eras el hijo, varón o hembra era igual, del hombre que mayor amor, tristeza y felicidad me había dado, el rayo luminoso de esa apasionada tormenta imposible de describir.

Bun y tu padre, en ruidosa camaradería, sacaron sillas al jardín, y quizá también whisky, para gozar de la mañana.

—Estaremos mejor en el porche —dijo Bun.

—No, no molestemos a Nessa en su trabajo.

Tu padre y su respeto por el trabajo de los demás. Mezclo el rojo y el cobalto y obtengo un gris caliente para las nubes, que vienen después de haber pasado sobre Beanstalk. Me pregunto por qué he abandonado tan irreflexivamente el cobijo de la casa, rechazando mi obsesión por las ventanas, ese lugar siempre protegido por el que me asomo al mundo con la ingenua pretensión de atraparlo. Presiento que éste tampoco va a ser un buen cuadro.

A las pocas horas de nacer, Bun te cogió en sus brazos, se quedó mirando tu rostro dormido y dijo:

—Me casaré con esta niña, es preciosa.

Después, en tono muy bajo, añadió:

—Cuando ella tenga veinte años, yo iré camino de los cincuenta. —Y levantando la voz preguntó:— ¿Creéis que una boda así sería motivo de escándalo?

Y todos nos reímos, entonces.

A pesar de que los asuntos del corazón son por esencia privados, según reza la norma inviolable de nuestras vidas, en lugar de dirigirte una mirada de angustia, mientras repetías una y otra vez esa humillante pregunta, debí hablarte de mis sentimientos y no ampararme en el silencio, por miedo a estallar como una mujer histérica abriendo la puerta de su infierno.

Bun entró de nuevo en la casa. Desde una ventana gritó:

—¿Dónde está el Daily Mirror?

—Busca en el estudio de Nessa —indicó tu padre desde abajo, también a gritos.

Yo siempre acaparo el diario, pero no leo las noticias. Del Mirror me interesan sus ilustraciones, estudio los temas, la composición de las figuras, la distribución de los espacios; de los grabados del periódico he sacado ideas que me han servido para mis cuadros. Nunca he sido

una artista muy original, nunca he tenido esa fuerza del genio, y el miedo a fracasar como pintora aún está vivo en mí. Muchos de mis cuadros, inconscientemente, son una pálida imitación de los de tu padre. Su enorme poder de seducción, su energía creadora, caen como un fino polvo de oro en todo lo que toca y su pintura está traspasada de un aire sensual, de una alegría edénica. La mía, acaso, de serena melancolía.

¿Quién es tu padre? Un ser encantador, absorbido por la pintura y por, llamémosle, sus pasiones físicas, la belleza de los jóvenes, atractivos como dioses cuando él los cubre con el brillo de su mirada. Cuántas noches, mientras yo derramaba trementina sobre mi cama para que su olor espantase las chinches, él aspiró otros perfumes más hedonistas. No cabe hacerle ningún reproche, yo supe desde el principio que su tendencia sexual no era reformable. Llegué a él sin darme cuenta, después de un matrimonio cuya felicidad inicial, el amor de la pareja, había sido sustituida por ese voraz instinto materno, los hijos que conquistan el espacio del hombre que quiere seguir siendo amante y no se resigna a ser sólo padre. Una historia tan vieja como el mundo.

¿Quién es tu padre? Un ser maravilloso y cálido, unido a su madre como una lapa a una roca, habituado a esos disparates sodomitas, creyendo de buena fe que el egoísmo es una gran virtud humana y sometido a incontrolables deseos de amor, intentando una y otra vez incorporar definitivamente a su vida a alguno de aquellos donceles hermosos y arrogantes. Te imaginas, hija, qué extraño prodigio, un milagro, que tú estés en la tierra.

La cocinera pasó por delante de mí y echó una mirada al lienzo en el que apenas había dos manchas diferenciadas, el cielo nuboso y el agua verdinegra del estanque. Hizo un gesto ambiguo.

—¿Vendrá alguien más a comer? —preguntó.

—No, creo que no.

—Cogeré unas patatas del huerto —dijo, quizá sin atender a mi respuesta.

No hay que cerrar los ojos para soñar y verte de nuevo niña, uno de esos veranos en Cassis. Las cigarras, las ranas y los ruiseñores de La Bergère rivalizan por comunicar su gozo al viento, y el mar responde a lo lejos que también se siente feliz. Por qué culparme de que te haya mantenido fuera de la realidad, protegida de cuanto pudiera herirte, de todo lo que te habría hecho sufrir.

Engaño, dices, porque llamaste padre a quien no lo era, al esposo amigo, casi ya un hermano, que te acogió desde el primer día como a uno más de su sangre para que no te sintieras diferente, mientras yo animaba sus amoríos en justa recompensa. Engaño, porque mi rostro dulce se transformó en dura piedra y mis palabras fueron dagas cuando Bun te arrancó de mi lado. Claro que podía comprender que un hombre te amase profundamente, pero era Bun, y yo recordaba aún sus lágrimas cuando encontró a un pintor africano en el lecho de tu padre, y las discusiones, los celos, las desesperaciones, los intentos de suicidio o las escenas que terminaban siempre en llanto.

—Mientes, mientes —sollozabas—. Bun es un hombre casado y con hijos.

Y entonces lo era. Y yo que te había dejado crecer libre, derramarte por los caminos de la belleza, la música, el teatro, la danza, la pintura, que te alentaba a seguir todas tus inclinaciones, no olvides cómo te amo, me enfurecía sólo de pensar que ahora te hubieses convertido en amante criada de Bun y de sus hijos, sin olvidar su ambivalencia sexual y, también, he de confesarlo, mi voraz necesidad de ti, lo que aumentaba mi ira. Todo ello rompió en mil pedazos mi talismán, aquel poder para transformar los más terribles sentimientos en apacible serenidad y, por primera vez, sufrí abiertamente, sin importarme que todos lo supieran, que incluso pudieran llegar a

compadecerme.

Aquel día no logré concentrarme en el trabajo. El cuadro era horrible, así que me quité el deshilachado pañuelo del cuello, lo empapé en aguarrás y borré todo el lienzo, el cielo, las nubes, la alberca, y después tiré al agua aquel trapo sucio. No se puede pintar si uno no consigue distanciarse de sí mismo, entrar en ese espacio extraordinario y remoto, no habitado por el ser humano, donde sólo el autor y su obra se encuentran, lejos de las cosas.

Grace tocó la campanilla que llamaba al almuerzo, a la reunión familiar alrededor de la gran mesa redonda en la que esperaban nuestros mejores platos de cerámica, los cubiertos de alpaca y el vino viejo que tu padre había hecho subir de la bodega. Grace apenas se apartó del menú habitual, ensalada, jamón y patatas hervidas, siendo un poco más generosa con los postres, frutos secos y budín, y el café, que sirvió, con un guiño cómplice, acompañándolo con una botella de brandy francés. Bun llevó una charla animada, con noticias de los amigos de Londres, el rostro disfrazado de la alegría que todos nos esforzábamos en mostrar demasiado evidente y conciliatoria. Después del café yo encendí un gauloise, uno de los tres cigarrillos que me permitía a lo largo de la jornada.

En aquel momento empecé a disfrutar de vuestra compañía y me inundó una ráfaga de ternura. Bun paladeaba su brandy, Clive hablaba de la influencia en el cubismo del arte africano, y por mi mente pasaban imágenes de fugaces instantes en los que la felicidad, esa mariposa de los más diversos colores, se atrapa delicadamente, dejándonos en el alma, antes de huir, huellas del polvo brillante de sus alas. Mis hijos, aún niños, corriendo desnudos bajo el sol en el jardín; tu padre, captando en el espejo mi mirada de amor a la que él había correspondido con la más enamorada de sus sonrisas; yo, quedándome dulcemente dormida mientras posaba para él, durante horas, y le admiraba en silencio; tú, mi amada, flotando en el estanque con un vestido blanco, rodeada de flores como en la muerte de Ofelia, para que yo recogiese tu belleza en una fotografía que guardo en mi secreto escritorio.

En momentos así, tu padre dirigiéndome una mirada íntima que volaba por encima de las flores del jarrón y del humo de los cigarrillos, yo era capaz de olvidar mi constante miedo a su abandono, que, año tras año, se había ido pegando a las paredes de mi corazón, como un escondido tormento. No era fácil encontrar grandes diferencias entre este sentimiento de resignada felicidad y la sumisión a la aflictiva alegría que supone la experiencia maternal. Tú empezabas a saber cómo enaltece, domina y también destruye el hecho de ser madre. Un ligero gemido de la niña, que dormía en su cuna junto a la chimenea, te hizo saltar a su lado. Yo controlé mi impulso y me quedé sentada; era tu turno. Amaryllis, la pequeña criatura de mi hija, lloraba. Después vendrían otros nietos. «Qué bendición que existan y qué diferente hacen la vida», dije en alta voz, y nadie supo a qué me estaba refiriendo. Bun siguió contando un chiste al que yo no prestaba atención. Tu padre nos hizo salir a contemplar el magnolio, que habíamos plantado frente a la casa hacía veinte años y que aquel día floreció por vez primera.

Bun tenía prisa por regresar a Londres, quizá por evitar que la tensión, que aún persistía bajo las risas y la cordialidad que el brandy aumentaba, estallase en algún momento y diese al traste con su ánimo de reconciliación. Tú le acompañaste, ¿no tendría Amaryllis un poco de fiebre?, con tu hija excesivamente abrigada en su capazo de mimbre. Os llevé en mi coche a la estación. Era notorio mi despiste, olvidaba los mensajes telefónicos, perdía los paraguas y los guantes, no podía negar tampoco que era mala conductora, pero nunca como hasta entonces, en el corto trecho que separa la granja de Glynde, me dijiste tantas, tantas veces, «Por favor, ten cuidado», protegiendo

con tu cuerpo a Amaryllis en cada curva, en cada bache, como si fuera a morir aplastada en cualquier instante. Durante todo el camino mi irritación fue en aumento y, a la vuelta, quise hacer evidente mi famosa ineptitud con los coches, embistiendo a las bicicletas, a los carros y hasta al autobús local, pero todos se apartaron a tiempo entre bocinazos y gritos:

—¡Está chiflada! ¡Usted es un peligro, señora! —y algunos insultos más fuertes.

Cuando llegué a la granja ya no tuve valor para meter el coche en el garaje, así que dejé esa complicada maniobra para más tarde. Me fui directamente a la biblioteca a descansar y abrí una novela de Jane Austen, una autora que siempre me atrajo por su inteligente análisis de las conductas personales. Pero no leí más que unas páginas, mientras, con el libro entre las manos, cedía a la corriente de mis pensamientos.

Yo era para los otros un pájaro de piedra que milagrosamente se mueve con el viento, algo delicioso y a la vez firme y monolítico. Siempre había disimulado mi ansiedad hundiéndome en los más absurdos trabajos. Me vi haciendo flores artificiales, pintando zarapitos en los azulejos que, después, decorarían mesas y chimeneas, antepechos y marcos de ventanas. Contemplé mi rostro en el cristal de la puerta. Alguien había dicho que mi belleza era más profunda que aparente, pero no tenía razón. ¿Qué quedaba dentro de mí, derramada en todas las direcciones hacia los engaños y señuelos que parpadeaban como luces de maravillosas ciudades en el horizonte? Recordé a Roger, sus ojos oscuros, sus cejas negrísimas, su voz sonora, el rostro intensamente vivo y a la vez tranquilo. Ya no estaba en el mundo.

Roger me había considerado una diosa que irradiaba sensualidad, la dama del castillo que, desde su segura posición, domina el valle donde todos pueden vivir y trabajar felizmente. Pero sólo fui la amante extraña que, para retener su amor, debe consentir que él encienda fuegos en otros cuerpos, tan iguales al suyo que parecen el mismo. ¿Comprendes, hija, por qué tú eres para mí tan importante? En ti veo el rescoldo, la ceniza de mi hogar, ahora que habiéndome hecho abuela me enfrentas con la vejez, pero también la enfebrecida pasión que convirtió el infierno en paraíso.

Tu padre, no hablemos más de él, no podía dejar sin respuesta ninguna llamada física, pero le era más vital mantener libre su mente dentro de una cómoda y pacífica rutina, sin correr riesgos, abdicando de toda responsabilidad, honestamente, sin prometer jamás que fuera a dar lo que no estaba a su alcance. Yo era su vida, nunca lo dudes.

Años más tarde, cuando entraste en mi estudio para contarme con los ojos enrojecidos que te habías divorciado de Bun, te escuché sin hacer ningún comentario. Después, te mostré la versión definitiva de aquel cuadro de nuestro estanque en el que había introducido una figura humana.

LOS VIEJOS DÍAS

Desde la carretera, la granja parecía un cadáver en medio del campo. En contraste con su vacío y abandono, más allá de los muros de piedra que la rodeaban, todo seguía alegremente vivo.

Entró en la casa sabiendo de antemano lo que iba a encontrar, habitaciones desnudas, frías y desoladas, sin muebles, sin cortinas, y en las paredes ni un cuadro, ni un resto de pintura, nada.

Olía a muerte. Años atrás el olor a trementina lo invadía todo. Un olor familiar que se iba haciendo más intenso a medida que uno se aproximaba al estudio, en la parte alta, donde las ventanas por las que entraba la luz del norte miraban al jardín y, un poco de soslayo, a Compton Wood. Al subir, sus pasos resonaban en el silencio, y la escalera se estremecía como un animal gigante que despertase de un largo sueño, haciendo crujir todos sus huesos.

Abrió puertas y ventanas. Afuera, los geranios azules y los crisantemos se asfixiaban entre hierbas y matojos. El aire no traía el perfume de las flores y no había ninguna señal de que aquel lugar hubiera sido en algún tiempo un paraíso que guardaba el secreto de la felicidad. Un refugio del mundo que por milagro se sostenía entre las nubes, y ella, el centro de un coro de ángeles extraviados que ya había enmudecido para siempre.

No era difícil cerrar los ojos y poblar la casa, llenarla de colores, amarillo limón, siena, ocre amarillento, y de objetos raros y exquisitos, pájaros y faisanes pintados en los marcos de las ventanas, ninfas de pechos desnudos en los paneles de las puertas, un clavicordio, un canapé de grandes rosas descoloridas por el sol, manzanas entre los libros, y música de Beethoven, Mozart o Debussy apoderándose de los ruidos cotidianos, de cualquier rastro de melancolía.

En otro tiempo, en la casa, las vigas, las chimeneas, los armarios, los espejos, todo, desde el vestíbulo al desván, estaba pintado. Y sobre el amarillo, el rojo veneciano o el azul grisáceo de las paredes, colgaban docenas de cuadros, huellas de Matisse, Cézanne, Dufy, arropados por cortinas de dibujos abstractos en sorprendente armonía con las amapolas orientales, las peonías y los asfódelos que se iban sustituyendo de la manera más natural en los jarrones.

La casa se reconstruía y se deshacía en su memoria. Eran confusos los recuerdos que tenía de su aspecto interior ya que, con frecuencia, se cambiaban las cosas de sitio para crear nuevos ambientes. Imágenes de la biblioteca, del estudio de Nessa o de Duncan, incluso de su propio dormitorio, se mezclaban creando un conjunto abigarrado de cuadros, libros, muebles, estatuillas y cerámicas, un caos del que no podía rescatar aquel aire de sofisticación y a la vez de austeridad que allí se había respirado siempre. Pero la granja, ahora desmantelada y húmeda, seguía siendo el hogar con el que identificaba su niñez y lo mejor de su vida, y donde, de haber sido posible, acaso le hubiera gustado también morir.

Despacio, fue recogiendo del olvido las voces de la casa. Allí estaba el padre, desasido de

todo, una llamarada intermitente de adolescentes fulgores; la madre, encerrada en su ternura, estatuaria, esbelta y hermosa como las libélulas del jardín. Les oía, la puerta siempre abierta, discutir de pintura o leer en voz alta, el uno para el otro, de Chaucer a Browning, libros que parecían iluminar mundos invisibles.

Los árboles y las colinas se reflejaban en los estanques, delante y detrás de la casa, donde ahora una tupida alfombra de hierbajos cubre el agua. El sonido de los pájaros, el zumbido del revolotear de los insectos, las mariposas y los chorlitos, cautivaban su asombro de niña, el resto del mundo envuelto en una espesa capa de niebla.

En sus juegos acariciaba conchas y delfines de cristal, construía teatros al aire libre y recitaba Macbeth, espiaba sus sueños a través de las hojas de los magnolios, o cuando alguien salía a la caza de faisanes y perdices, ella era un explorador perdido en los alrededores de Tilton, capturado después por una tribu de caníbales. Las mayores aventuras y batallas tenían como escenario las albercas de la granja. Allí un día, luchando junto a sus hermanos contra feroces enemigos invisibles, cayeron de la balsa de troncos y se hundieron todos en el barro hasta la cintura.

El amor invadía la casa. Pasadizos, puertas, personas que aparecían y se cruzaban en los pasillos, cada cual podía hacer cuanto deseaba sin miedo al juicio de los otros. Las muñecas se enamoraban del oso de peluche y ella se vestía de gala, joyas y plumas, una cortina de flores cayendo sobre sus hombros, para sentarse a la mesa y coquetear con Duncan, inventando un nuevo juego, ante la mirada de Nessa, que apenas susurraba «¡qué absurdo!, ¡qué absurdo!», divertida por su disfraz, alarmada por su prisa en ser mujer, su niña vulnerable que crecía y crecía, sin que nadie pudiera impedirlo.

Una tarde, a la hora del té, Nessa les casó al pie de un árbol en el jardín. Y ahí terminó su juego de Electra niña. Duncan la pintó después sentada al piano, de espaldas, la cabeza cubierta con un pañuelo, sin atreverse a captar su rostro, el alma en su sonrisa. Jamás ella tuvo una paz y una quietud semejante.

El día empezaba con el olor a café y tostadas que subía de la cocina. Tras el desayuno, todos se encerraban en su estudio o en su cuarto de trabajo. Pintar, escribir, moldear el barro y, como descanso, cultivar el huerto o el jardín. De alguna manera misteriosa, de niña nunca había pensado en ello, lograban subsistir en su paraíso. Las comidas, en la redonda mesa del comedor y esperar a que la luz del sol se apagara para sentirse todos en un caliente abrazo. Veladas de vino y cerveza negra, Duncan bailando con mantilla negra una danza española, ella al piano o recitando párrafos de alguna obra que ensayaba a solas. La conversación llena de amables ironías o el silencio, a veces, cuando algún dolor adivinado en el otro les sumía en una indescifrable tiniebla que desaparecía en la oscuridad de la noche. Nessa tenía el privilegio de dormir con Morfeo, el dios del sueño que Duncan había pintado a la cabecera de su cama. Había huellas de lluvia alrededor de alguna ventana que los pinceles transformaban en pájaros o camelias. Y nunca las golondrinas dejaban de hacer su nido en lo alto de la puerta de la casa.

No había días sombríos, ni en invierno, cuando el frío traspasaba la piel, palidecía las manos o las teñía de un azul morado, dejándolas torpes y frágiles, ávidas del fuego. El tiempo no existía en aquella isla de encantamiento que habían construido en medio del océano. Afuera, el mar tenebroso se agitaba, pero ellos permanecían firmes y serenos, indiferentes al furor de su oleaje.

La casa no era, sin embargo, un espacio cerrado. Estaban las escapadas a Londres, los viajes a Italia y Francia, las estancias en Cassis o Cronwall, pero a todas partes llevaban su luz y era como

si estuvieran sumergidos en agua clara, rodeados por un bosque de bruma. En esa mezcla de irrealidad y deleite en la que vivían, nadie hubiera imaginado que, un día, alguna fuerza oscura pudiese invadir inesperadamente su paraíso.

A Nessa, que había sobrevivido al cáncer, conviviendo con él como con un amigo de difícil carácter, la mató el viento primaveral que arrolló sus pulmones, a la caída de la tarde. La sorprendió releendo Mansfield Park, con la ventana de su cuarto abierta para embriagarse de los olores del campo, buscando una caricia de la naturaleza, que como un animal salvaje entró a poseerla. Respiró fatigosamente unos días hasta caer en el sueño inconsciente de la muerte. La enterraron en Firle, en el patio de la iglesia. Alguien que la conocía bien dijo que ella era una vasija de agua de oro que hierve, pero nunca se derrama. La vasija se había roto en mil pedazos bajo el sol.

Desde entonces, la casa fue un pálido reflejo de sí misma. Y hubo que traspasar la niebla protectora del mundo exterior, uno tras otro lanzado al foso de los leones, lejos de los recuerdos que descansaban en los campos de hierba, en los cañaverales, a la orilla de los pequeños lagos de la granja. Hacia allí corrían en los peores momentos, cada cual a abrir de nuevo el paraíso con la llave indestructible de los sueños. Los automóviles, como caballos desbocados por la carretera de Lewes-Eastbourne, en un vértigo inútil para encontrar sólo a un hombre viejo, Duncan, rodeado de cuadros, de libros y de pájaros que volaban de cornisa en cornisa y se detenían a sus pies, con la duda de si todavía era un ser vivo. Mientras Duncan estuvo allí, acumulando silencios y arrugas como un guardián de la fortaleza, ella creía que, en cualquier descuido, podía conquistarse aún la felicidad. Pero Duncan también murió y fue enterrado junto a Nessa, en un ataúd pintado de flores, como si fuese al encuentro de una diosa. Y sobre la casa habían caído el abandono y la ausencia.

Cerró las puertas y ventanas, bajó las escaleras como un fantasma, ajena al ruido de sus pasos. ¿Reconstruir la casa, hacer de ella un museo? Alguien se lo había propuesto.

Muy despacio, emprendió en el viejo coche el camino de regreso a Londres. La niebla empezaba a caer sobre la primavera gris. Supo del peligro de enfrentarse con el lugar donde se encierran los sueños y encontrarlo frío y desnudo como un cadáver a punto de ser embalsamado. The *olden days* jamás volverían.

WALTER NO HA MUERTO

Against you I will fling myself,
unvanquished and unyielding, o death
(V. W.)

Hace una semana que comenzó la primavera, aunque sólo tímidamente ha asomado su rostro y todavía en la chimenea del salón arden los leños. Me gusta acercar mis manos casi transparentes al fuego, extasiada con el baile de las llamas, y creer que en la diminuta hoguera algún brujo maligno expía su culpa. Esos demonios que, sin previo aviso, se instalan cómodamente en mi cerebro.

La mañana es casi fría, pero el ambiente en el estudio del jardín es cálido, de abandono y dulce bienestar. Quisiera correr hacia ti, sentarme a tus pies, y hablarte no de la felicidad que me has dado cada día, a lo largo de tantos años, sino de esa atmósfera confusa y compleja en la que floto en todo instante y que me ha impedido atrapar esa dicha que, acaso generosamente, me entregabas.

Una mujer es todo lo que guarda su silencio. Recuerdo ahora aquel relato de David en el que la protagonista se convertía en raposa, tendría que decir zorra, pero suena poco delicado, y las discusiones en que nos enzarzábamos sobre lo innecesario de esa transformación para que la historia mantuviese su interés. Ninguno de vosotros, los hombres que con amor o amistad me habéis cercado, entendíais aquel progresivo cambio de la heroína en un animal constantemente perseguido.

Enciendo un cigarrillo. Las campanas de la iglesia, tan próxima que casi podría tocar la piedra de sus muros, ahogan la música de Beethoven que suena en el gramófono. El reverendo Webber debe de estar preparándose para el oficio divino. En la cima de Rodmell Hill, el sol juega con las nubes.

Quisiera ahora dominar mi mente, su incontrolable facilidad para dispersarse o distraerse de sí misma ante cualquier signo de vida a mi alrededor. La hoja que mueve el viento, el vuelo del pájaro, la voz del granjero a lo lejos, o el casi imperceptible ruido del insecto que se detiene, haciendo chocar sus antenas a la puerta del cobertizo.

Tú odias mis distracciones y esas oleadas de imágenes inconexas, preservadas en algún lugar de mi interior, que me asaltan poblando los instantes vacíos y que me llevan, de un lado a otro, con un vértigo que, a veces, produce dolor y fiebre, un cansancio infinito. Ahora las acepto como algo placentero. Vita, entre sus perros, caminando majestuosa por el parque de Knole, los paseos hasta la orilla del Ouse con Pinker, la inocente diversión de sacarle a las personas cuanto

encierran de caricatura, la extrañeza de algunas palabras, eglantinas, por ejemplo, la poesía de Francés Cirnfold, la aleta negra del tiburón emergiendo de las olas y el raro sentimiento de escribir con gran paz y deleite.

Ante esta mezcla insospechada de flashes del pasado, una intermitente descarga de luz que llega a paralizarme, tú siempre diagnosticas locura.

Cuando empiezo a dar vueltas por la casa, como si hubiese perdido algo que ni siquiera busco, torpe, acorralada, tropezando con los muebles y las paredes, siento tus ojos vigilantes, la mirada azul y severa siempre al acecho, llena de oscuros presagios. Adivino en ti que estoy al borde de un hondo precipicio y me alejo aterrorizada, a campo traviesa, hacia los pantanos, sabiendo que no intentarás seguirme, que mientras corro contra el viento tú buscarás apresurado el cuaderno donde, en claves secretas, anotas los síntomas, trazas el diagrama de la crisis nerviosa que se avecina, larga y patética, o breve y aguda, según tu dictamen, porque, al fin, todo sucederá como tú lo ordenes.

Te veo ahora entrar en el invernadero para mimar las plantas que proteges de cualquier inclemencia, especies exóticas que crecen hasta el techo, aprisionadas en su enorme jaula de cristal.

Yo adoro los rosales trepadores, las enredaderas, porque brotan de la tierra con ansias de vuelo y extienden sus ramas al amparo del sol que les da vida.

Intento decirte que hemos habitado mundos distintos. El mío es un desierto cubierto de nieve que una luz ilumina desde lejos. Es muy extraño caminar por esa llanura espectral, pisando la nieve intacta, sin huella de otros seres. La experiencia y la realidad me parecen tan pobres aquí, encerrada frente al terror de la cuartilla en blanco, que debo alimentarme de sueños y de memoria, de ardiente imaginación para poblar mi desierto, acaso de esas figuras fantasmales que, como abejorros, zumban en mi cabeza, de noche, en la oscuridad de mi alcoba. Un dormitorio solitario, de sombrío silencio, que invaden las voces de los muertos.

Walter me visita al alba. No, no es el Walter que tú conoces, capaz de elegir no un Matisse ni un Picasso sino un Marchand Chabans y un Lhote para decorar su salón principal. No es nuestro Watt de brillante y marfileña calvicie, acurrucado en su butaca durante los conciertos —siempre parecía haber entrado furtivamente por alguna puerta inadvertida—, escuchando a Bach como si fuera Mozart, continuamente perseguido por las mujeres que buscan un hombre de éxito.

El entrañable y repulsivo Watt, que almacena la mayor dosis de egoísmo que uno puede concebir. Antes de hacerme su firme y desangelada propuesta de matrimonio, no sé si alguna vez te lo he contado, me preguntó si pensaba mantener aventuras sentimentales después de casada.

—No, si estuviera enamorada de mi marido —contesté como una perfecta imbécil.

La respuesta no debió de ajustarse a las expectativas de Watt, porque ahí terminó nuestra posibilidad de matrimonio.

La duda de Walter nacía quizá de mi absurdo flirt con Edward, que había desembocado en una anterior propuesta de matrimonio que corrió de boca en boca por todo Londres. Una cadena de cotilleos iniciada sin duda por Olivia, desgarradoramente enamorada de Edward, que acudió a todo tipo de maniobras para que nuestra historia íntima, breve y cortés, no tuviera un final feliz.

Con Edward yo hubiera podido ir de fiesta en fiesta, navegando por los mares de la aristocracia, donde mujeres ricas, hermosas y arrogantes se permiten el lujo de ser frívolas y excéntricas de una manera natural.

Si hubiera aceptado a Edward, ahora sería la esposa de un lord que mantiene su sonrisa

indiferente ante los numerosos amoríos de su marido. Tal vez habría escrito menos libros y habría bebido más champán. Mi cerebro estaría lleno de burbujas y no de fantasmas. Creo que el bueno de Edward hizo bien en elegir una mujer más estable, menos difícil. No perdí gran cosa. Viejos tapices, candelabros, el brillo de la plata, alfombras, cuadros y un magnífico coche de caballos, porque me hubiera negado a cruzar Londres en automóvil.

Sidney, un prodigio en Eton y Trinity College, vino a mí, recién liberado de un matrimonio opresivo, con los ojos llenos de la vida que parecía ver por vez primera. No sabía disfrutar la soledad y estaba dispuesto a caer en los brazos de la primera dama que se cruzase en su camino. Con Sidney hubiera peregrinado por el mundo, Bangkok, Sofía, Addis-Abeba, para acabar en Cambridge, curada de exotismo, escribiendo libros, acaso sofisticados, mientras él traducía a Eurípides para llenar elegantemente su ocio. No me convenía aquel eunuco de piel rosada como la de un tierno niño, capaz de herir en lo más profundo con toda amabilidad. Yo nunca he sido una mujer fuerte.

Sigo el vuelo de una mariposa blanca vagando sobre las flores, entre los dos olmos que custodian la alberca, y pienso que la ironía, Horacio la llamaba la alegría de los tristes, me salva a veces del diabólico romanticismo. Eso y algún arañazo despectivo a la realidad, cuando me desconcierta la belleza.

Busco con la mirada a Walter, que también hoy me visitó al amanecer y aún permanece conmigo, silencioso, mientras yo me hundo en la fatiga y el desorden de esta carta. Mi Walter nada tiene que ver con nuestro Watt, el de la brillante calvicie, incomprensiblemente adorado por las mujeres. Quizá más tarde me atreva a hablarte de él, quizá.

De niña yo tocaba la pianola y la sombra de mi padre se proyectaba en el suelo, como un piano gigante e irreal. La primera vez que vi a Lytton, sus larguísimas piernas, aquellas manos que podían abarcarlo todo, una voz estridente y metálica que parecía venir de otro mundo, creí que la sombra de mi padre había tomado cuerpo y se burlaba así de todos nosotros.

Recuerdo a Lytton en Arcadia Manor, acariciando gatos y leyendo sus poemas indecentes, casi obscenos. Era un compañero alegre, algo histriónico, capaz de escuchar las dramáticas historias de cualquiera, los problemas grandes y pequeños, con una intensa curiosidad por conocer las múltiples maneras que tiene el hombre de complicar absurda e inevitablemente su existencia. Toda desesperación, por ridícula que fuese, él la disolvía con humor y ternura, como un dios que estuviese por encima de toda flaqueza humana.

No era físicamente atractivo y yo odiaba mi cuerpo, así que su pasión por los hombres, sus amores oscuros, me parecían una liberación más que un horror. Con Lytton uno podía calentar su espíritu en el fuego de la vida, avivar la inteligencia, recuperar al padre hasta que la muerte nos separe. Hoy sería una viuda virgen que pasea su nostalgia por Wells, Bath o Southampton, que contempla los viejos edificios neoclásicos, traspasados los ojos con su entusiasmo por la arquitectura, y se encierra después con sus libros en una gran casa de la época de la Regencia. Una viuda que dejaría morir la tarde bebiendo a pequeños sorbos un vaso de leche mañeada, como le gustaba a Lytton, o un Dom Perignon con viejo coñac, servido en gran copa, donde se ahogaban las fresas. Un cóctel de los muchos que inventaba y no había probado jamás.

Así que, cuando me lo propuso, le dije a Lytton que sí, que me casaría con él. Juro que no fue una broma. Acepté porque suponía que, al igual que yo, había previsto ya los riesgos de esa unión y era lo bastante astuto como para evitar cualquier grave peligro en el futuro.

Desde el huerto, Louie me grita:

—La doctora, al teléfono.

Cree que no la oigo y repite:

—Al teléfono, señora.

Un exagerado gesto despectivo y una mano imperiosa la hacen desaparecer hacia el interior de la casa.

El compromiso con Lytton duró sólo unas horas. Aquella noche no pudo dormir, invadido por el terror de que yo pudiera besarle. Muy temprano, por la mañana, a esas horas en que me visita Walter, llamó a mi puerta, ojeroso y consternado. Habló con sumo tacto de pasiones y deslealtad, convivencia y locura, dolorosamente arrepentido de haber empeñado su palabra. La sola idea del matrimonio, no importaba con quién, le ponía enfermo, al borde del abismo. Yo no pude sino dejarle libre sin recriminaciones.

A las palabras *venado*, *zarza*, *rondar*, mis preferidas en aquel momento, añadí ofensa con una tranquila sonrisa, convencida de que no le amaba.

El sol invade despacio el jardín y entra ahora al estudio por un ángulo de la ventana. Dejo que mi cara brille un instante con su luz.

Sé que Lytton, con un amago de culpabilidad, y sintiéndose responsable de mí en alguna medida, te escribió a Ceylán para sugerirte que te casaras conmigo en su lugar. Apenas nos conocíamos. Quizá tú guardabas la imagen sentimental de nuestro primer encuentro en Cambridge, yo toda vestida de blanco, con una sombrilla igualmente inmaculada, la mirada huidiza y melancólica, a veces encendida por una risa silbante e inesperada. No sé si recuerdo bien la imagen de mí misma en una juventud tan lejana. Cuando llegaste a mí, yo estaba sola y deprimida, preocupada seriamente por mi frialdad ante los hombres. Había sido rechazada y me creía excluida del amor. Tenía treinta años, vivos deseos de una casa propia, y tú eras un hombre a quien yo podía respetar. Sin grandes alharacas románticas o pasionales, empezó nuestra larga unión, nuestro matrimonio inventado cada día. Hasta hoy. La locura siempre agazapada en los rincones de la casa.

—Llama la doctora —grita otra vez Louie, haciendo con sus manos un remedo de altavoz—. ¡Al teléfono!

Ya no mira hacia la puerta abierta de mi estudio en el jardín. Da el aviso y desaparece hacia la cocina. Y tú sales del invernadero, tras ella, con la podadora en la mano.

Desde aquí imagino tu rostro, los labios caídos en amarga mueca, ese gesto que inicia tus brotes de ira que yo detesto. A veces tu boca se dulcifica en una sonrisa que llega a los ojos y puede ser juguetona y alegre, como la de un cachorro perdido en la selva que inesperadamente encuentra a alguien de su camada.

Ni siquiera has dudado de que fuera a cruzar el jardín para atender esa llamada. Tú sabes que jamás volveré a hablar con esa doctora, que no cambiaré de idea. Mis escasas decisiones son siempre firmes, aunque aparezca ante los demás como imprevisible y excéntrica.

Aún más escondido que Walter, o mi malvado idilio con Clive, permanece en mi corazón el amor de las mujeres, ante el que fingías ser tolerante si se reducía a íntima comunicación, al disfrute de alguna inteligencia excepcional, para que te fuese más fácil perdonar el que yo quedase atrapada por su magnetismo. Siempre escrutando mi rostro para desvelar secretos en mis ojos, huellas de alguna relación privada y cómplice, que debía nadar en las tranquilas aguas del espíritu, sin hundirse en las mareas del desenfreno.

Tú nunca supiste hallar los pasadizos que conducen a los tesoros ocultos del alma de una mujer. Seguro que piensas que allí sólo hay silencio, oscuridad y vacío. Te asombraría ver cuán poblada está de seres vivos, qué derroche de luz, qué griterío, como en una lujosa y concurridísima fiesta animada por espíritus diabólicos.

Esa contradicción del desierto y de la fiesta, de los fantasmas y los seres que cubren su rostro de alegría como una máscara conveniente, de la nieve y el sol que quema hasta fundirnos, o, lo que es lo mismo, ese pasar de la plenitud a la nada, del vacío al éxtasis, nunca, mi amor, podrás comprenderlo.

Las mujeres también traicionan, pero mezclan con miel su flecha envenenada. No sé por qué me acuerdo ahora de tu absurdo mono, aquel bichejo con la piel a franjas. Me gustaba creer que era un mono araña, tejedor de afectos, y no un tití de apenas un palmo, chato y ceniciento, con blancos mechones en las orejas anunciando su vejez. Vivió más de cuatro años y murió una Navidad. De haber sido el día de Pascua, te hubiera adornado con él un enorme pastel de chocolate y lo hubiera servido a pedazos, a la hora del té, en platitos de porcelana. Para soportarlo yo le atribuía fabulosos poderes, como si fuera un genio del bosque capaz de traer enorme felicidad a nuestra casa. El lenguaje infantil del amor, nuestro guirigay de animales selváticos, se redujo esa temporada a simple imitación de los sonidos de aquel enano que se rascaba sin compasión y se lavaba la cara cien veces al día.

Oigo sus chillidos y oigo voces de personas que hace mucho tiempo que no veo. Mi padre, quejumbroso y avaro en su viudedad. Thoby, en medio de un ejército griego, junto a Héctor, a las puertas de Troya. Los susurros de Vita, desplegando su violenta ternura que enciende fuegos, mientras los leños de la chimenea se apagan y el salón queda en esa suave tiniebla que precede al alba. Las voces de Violet, Katherine y de la anciana Ethel, que ahora me devoran sin piedad. Estas mujeres que sucesivamente tomaron el lugar de la madre y a las que yo dejaba el espacio suficiente para que volasen a su antojo, como frágiles cometas, por mi espíritu. Aquel dulce atolondramiento de sentirme niña en su regazo, de atreverme a ser amada, con imprudencia y temeridad, para arrojarlas después, cuando ya no hay sensaciones, cuando la brisa se detiene, de mi isla de belleza. Y era hermoso quedarse a la orilla y ver cómo se ahogaban lentamente y desaparecían en las tranquilas aguas de la amistad.

Ahora se muestran tiránicas, gritan, y Walter acude para poner orden en este indisciplinado gallinero. No, no es verdad lo que Louie dijo esta mañana o leyó en alta voz, no es cierto que los muertos nada saben... y que no hay pensamiento, obra y sabiduría en el sepulcro donde yacen. ¡Están tan vivos! El reverendo Webber censuraría esta creencia. Si yo fuera de otra manera, menos exasperante, habría acudido esta mañana a la iglesia para complacer a Webber, para darme una sorpresa a mí misma, aunque sólo fuera eso. Después, me habría mezclado entre la gente que ahora sale, camino de la vieja rectoría, y habría emprendido tranquila mi largo, larguísimo, paseo hasta el río.

Louie se asoma otra vez a la puerta de la casa.

—¡Al diablo tú y la doctora y el mundo entero! —grito como un energúmeno, por encima de las voces que cruzan ahora mi cerebro en todas las direcciones.

Louie desaparece como un rayo sin haber dicho ni una palabra. Walter pasea su mirada por mis ojos desorbitados y hay un instante de calma.

Walter nunca tuvo tu semblante severo, tu airada apariencia. Era para mí más que un hermano en el sentido ideal de la palabra. Admiraba mi mente audaz, mi carácter voluble, mi mundana

inclinación a asistir a esas fiestas de la alta sociedad donde los hombres y las mujeres se comportan de una manera exquisitamente distante.

Cuando las voces callan, cuando logro salir de ese lugar misterioso y desolador de mis muertos, que sólo yo recorro a la luz de la luna, me gusta mezclarme con la gente, comprobar que cada voz que oigo pertenece a una persona viva.

No es verdad que sólo me atraigan las conversaciones inteligentes, el brillo de los grandes salones, la ácida ironía de los talentos privilegiados; me encuentro también muy a gusto entre la gente sencilla. Pero a ti hay que arrastrarte a esas reuniones en que mujeres poco cultivadas, que quieren ser amables con sus huéspedes, salpican el almuerzo de sonrisas bobas y charlas insípidas para que no flote sobre los platos el silencio. Eres capaz de estar sentado a la mesa sin decir durante horas ni una palabra y, al salir, te burlarás de todo, inevitablemente. Walter se acomodaba con alegría a toda situación.

Fue el primero que creyó en mi talento, o acaso fue Clive. Los dos pensaron que yo podía ser una gran escritora. De algún modo tú me obligaste a ello. A Walter no le importaban mis absurdas contradicciones, el que yo me desviviera, por ejemplo, por asistir a esas fiestas de sociedad y después me quedara languideciendo en un rincón, lamentándome de ser un maldito fracaso si el champán no venía en mi ayuda, despertaba mi ingenio, y me hacía olvidar el condenado vestido por cuyo escote asomaban mis huesos y con el que yo me sentía un auténtico adefesio. Una flor en la cintura o tapando el escuálido pecho, cualquier adorno con el que me sintiese incómoda, podía arruinarme toda una velada si Walter no estaba allí, tan lleno de dignidad, con su extraña y afable sonrisa que hacía que todas las demás cosas se desvanecieran como por encanto.

Deberías mirar los colores que nos rodean, este verde húmedo del césped y el púrpura de las anémonas japonesas y esas flores con pétalos de un azul brillante que ni el mar ni el cielo pueden igualar. Imagino una lluvia triste y suave y el fuego extinguiéndose en la chimenea, tú y yo leyendo a Shakespeare o escuchando música. Pero los fantasmas se golpean entre sí en mi cerebro, estallan a pedazos, todo grita dentro de mí, sin que yo pueda detenerme más que un breve instante en la belleza.

—Esto es el fin, debes comprenderlo.

—Hace tiempo que no me das besos de antílope.

—Hemos compartido viajes, libros, casas, música, amigos, coche, perros y jardín. ¿Crees que es bastante?

—¿De verdad piensas que estoy loca?

Ninguna de estas frases tiene la fuerza suficiente como para hacerme cruzar el jardín y que yo me eche en tus brazos llorando, y a duras penas consiga pedirte ayuda, decirte lo que aúlla en mi cabeza, todo lo que ha destrozado mi vida, incluso la literatura, también eso, el esfuerzo sobrehumano de estar por encima de la medida de mi talento. Día tras día, cien, doscientas, mil palabras, seres inventados o reales, el alma en tensión a cada instante, el miedo al fracaso, el descontento, un sufrir continuo del que nada compensa, ni siquiera la naturaleza ilusoria del éxito que al tocarlo se destruye. Cara a cara, frente a tu mente sombría y tu tez amarillenta, no sabría por dónde empezar.

No debo olvidar escribir también a Nessa, la santa libertina, mi adorada. Jamás me perdonaré aquel juego de amor y vanidades que me indujo a arrebatarse su felicidad, a mantener un duelo fratricida como en las viejas novelas románticas, a enamorar a su esposo más allá de las escasas capacidades de seducción que yo me había otorgado a mí misma. Aunque ella se mantuvo

indiferente, inescrutable, sin dejar escapar ni un reproche, yo sé que la misma daga nos hirió a las dos mientras duró esa locura.

Leo esto, tan enfático y excesivo, y me río. Yo debería haber escrito novelas convencionales, de ambiente terrorífico en viejos castillos ingleses. Ya no hay tiempo.

Una estrecha zona de mi mente está aún libre de la invasión de los terrores. Por ella circula Walter y yo voy de su brazo.

Con Walter juego al criquet y a los bolos en un campo imaginario. Me lleva a la Ópera y sigue siendo el primero que lee todos mis manuscritos. Nuestra casa tiene leopardos heráldicos y vidrieras con escudos de armas y, en el inmenso parque, niñas rubias y morenas, alegres y maliciosas, toman el sol dejando al aire sus sedosas piernas que Walter acaricia con patético deseo. Yo soy su niña más preciada. No olvides que tradujo a Agamenón sólo por que yo gozase de sus palabras.

Walter no discute, no intenta que la gente se mueva a sus órdenes por el paraíso o el infierno, no dice «absurdo, absurdo», cuando alguien piensa o actúa de un modo poco razonable, no habla de mi frialdad, no es iracundo, no me encierra en habitaciones oscuras cuando me duele la cabeza. Walter me permite hablar días y noches con mis amigos muertos, con mi madre, con un príncipe veneciano, con el rey Eduardo paseando por los alrededores de nuestra casa una noche cualquiera. Walter atraviesa los caminos de mi fantasía con una afectiva y sorprendente complicidad. No escribe listas y listas de palabras, ni anota cada chelín que gastamos, no es un mandril, ni una mangosta, es fellow del King's, un erudito en griego, que está de acuerdo en que el canto de los pájaros se parece al idioma de los dioses del Olimpo. A Walter no le molesta que vagabunde desnuda por alguna playa desierta, ni que me ría abiertamente, echando mi cabeza hacia atrás con soberbia, cuando he vencido a un pobre diablo con el solo poder de mi talento.

Walter jamás me ha obligado a visitar a un médico, ni me ha tratado como a un ser enfermo y desvalido. Walter tiene unos labios gruesos y una imaginación apasionada. Walter... quiso morir un día de repente, y yo tuve ese dolor que uno cree eterno. Pero su muerte sólo fue una broma triste, y enseguida apareció a mi lado para no irse ya nunca, nunca. Así es Walter.

No, no veré a esa doctora. No volveré a escribir un libro, no sufriré página tras página ni días enteros en la oscuridad de una habitación sólo visitada por fantasmas. Oiré tranquila mis voces como un pez submarino en el fondo de las aguas.

Vuelvo a leer esta carta que no es nada. Necesitaría todos mis años para volver a contarte mi vida desde dentro. Necesitaría todos los hijos que no he tenido como mensajeros de esta historia.

Tú sabes que si leo una carta, si pienso en lo que he escrito, la destruyo. Se intenta explorar en lo profundo y el resultado es sólo un temblor ligero del espíritu. ¿A quién interesan estas verdades que no pueden salir enteras a la superficie?

Ahora escribiré la carta breve que desde el principio había pensado. ¿O no era breve? Otra para Nessa. Tu carta deberá terminar más o menos así: «No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido», o empezar «Quiero decirte que me has procurado una felicidad total». No sé. Las voces que oigo confunden mi mente. ¿Sabías ya que Walter no ha muerto?

LA DAMA DEL NARCISO

De pie, junto al manzano, Leonardo observaba mis idas y venidas de la casa al jardín, seguida del perro, como si el animal y yo reclamásemos el espacio abierto de los campos. Sólo cuando terminó de llenar la cesta de fruta, entró en la cocina, se lavó las manos siempre temblorosas, y dijo con aire inocente:

—Bien, vayamos a Hampstead.

El perro se tendió cabizbajo junto a la chimenea y yo subí a mi cuarto para cambiarme de ropa. Hubiera preferido simplemente coger mi bastón y dar un largo paseo por los alrededores de Monk's House, pero Leonardo ya estaba sacando el coche del garaje.

Antes de salir, me froté los brazos y las piernas en un esfuerzo inútil por aliviar aquel frío que recorría por dentro mi cuerpo. La cabeza era un mundo aparte donde las ideas se apretaban unas junto a otras, como pájaros recién nacidos que duermen al calor del nido.

Al subir al coche, todavía iba pensando en que me hubiera gustado vagar por la orilla del río o ir más lejos, hasta Asham, atravesar el camino fantasmal entre las hileras de viejos árboles que forman la sombría bóveda que conduce a la granja.

Durante las últimas semanas había sido incapaz de trabajar. Me encerraba en mi estudio, tensa y silenciosa, a esperar la hora del té, como si fuera el gran acontecimiento del día. A veces, Leonardo conseguía arrastrarme al jardín para jugar una partida de bolos. Suponía que así descansaba mi mente, ocupada en esos estúpidos pensamientos que vuelan sin posarse en ninguna parte.

Es terrible cuando no se puede controlar la confusión y el desorden de las ideas, algo peor que el vacío o el continuo adormecimiento del cerebro, al que, dolorosamente, ya me he acostumbrado. Ahora, los pájaros se han dormido y, por un instante, me someto con docilidad al mundo exterior que me es tan ajeno.

Necesito escribir, desde el caos o la nada, desde el dolor o la felicidad imposible. Cualquier punto de partida es bueno, cualquier tema. Sólo escribir importa para renacer, como tantas otras veces, de mi propia muerte.

Aquella tarde, cuando fuimos a Hampstead a conocer a F., un encuentro que habíamos estado aplazando tanto tiempo, yo tenía la impresión de que ese repentino impulso de Leonardo escondía un peligro que yo no sabía adivinar. Lytton acababa de traducir una obra de F., el hombre que, según decían, practicaba un extraño y revolucionario método para curar las enfermedades de la mente. Leonardo había presenciado mis conversaciones con Lytton, los ataques a aquellas nuevas doctrinas, cuánto había ridiculizado yo a los devotos de esas extrañas prácticas de invasión del subconsciente, y, por supuesto, debía comprender que la visita a Hampstead, donde F. pasaba una

temporada, el enfrentamiento con aquel a quien consideraba un farsante, era la última cosa que yo hubiera deseado hacer en aquel momento.

Recuerdo que apenas circulaban coches por la carretera, que estuvimos a punto de atropellar a un ciclista, y que, al llegar, Hampstead me pareció un lugar irreal. Cada uno de sus rincones que yo tanto amaba, incluso el palacio, eran fotografías fijas, postales descoloridas, que alguien iba pasando con desgana ante mis ojos.

—¿Publicaremos el libro de F.? —pregunté a Leonardo, buscando la razón de aquella visita.

—El libro de Lytton. —No sé por qué me sonó como una áspera rectificación.— Probablemente —añadió.

F. nos estaba esperando. Creo que nos sirvió el té, pero no podría asegurarlo. Yo había perdido mi ingeniosa y brillante conversación y la frialdad de mi cuerpo había invadido también el cerebro. Otra mujer, que salía de mí, estaba con la mirada fija e inexpresiva en los ojos del hombre. F., pequeño, insignificante, se iba encogiendo, encogiendo, como si estuviera a punto de desaparecer detrás de la mesa.

El hombre era el obstáculo entre ella y el horizonte que se extendía a su espalda. Durante un segundo, la mujer tan igual a mí, vestida con mi misma ropa, quedó encerrada en dos diminutos círculos, acaso negros, que se abrían y cerraban según la intensidad de la luz. En seguida, el hombre bajó los párpados, como si cerrase la puerta de una habitación para dejarla a oscuras y que nadie pudiese admirar los objetos preciosos que albergaba.

Pero allí, en aquellas tinieblas, sólo había un cadáver. El hombre estaba ahora en pie, escuchando palabras de condolencia, repetidas frases de pésame, y una multitud gris desfilaba ante el féretro abierto, donde yacía la mujer con mi rostro. F. mascullaba algo contra esa larga serie de actores mediocres que se acercaban hasta el ataúd con forzados gestos de dolor, que incluso se inclinaban ante él con fingido respeto.

La mujer oía: «¡Qué derroche de flores!», «Una de las cuatro velas está a punto de apagarse». Alguien se llevó a la nariz un pañuelo perfumado para resistir el olor de los últimos vapores que exhalaba el cadáver. Mi náusea persistente.

—¿Estás bien? —preguntó Leonardo, mientras F. se había levantado a coger un libro de sus atiborrados anaqueles.

—Sí —dije, y me sorprendí de tener voz.

Ahora ella era la mujer sentada junto a F. que partía un trozo de tarta de frambuesa. Empecé a traducir en palabras mi terco silencio que, sin duda, desconcertaba al hombre que había emitido ya el diagnóstico de la enfermedad que me llevaría a la muerte. Los ojos del doctor, aquel F. famoso y controvertido, herían como un bisturí dispuesto a sajar el alma. ¿Le habría llegado el terror de mis pensamientos?

Arregló el lazo de su blusa de seda, de un estampado horrible. Cuando la compró no vio aquel rameado excesivo y la corola abierta de las flores granate que se agolpaban en el pecho. Ahora encontraba su atuendo tan inadecuado para aquella ocasión que, de haber tenido las fuerzas necesarias, lo hubiera rasgado todo de arriba abajo. Pensó en la desnudez como algo hermoso.

Ella era sólo la imagen quieta de aquella otra vestida como un adefesio, el corazón como un tambor violento, un sabor amargo en la garganta y una ave rapaz que picotea y picotea en las sienes hasta que todo se borra por la presencia de una niebla espesa. ¿Quién era ella, la viva o la muerta?

—Mi mujer está cansada. —Oí en el confín del mundo la voz de Leonardo.

El hombre, aquel ladrón de espíritus, estaba arrojando uno tras otro, por la ventana del desván, sus recuerdos más valiosos. Una estatuilla de jade, el broche de plata ennegrecida, una reliquia oriental. Lo vio buscar en los viejos arcones el objeto más raro que ella siempre había ocultado celosamente de la mirada de todos.

—Se equivoca, caballero, no guardo ningún tesoro en mi desván.

El hombrecillo sabio hizo un gesto de abatimiento y después sonrió con ironía. Ella cogió su mano y le susurró al oído palabras de consuelo que se perdieron en el aire. Sólo entonces dejó que su mente se alejara de aquella escena y se centrara en la memoria de los objetos que le habían sido arrebatados. Recordó su número y el precio que había pagado por ellos, pero no cuándo o dónde los había adquirido.

De pronto, el último sol de la tarde invadió la habitación. El corazón está tranquilo, pensó, y el ave rapaz se ha dormido en mi cerebro.

—¡Qué extrañas flores! —dije acariciando con mis dedos la porcelana del jarrón.

El hombre, que ya había adquirido su estatura normal, me ofreció delicadamente un narciso.

Miro a mi alrededor y veo otra vez la vida. Seguro que el invierno está a punto de terminar. De pie, junto al manzano, Leonardo me observa vigilante. Siempre cree que la locura ronda nuestra casa.

REGRESO A MONK'S HOUSE

Llegué a Rodmell como si volviera a casa después de un largo exilio. Durante más de cuarenta años, porque ni siquiera regresé a la muerte de Leonardo, Monk's House y cuanto en ella quedaba de nuestras vidas había sido para mí sólo una masa de piedra húmeda, un edificio envuelto en brumas, que se alzaba a la otra orilla de un pantano que me parecía imposible de atravesar. Ahora, la carretera de Lewes a Newhaven había salido a la superficie desde no sé qué oscuras profundidades, y el tiempo había desecado las marismas hacia las que curvaban sus ramas más altas los olmos del jardín.

Los perros, tras los muros de las granjas, advertían mi presencia con ladridos desganaos, sin despertar apenas la curiosidad de sus dueños, pero pronto volvían a tenderse en los patios y Rodmell recuperaba su quietud y ese silencio punteado por las voces de los pájaros, sus trinos de coro griego.

No es verdad que todo cambie con los años. Midease, el césped, las rosas, la antigua rectoría, las pasionarias de Talland House, en St. Yves, seguían aquí, frente a mis ojos. Tenía la impresión de que viejos pensamientos y sensaciones se adelantaban a mis pasos, todo el ánimo ocupado por una historia cuyos personajes iban y venían por recónditas galerías, dispuestos a que los fuera liberando de su eterno caminar, igual que cuando el corazón estaba lleno y las palabras me inundaban, como si me bañase en el mar un día de lluvia, y no había más remedio que escribir y escribir, aunque a la mañana siguiente yo estuviera vacía y tuviese que arañarme el alma para arrancarle aunque fuera una sola frase, que nunca era tan hermosa como la había soñado.

No sabía expresarlo. Algo en mí se había paralizado, mi cuerpo estaba rígido y las palabras salían muertas, como leños consumidos que conservan la forma pero al menor soplo se deshacen en cenizas. No había duda de que jamás podría volver a escribir. Llovía, llovía cada vez con más fuerza, y corrí a refugiarme en Monk's House.

La casa me pareció ahora un lugar extraño, desprovisto del calor de los cuerpos, del aliento familiar que, en otro tiempo, la había impregnado. Recorrí las habitaciones de la planta baja como si caminara entre ocultos fantasmas, esperando enfrentarme en cualquier momento con rostros intrusos, descubrir la presencia de quienes habían desbaratado mis recuerdos, implantando un nuevo orden en los muebles y en los objetos más queridos, como si un nuevo dueño hubiera acomodado mi vida a la suya, y entre él y yo no hubiera ninguna relación de simpatía.

De pronto todo quedó velado, y volví a sentir aquel sabor amargo en la garganta, un galope de caballos en la cabeza, sus corazones latiendo uno detrás de otro, después a la vez, creí que me iba a desmayar, esa oscuridad, ese latido que anudaba los nervios, temblores de cisnes alborotados en alguna parte, hasta que del fondo de mi cerebro huían los caballos por un largo camino y sus

casos eran más débiles, como un sonido que nos llega desde lejos y desaparece amortiguado por la lluvia. Una locura fugaz y transitoria.

De modo que así estaba la casa, y me hundí en una silla junto a la chimenea, arropada por los cuadros de Vanessa, de Garnett y de Trekkie Ritchie; a mi espalda quedaba el jardín, y más allá la iglesia y el páramo. No me atreví a mirar, en aquel instante no podía ver sino la sala desconcertada y húmeda, y me dije, no permitiré que la rabia se apodere de mí, debo dejar que mi mente vuele en silencio hasta que regrese serena a posarse en este caos y el tiempo ordene los objetos que vagan entre frías paredes.

Mi cerebro lleno de imágenes mezcladas, los bosques sin fin, las inaccesibles montañas, el mar, el viento que aúlla en las grietas de las rocas despertando a los espíritus diabólicos que se esconden en su seno; los pensamientos secretos que sólo la Luna conoce, mis celos de Dorothy, Margaret, Hilda, Mary y alguna otra mujer de la que ni siquiera me llegó su nombre, todas robándome el amor de Vita, mientras los días caen en un sombrío silencio que sólo rompen mis manos sobre el teclado de la máquina de escribir, como pájaros que picotean en círculos de metal, la letra o borrosa y más hundida que las otras.

—Corre, corre, vayamos a The Holly —oigo una voz joven, pero no veo a nadie. Alguien que viene de los campos y se espanta de la lluvia.

La casa no se parecía apenas a la que había abandonado años atrás, con aquel instinto de vivir, cansada hasta la desesperación de tener que cuidarme, de no saber cómo hacerlo, del orgullo impidiéndome aceptar de modo natural la ayuda vigilante, siempre siguiéndome los pasos, acusada de no vivir por mí misma, de consumir la vida de los otros, sin poder evitar culparme por ello, humillada por no ser el árbol sino la yedra que se enrosca a él y lo ahoga con su abrazo. Pero me obligaron a ser el olmo que tiende sus ramas al cielo y lo acaricia, algo grande, arriba, arriba, ¿quién empezó esa locura?, y la mañana se me rompía en dos sobre la tabla de mi escritorio cuando el reloj daba su campanada amenazante, las once y media, mi marido, su sonrisa o su gesto torvo, un vaso de leche, vuelves a ser niña, frágil, y no importaba de qué sueño yo regresara, lo que escribiera en ese momento, la frase que saltaba conmigo y ya no podría recuperar.

—Las once y media —grita un hombre desde una ventana.

Una hora antes, al pasar frente a la vieja rectoría, cerca del sendero que se abre hacia Northease, yo había creído, tal vez porque Rodmell se me mostraba igual que antes a la luz de mi impaciencia, con sus viejos cottages, sus caballos, las cabras de largas orejas adivinándose en los pastos junto al río, los mismos árboles, los mismos colores del otoño que siempre he querido perecedero, yo había creído sinceramente que el tiempo, para bien o para mal, no había pasado por Rodmell, que aquel momento pertenecía a cualquiera de mis antiguos paseos junto al Ouse, y que yo me merecía aquello, el canto de los pájaros asustados por las nubes grises, la mansa indiferencia de los perros después de su primer ladrido, esperar en paz la primavera hasta que los narcisos amarillean y todo ser libre pueda extender sus alas por el campo.

La casa, tal como está, se rebela a mi capacidad de situar rápidamente cada cosa en su sitio. Faltan muebles y cuadros. Todavía no quiero mirar al jardín, que Leonardo cuidó durante cincuenta años, y me limito a intentar el balance de lo que el tiempo me ha robado o añadido, como si hubiera pasado por mi alma, con su inhumana estética, y yo estuviera aquí inundándolo todo.

Las paredes del salón siguen pintadas de verde, mi pasión por el color verde, el reflejo de la hierba y de los prados en los muros, en las pantallas de las lámparas, en mi vestido menos odioso,

¡qué martirio tener que aparecer siempre elegante, cuando cualquier tejido vale para cubrir el cuerpo! Yo necesitaba el verde del campo, con sol o lluvia, dentro o fuera, invierno o verano, ante mis ojos. Y los demás, incluso Vanessa, riéndose de esta manía, sin entender el porqué de tan excéntrica inclinación. Pero este tono es más apagado, más opaco, carece de brillo y de luz.

Muebles del salón del primer piso, del viejo comedor, de arriba y de abajo, mezclados con los del cuarto de música que Duncan y Vanessa diseñaron para la Galería Lefèvre y que luego nos dejaron a buen precio, incluyendo las alfombras que no veo, los paneles de flores, ¡ah!, lástima, nadie se ha llevado este cuadro de la familia Glazebrook, que Leonardo se empeñó en adquirir cuando fueron subastados los muebles de Verrall, el anterior propietario, al comprar nosotros esta casa.

Media cocina ha sido destrozada, supongo que en aras de la modernidad. Un biombo pintado por Vanessa oculta el desastre. La mayoría de las bandejas y los preciosos objetos de los Omega Workshop..., pero me aburre esto, me resigno. ¿Es la casa la que toma la forma de nuestras vidas o somos nosotros los que nos plegamos a ella? No sé si todo hubiera sido distinto de no haber visto en uno de mis largos e innumerables paseos por los alrededores de Lewes, al debilitarse la primavera, cuando suelo tener caprichos más irresistibles, el anuncio de la subasta pública de esta casa.

Acabábamos de comprar Round House, pero algo me decía que aquí iba a cumplirse mi destino. Permanecer en la casa redonda, la vida redonda, hubiera sido la más absurda contradicción para quien siempre vivió tambaleándose en una cueva oscura, como un gorrión asustado picoteando una y otra vez en la máquina de escribir, un topo predestinado a morder el barro, excavando día a día hasta encontrar la luz en las páginas que escribo, hasta ver que son mías y de nadie más las palabras.

No, Round House hubiera sido el fracaso. En cambio, Monk's House, la casa del monje, aunque nadie sabe la razón de ese nombre, puesto que nunca tuvo conexión con la vecina iglesia, se une a mi vida de celda monacal, de relación secreta y apasionada con la literatura, de privada abstinencia.

—Jim..., Pauline... —una voz ronca grita estos nombres. Sigue lloviendo y la calle está desierta.

En Monk's House viví también, vivimos, como cuatro apasionados caracoles, momentos de éxtasis, de innumerable felicidad. Repito cuatro apasionados caracoles, como un título olvidado de un cuento, de una historia abierta o cuyo final se nos escapa entre los dedos, porque siempre el amor, en sus variables infinitas, aparecía en una contradanza de almas, giros de personas que cruzan sus brazos para coger otras manos. Y en mi corazón de cristal, un vaho como de vapor de agua caliente que besa el espejo y se deshace con el frío, un brillo de cerámica vidriada, una sinfonía que se sigue oyendo, aún mucho después de haber sonado la última nota, algo que no sabría describir, ahora que he perdido mi pluma en los pantanos, lo cubre todo. Así era cuando se desbordaba el agua de mi pozo y las palabras caían como pétalos de flores silvestres que el viento arranca, embriagándome, haciéndome creer que la belleza era algo tangible y bastaba entonces alargar la mano y poseerla, aunque fuera un instante.

Quiero volver a abrir esta casa, llenarla de voces. Ahora sé que solos no estamos más libres, que algo de nosotros queda adormecido hasta que suenan las campanas, como en la iglesia, aquí en Peter's Church, para atraer al que aún le queda un resquicio iluminado, un leve roce con ese mundo de magia que yo, de otro modo, me he inventado. Mis campanas son frágiles, a veces

suenan desesperadamente lúgubres, pero hoy quiero recuperar con ellas cuanto había de ardor en mi libertad, aquella repentina invasión de mi infancia que me hacía saltar, correr sin freno, dejando atrás, perdido en el valle, a Leonardo, preocupado siempre por aquella excitación que levantaba en mí el reflejo del sol en el río, el quejido de las piedras a mi paso, el verde desvaído de una hoja moribunda.

Sonidos, luces y colores que nadie percibía a mi lado. El mundo estaba vivo en todos sus poros. Y bastaba el tintineo de un pájaro en la ventana de mi cuarto en el jardín, para que a todo vapor navegase yo por mis venas. Entonces, las ideas se alzaban de sus ruinas, y en su lugar se erigía un palacio del que sólo yo tenía la llave. Dentro había siempre habitaciones con grandes espejos, llenas de un plumaje de cisnes cálidos, y ahogándome en ellas, saltaba feliz como una libélula que cruzase el océano con hélices de amor. Leonardo nunca veía ese palacio.

—Vive en otro mundo. —Les oía, aunque su voz fuera sólo un murmullo.

Aquí, en mi dormitorio, también con ventanas al jardín y escalera independiente, mi madre, Vanessa, Violet, Vita..., fueron cisnes que tapizaron de blanco las paredes del palacio. Ahora lo atravieso con cautela, con miedo a despertar el misterio que descansa en las cosas más simples. Esta fuente con flores secas, que yo jamás hubiera permitido en mi cuarto, o el espejo punteado de manchas, que dibujan arañas o moscas, y que piadosamente se interponen entre mi rostro y su imagen, para que yo no vea hasta qué punto mi piel se ha rendido ante la vida.

Me siento donde tantas veces esperé, temblorosa, con el deseo de desaparecer, a que el pobre Leonardo entrase con su veredicto, después de haber leído la copia, lista ya para la imprenta, de un nuevo libro mío, que, como siempre, al final me dejaba sin fuerzas, hundida en un estado de extrema confusión. Y revivo aquella angustia, el cansancio de ir y venir a espiar el rostro de mi marido, su atención, su severidad, sufriendo hasta que él terminase la lectura, agarrotada en el sillón, mi cuerpo muerto, sólo la idea fija de quemar todas las páginas, de que el libro iba a ser un fracaso, se reirían, se burlarían de mí, hasta que Leonardo llegaba, tras horas y horas de silencio, y decía con júbilo, con emoción, que el texto era extraordinario, tan bueno o quizá mejor que los anteriores, y yo volvía a respirar, recuperaba la vida con toda la exaltación de que era capaz.

—¿De verdad, de verdad es bueno? —preguntaba yo con ansia un minuto después—. ¿No me engañas? —Nunca me abandonaba del todo la duda.

Monk's House tiene para mí un intenso atractivo, como no lo tuvieron Asham House, o mis residencias de Richmond, Tavistock o Meclenburg Square. Durante más de veinte años, esta casa fue el refugio, la música, el aire, cuando la mente se llenaba de pequeños cristales y era puro dolor buscar la palabra y hasta mi nombre en el vacío. Una mezcla de éxtasis y culpa, de fantasías y desesperación, de enfebrecidos minutos y terrores se conservan aquí, entre los cuadros y los libros, sin que nadie haya logrado arrinconarlos. Tampoco el tiempo ha deshecho en olvido el amor que se iba tejiendo en las noches de insomnio.

Si fuera verdad que las casas conservan gran parte del espíritu de sus dueños, por Monk's House vagaría la silueta de mi madurez, mi felicidad transparente y delicada, el eco de las terribles voces proclamando que yo era la dueña única de una herencia no deseada, la enfermedad del espíritu que nos hace diferentes a los otros. Yo acepté esa herencia sin la alegría furiosa del primo James, capaz de luchar a espada con el aire, o de conducir desafortunadamente los caballos por los alrededores de Hyde Park, o de hablar de su muerte como de una noticia ajena. Aquel legado llegó a mí de una forma sombría, envuelto en la oscuridad de la noche, como si mi padre hubiese encerrado sus ataques de horror, sus insomnios, su miedo a la luz en los últimos años, sus

exageradas aflicciones, en algún viejo baúl del primo James, la espada incluida, que yo guardé por sentimentalismo. Mientras ellos vivieron, nunca llegué a comprender la gravedad de lo que se me estaba transmitiendo y es demasiado tarde ahora para no sentir la culpa de no haber compartido con mi padre sino algo de pena por su dolor físico, mientras su alma quejumbrosa me provocaba una callada indignación que tantas veces después me he reprochado.

Sí, a pesar de todo, aquí fui feliz. Pero otra clase de felicidad, más bulliciosa e inocente, más sana y corpórea, fuerte como una niña bien alimentada, es la que, sin duda, se quedó adherida a cada piedra, y a cada arbusto del jardín de Talland House, para siempre ya el paraíso de la niñez, a cuya espalda el mar se ofrecía en toda su belleza. Allí quedó mi infancia.

Una mujer que no conozco sale de detrás del biombo que oculta la cocina, con una taza de té humeante. La deja sobre la mesa, al parecer sin verme.

—Gracias. Lo tomaría con un poco de leche.

Desaparece sin inmutarse, como si no me hubiera oído. No me atrevo a beber ni un sorbo de ese té. Me estremece comprobar que mi casa ha sido invadida por seres extraños. Y huyo a refugiarme otra vez en mi dormitorio. Sentada en la mecedora, intento recobrar mi vida, hundida en la memoria y también en el olvido.

Desde el mismo día en que nací y hasta la muerte de mi madre, cuando supe que los terrores se heredan y también las voces que no son nuestras, Talland House fue, más que la casa, el cielo del verano bajo el que yo podía navegar como si ya no perteneciese a la tierra. Puedo ver todavía el seto de ascalonias que recorría la verja; las clemátides con sus brazos sarmentosos; las manos llenas de flores blancas que perfumaban el aire; las mariposas atrapadas en el cebo de ron y melaza; las polillas de ojos como luces abiertas a la noche; los pájaros miedosos de la tormenta que chillaban en su huida hacia Gunard's Head, y el agua que se recogía entre las rocas, en diminutos lagos, por donde asomaban sus cabezas las anémonas de mar. Y yo, alternativamente hecha de nubes y de sol, flotando en aquel paraíso.

Despertar ese pasado me cuesta ahora un gran esfuerzo. Talland House se esconde en mi mente tras un muro de grises y de malvas que sería preciso derribar. A veces se sumerge en un estanque profundo y oigo su latido, su grito de naufrago pidiendo auxilio, pero yo estoy muy lejos de la orilla, camino a través del bosque de Firle, y sé que por mucho que lo desee jamás llegaré a tiempo de salvar su vida. Así ocurre también con otros lugares, nunca tan amados, con paisajes, personas, viajes, con mi sentido de la aventura del que ya no queda una chispa de audacia y, sobre todo, con la excitación de escribir, aquella mezcla de angustia indescriptible y de éxtasis que ha huido.

Hace años que me siento sin fuerzas para coger la pluma, para llegar a ese ensueño de ver cómo se desliza por las cuartillas, independiente de mí, ella en la superficie, yo en lo más hondo, y allá fuera las cosas reales, Leonardo cortando el césped o vaciando la cisterna, el perro que corretea entre los manzanos, el jardín alargándose, desvaneciéndose como una luz vacilante, hasta apagarse, y yo en otra región, levantando otro mundo con una Woolworth de acero, con una Waterman de oro, con ansiedad y empuje, mientras las mejillas me arden, la cabeza, toda yo en una combustión de la que sólo quedan las cenizas. Aquella niña que empezaba a escribir historias al estilo de Hawthorne, sentada en el sofá de terciopelo verde de la casa de la playa, está tan lejos de mí como la mujer de las olas, que escribía a su manera y tan insospechada fama llegó a alcanzar.

—¿Es agradable la fama? ¿Cómo compagina sus tareas de ama de casa, de esposa, con su

trabajo de escritora?

—Nunca contesto preguntas estúpidas —dije con una fría mirada a aquel entrometido que pretendía hacerme fotografías, en las que nunca aparece mi verdadero rostro, retratos de alguien que no soy yo.

Siempre he vivido con el temor de que otra mujer, igual a mí misma, pegada a mi cuerpo o invadiéndolo, caminaba conmigo a la estrecha distancia que separa la noche del alba, la alegría de la tristeza. Esa mujer y yo, a veces dos mitades exactamente coincidentes, una de ellas, muda, sólo hábil para dibujar palabras, pequeñas moscas de alas azuladas o arañas negras, tinta y lápiz, con áureo estilete o plomo duro, cazaba frases, insectos voladores que huyen en la neblina como el estampado de un encaje largo tiempo expuesto al sol y la lluvia. La existencia de la otra me espantaba.

En las épocas de insomnio me sorprendía dando palos de ciego a mi sombra, con el deseo de destruir a aquella que se deslizaba traidoramente por mi sangre, se apoderaba de mi cerebro, invadía mi corazón, y luchaba por su espacio, quedando luego, dentro de mí, emboscada en algún lugar. Entonces sólo las palabras nos separaban. También, cuando yo paseaba por el páramo, al caer la tarde, en esa hora en que el campo tiene una música especial, como un lenguaje indescifrable que nos llega en voz baja, creía que esa otra mujer, en su deseo de hablar, iniciaba un balbuceo incomprensible que yo, de algún modo, debía traducir.

Ella era la más poderosa, la que desbarataba mi calma, dueña de las imágenes que preceden a las palabras, de las visiones que se adelantan al lenguaje, y yo, siempre alterada por su presencia, intentaba concentrar todo mi ser en un punto, tensa y silenciosa, para que no escapase asustada por el ruido de la plumilla al rozar el papel, en aquel milagro de darle toda la vida que reclamaba. Era una enemiga necesaria.

Ahora ha muerto o ha ocupado el sitio de una de las estatuas del jardín, junto a las que John Lehmann, Maynard Keynes, Kingsley Martin, Louie Everest y tantos amigos se hicieron fotografías para el recuerdo, con el deseo de paralizar el tiempo, de conservar una imagen de sí mismos que, en el instante siguiente, ya no iba a coincidir con el hombre o la mujer que eran. Por eso yo siempre he odiado las fotografías, aunque más de una vez tuve que sucumbir y dejarme retratar.

—Dog, dog. —La mujer que dejó en la mesa una taza de té, humeante y solitaria, llama a su perro que corretea entre los árboles. Todo es en su vida tan sencillo, pienso, segura de equivocarme, que al perro le llama simplemente perro. A mí nunca se me hubiera ocurrido llamar a Leonardo simplemente hombre.

Desde la ventana, veo ahora a la mujer, cubierta con su impermeable, como si formara parte de un paisaje lejano.

El jardín es una ruina de lo que fue. No es que esté descuidado, ofrece una pobreza decorosa y limpia, con el olor a tierra mojada que le presta la lluvia. Pero lo miro, y ese jardín no es el mío. Mi estudio está cerrado, parece algo muerto, barrido por el tiempo, al igual que mi intensa necesidad de escribir, aquella desesperación imposible de dominar, aquella felicidad también, que me dejaba exhausta.

Ese misterio del olvido y la memoria. La duda de si los momentos del pasado que ahora nos hacen felices fueron verdaderamente los más dichosos. Lo mismo podría decirse de la desgracia; el gozo y el dolor que volvemos a vivir de otra forma al recordarlos. No poder impedir tampoco que el hastío, el miedo, la incapacidad, incluso la ira y todas nuestras imperfecciones no hayan sido totalmente olvidadas. Querer hundirse en el olvido, como en una pesadilla afín a la locura.

Rescatar la dosis de muerte que cada día hemos consumido para tener la energía de vivir.

—Hablar de la muerte es un síntoma depresivo —me decían—. Lo normal es hacer proyectos como si uno fuera a vivir siempre.

No era bueno el intento de profundizar demasiado. Un largo paseo, una partida de bolos, oír música, leer un buen libro, entrar en la cocina y preparar un postre para la cena. Qué no inventarían los seres queridos para impedir que los fantasmas se apoderaran de mi mente.

El pensamiento y la vida son polos opuestos, estoy segura de haberlo escrito alguna vez, porque todos los secretos de mi espíritu, todos los rasgos de mi existencia, los he dejado en los libros. No en vano uno escribe con todo su ser aunque no seamos capaces de elegir palabras que se ajusten como la piel a lo que somos, porque el corazón y el cerebro no laten al unísono. Tampoco, y esto es triste, cuando el amor lo invade todo.

Miro hacia el campo y tendida en la hierba está Vita. Puedo aún respirar su aroma que se mezcla con el de las madre selvas, oír su voz que se confunde con el lenguaje de los pájaros. Vita, sus ojos negros, su belleza, ese brillo especial de toda su persona, la voluptuosidad del cuerpo, el gesto afable y la actitud maternal que siempre he buscado en las personas más cercanas. La recuerdo en el jardín de Long Barn, entre el fuerte olor de las rosas y el zumbido de las abejas, enfundada en un vestido turco, un collar de perlas como único adorno, aquella mañana en que ella, rodeada de sus perros, con su andar aristocrático y vago, toda luz en el camino, borraba el paisaje. Yo temía el asedio de mi territorio más profundo y pensaba que el amor llega siempre de un modo violento, arrastrando todo lo que eres o lo que crees ser, actúa como un taladro que te vacía de ti mismo y te transforma en algo desconocido, capaz de resistirlo todo.

Vita, el ser más adorable que he conocido, ni aun en nuestra etapa más fervorosa pudo hacer de mí una sola persona, resolver el conflicto de las dos mitades enfrentadas. Virginia y la escritora, la Cabra, como me llamaban desde niña —¿supe ocultar cuánto sufría por este nombre?—, y la que, al escribir, agonizaba sumergiéndose en las zonas más profundas de sí misma, pasando del horror al éxtasis, de la vigilia al ensueño, hasta alcanzar al mundo que se extiende al final de su propio laberinto. Recorrer esa distancia cada día ante la página en blanco, antes de encontrar la primera frase, incluso la primera palabra, provocaba un agudo estremecimiento en cada fibra de mi ser. Pero el hallazgo después de mi espacio inviolable, compensaba del terror y de la fiebre del camino.

Al final de la travesía por las confusas y entrecruzadas sendas de mi espíritu, me esperaba siempre el paraíso. Y no importaba la lucha entre Virginia y la otra, ni cuántas veces se había modificado, en esa batalla que me deshacía, la relación de poder entre las dos, el orden jerárquico que ya no se respetaba a las puertas de ese paraíso en el que, finalmente, la otra y Virginia llegaban a ser, por un breve espacio de tiempo, una sola, la que alcanzaba el faro de Godrevy y caminaba por las olas, de mano de la señora Dalloway, o se escondía feliz en el cuarto de Jacob, lejos de cualquier mirada, al otro lado del mundo real. Jamás Vita, ni siquiera Leonardo, nadie pudo conseguir esa fusión en algún momento de mi vida.

Vita. Quizá sólo ahora sea consciente del modo en que la amaba. En las noches de insomnio imaginaba a Vita junto a mí y sostenía con ella un largo diálogo sobre esa clase de tortura que, a veces, acompaña al amor y que proviene de las oscuras tormentas que se fraguan en nuestro corazón, de los secretos fantasmales que invaden nuestra dicha. Algo que nada tenía que ver con culpas ni remordimientos. Era un ansia imposible de controlar, un escalofrío, un sabor a la vez dulce y amargo, una viva inquietud que le hacía a uno renacer. Toda pasión, creía yo, ensombrece

el lado mediocre de nuestra existencia.

—Me creerías muy niña, romántica y decadente en mis sueños, si te dijera que siempre he deseado ser tú misma, entrar en tu piel, pasearme entre macizos de flores por los jardines de tu castillo, vestida con traje de montar, los perros siguiéndome sumisos y yo sin nada que hacer en todo el día sino gozar del sol. Ser la reina de mi pequeño y dorado mundo.

—Vive fuera de la realidad. —Las voces de los otros interrumpían el instante feliz y tú acariciabas mi cabeza dejándola reposar en tu regazo.

—Descansa, no pienses en nada, descansa.

Y después la noche era un largo coloquio, en la habitación oscura que iluminaba la luz tenue de las farolas de la calle.

En estas conversaciones con Vita, cuando ella no podía oírme, aunque también desde algún lugar me enviase su voz apasionada, me esforzaba sin éxito en no separar mis dos mitades, para ofrecerme entera a aquel extraño amor. Sola en mi dormitorio, veía esa íntima conversación aureolada del mismo halo de irrealidad que todo lo que me proponía escribir, como si Vita fuera un personaje de novela que debía analizar desde el fondo de mi espíritu. Más allá de mis cuatro paredes, la gente y la vida dormían, y yo permanecía en vela, atenta a mis sueños, dividida en dos, sangrando por aquella herida.

Nadie acertaba a entrar hasta el fondo de mí misma, así que tuve que intentarlo yo sola. Llevaría un diario en el que se reflejase mi manera de unirme al mundo. Y llené un cuaderno detrás de otro, con sensaciones ocultas, verdades ácidas, momentos felices y crueles, instantes de monotonía o de exaltación. Y supe que en esa disciplinada tarea de descubrirme poco a poco, más que otra cosa, yo buscaba amparo, una ayuda incondicional y silenciosa.

También en mi diario, fluido y liberador, la mujer y la escritora se entrecruzaban sin que la una fuese capaz de darle la espalda a la otra. Yo las quería un solo ser resplandeciente que ansiara perderse en la vida, dejando en la cuneta a esa mujer intolerable y estúpida que apenas sabe cuidar de sí misma y de su aspecto, cuya imagen es un auténtico desastre.

En algunas épocas creía descansar en el diario, entregarle no sólo mis angustias y contradicciones sino los pequeños placeres que la naturaleza y los amigos hacen nacer en uno mismo. Allí podía mostrar la torpeza del genio, liberarme de las fuerzas oscuras, de los pasajes siniestros de la vida, sin que nada, ni el inmenso trabajo de alcanzar el fulgor de las palabras se alzase entre la página y yo, como un obstáculo. Me sentía feliz al tener todos los días ese rato de desahogo con un interlocutor silencioso que uno siempre imagina inteligente y profundo, que lo admite y lo comprende todo, sin lástima ni blanda ternura, sin un solo gesto de desaprobación o de halago.

Frente al diario, yo me instalaba en un espacio provisto de luces que me guiaban por el abismo en que cada uno se adentra. Luces que encendían esa parte de mi ser que nadie ha rozado y que duerme inalterable, junto a mi sensualidad, en algún nivel distante de mi alma, donde fuerzas encontradas provocan un caos que es fuente de locura. Esa zona sombría, creativa, escenario de la imaginación que impone su propio orden en el mundo de los sentimientos. Allí me asomaba a mi pozo con una tranquilidad inconsciente o una turbadora decepción. Y, a veces, volvía a encontrarme con el miedo.

Con el diario yo sostenía una conversación temblorosa que era el intento fallido de saber más de mí misma, de explorar mis secretos con un lenguaje que se acercara cada vez más a la verdad de mis emociones, en cortos viajes, de fuera adentro, entre el paseo y la hora del té, o entre la

lectura y la música, que no siempre son cómodos, y en los que uno se pierde o de los que regresa con dificultad, sin saber si se encontró algo más que un orgullo transparente o un voraz sentimentalismo, si se ha sido realmente sincero o, de nuevo, las mentiras que alimenta cierran el paso a toda claridad. Siempre la duda de si toda página se convierte en incienso para la propia adoración, en rito inútil y despiadado.

En el diario yo abría mis compuertas, esperando que toda el agua corriese libre y que, al cerrar el cuaderno, volviese a su cauce, sin haber causado ningún daño. Pero no siempre era así, y sufría por mi excesiva espontaneidad, por el doloroso intento de llegar al fondo de mi pozo oscuro. La Cabra arremetía contra Virginia, el pasado se interponía entre la escritora y su página. Ahora, ya ha cesado aquella lucha.

—Eres demasiado ingenua, así no llegarás a ninguna parte. Lo malo es que, cuando la vida enseña, ya es tarde.

Voces al otro lado del tabique, de personas que nunca he conocido, habitando mi propia casa.

Y empieza otra batalla y otras mentiras se apoderan de mi mente cuando araño en la vida buscando algo que coincida con la verdad de mis libros. Yo era un pez frío, decía Clive, para quien una vez me desnudé en la playa, y también Vita, a la que sólo pedía toneladas de ilusión para hacer bailar al mundo como un sol gigantesco que a cada vuelta cambiase de color. ¿Qué era para Leonardo? Tal vez una foca helada, un pingüino asustadizo, un pájaro aterido que apenas sabe volar. Una niña sin madre que jamás crece y se esconde bajo las faldas de una mesa o en el regazo de otras mujeres, Violet, Katherine, Vita, Ethel, siempre Nessa, sin contar aquellas madres salvajes y asfixiantes de cuyas tormentas emocionales yo huía como del rayo que parte el árbol del camino.

No recuerdo haber escrito hasta qué grado más allá de lo describable yo me sentía halagada por haber atraído sobre mí, aunque no por mucho tiempo, todo el amor de Vita. Del declive de ese amor que no se ha perdido, pues se mantiene en la memoria, sólo yo soy responsable. A su energía, a su avasalladora vitalidad, no pude responder sino con deleite y complacencia, con mi amor infantil, de sonrisas y caricias, de juegos en la playa, lejos de las tormentas pasionales por miedo a perecer ahogada.

Yo inventaba a aquella mujer. Vita era Orlando y Orlando no era Vita en la novela que escribí para ella como en un acto de amor, que aceptó fervorosamente sin preocuparse de que resultara escandalosa para una clase media que ocultaba sus desvíos y sus amantes. Orlando era la huella del pasado romántico en los ancestrales bosques de Knole, la pasión por la belleza, la transparencia de ese algo mudo y reservado que Vita encerraba, lo salvaje y patricio que descendía de su sangre normanda. Orlando era también la luz sobre los grises muros y las torres de Knole, la vuelta atrás en la vida de la fortaleza o castillo encantado, como un pueblo medieval con heráldicos leopardos en los frontispicios de las ventanas, y galerías donde cuelgan los retratos de diez generaciones de condes, duques y lores emparentados con la realeza.

Vita se enamoró de Orlando con un narcisismo extraviado, como yo me había enamorado de Knole a través de las historias que Vita me contaba de aquella mansión cuyos orígenes se perdían en tiempos de Guillermo el Conquistador y que yo escuchaba fascinada como si perteneciese a otro mundo, a una época de poder, esplendor y riqueza que no era capaz de imaginar desde la realidad de mi casa, fría y sin ningún confort, lejos de aquel ambiente palaciego y fastuoso, que me remitía a un espacio de fantasía oriental.

Al hablar de edades remotas, la melancolía en la mirada que se había fijado en Vita, después

de asomarse durante siglos a los ojos de sus antepasados, llegaba a ser honda tristeza al borde de las lágrimas cuando pensaba en la posibilidad de perder Knole, en que ella era el último vestigio de la época gloriosa de un palacio que un día había pertenecido a la Corona.

En aquellos paseos por los jardines de Knole, Vita, con traje de montar y seguida de sus perros, me hablaba de sir Jordán, sir Richard, sir Edward, sir Andrew, de amantes de reinas, favoritos de reyes, duques libertinos, indolentes, rayanos en la imbecilidad, o llenos de talento, graves y solemnes, mientras yo miraba a uno y otro lado las flores, trinitarias, narcisos de los prados, espuela de caballero, boca de dragón, flotando entre dulces aromas, el murmullo de las abejas, y la música de sus palabras, y me creía la heroína de un cuento de hadas vagando entre los árboles con su príncipe encantado.

Algo parecido debió de vivir Vita en su niñez, cuando identificaba la casa de los pájaros con la de la bruja en el cuento de Hansel y Gretel, o el magnolio que crecía hasta las ventanas del salón de los poetas, con un candelabro gigante que iluminaba los manzanos, los rododendros, las rosas blancas que trepan por los muros de la estancia que un día fue ocupada por los reyes de Inglaterra.

Vita había excavado de niña entre los laureles buscando tesoros escondidos, había pasado horas muertas en los áticos de Knole esperando encontrar manuscritos de Shakespeare o de lord Byron, ocultos y olvidados en el cajón de algún mueble polvoriento, pero sólo halló la estatua desnuda de Giametta Baccelli, la bailarina italiana que lució las joyas de la familia y que tenía habitaciones en una torre de Knole; y los retratos de John Marocco y de Hwanga-Tung, el paje negro y el paje chino; los recipientes donde se hervía el agua de azahar para perfumar con sus vapores el aposento de alguna dama extravagante y pálida, o de alguna amante frívola y libertina que exigía flores en cada ventana, sobre la repisa de cada chimenea, y músicos en la antesala de su alcoba, mientras en el otro extremo del palacio una esposa prudente, solitaria y aburrida, veía la salida del sol con su libro de oraciones en las manos.

Vita me embelesaba. Yo era Alicia en el país de las maravillas y la Cenicienta viajando en carroza encantada, envuelta en el amor de una diosa que compartía la sangre de los Tudor, los Howards, los Spencers y los Cliffords, que ahora sólo eran nombres bajo los retratos de Van Dyck, de Reynolds, de Gainsborough colgados en una galería, su vida un rótulo con las fechas de su nacimiento y muerte, todos cenizas en las tumbas de la capilla de Wythyham.

Allí iría a parar Vita, que, en mi primera visita a Knole, me había mostrado uno por uno los retratos de los antiguos dueños de la casa y, en especial, el de aquel duque de Dorset que con el de Sutherland había traído a Knole los diamantes del collar de la reina, la desdichada María Antonieta, muy claros, muy azules, que habían sido engarzados en una diadema que se guardaba en una habitación convertida en caja fuerte, junto a otros objetos y joyas de gran valor. Yo jamás entré en aquel lugar de cofres cerrados. Siempre había alguna puerta en cuyo umbral yo debía quedarme, con envidia y celos de los que podían traspasarla. Una puerta de un palacio, de una biblioteca, de una universidad, del dormitorio de un amante. Diamantes azules repiqueteaban en mi cabeza como algo extraño, inalcanzable. ¿Diamantes azules? Y unos deseos de vengarme de no sabía qué, me hicieron jurarme a mí misma, en aquel instante, como tantas otras veces en la vida, llegar a ser una primera dama, una lady en el mundo de la aristocracia del talento. O morir en el empeño.

Estoy a punto de creer que lo he logrado, aquí, en mi casa de Rodmell, tanto tiempo sin cuarto de baño ni teléfono, las manos paralizadas por el frío, escribir con guantes sobre un tablero en las

rodillas, la locura de escribir enfrentándose con la locura de mi mente, Virginia dependiendo de todos para andar por el mundo, para el más mínimo gesto real o práctico, independiente siempre mi cerebro, que yo sola gobernaba aun en épocas de sus más violentas rebeliones. La mente libre, separada de mi naturaleza frágil, enfermiza, del cuerpo que detestaba, un lastre, un peso, algo que necesariamente debía arrastrar.

Con los derechos de autor de la señora Dalloway llegó el cuarto de baño, y con Jacob, con Orlando, ya con todos mis libros, vinieron el teléfono, el coche, mi dinero propio para comprar objetos caprichosos, lámparas, manguitos, frascos, papeles de color, vestidos elegantes con los que me sentía un adefesio. Y así debía de aparecer ante los demás.

—Ya no llueve. Deberías salir al jardín y cortar flores frescas. Lady Wyndham vendrá esta tarde a tomar el té. —De nuevo las voces, los ruidos de las personas que ahora habitan esta casa y me ignoran. ¿Dónde se esconden? O soy yo la que deliberadamente me oculto.

Vita, que cenó más de una vez en la cocina de esta casa, olvidando su alcurnia, afeaba mi descuidada manera de vestirme. Y era peor cuando yo pretendía superarme. Recuerdo su mirada perpleja ante uno de mis atuendos más originales, un traje negro y naranja que se completaba con un alto sombrero en los mismos colores, rematado con dos plumas que parecían las alas de Mercurio. Yo había comprado aquel conjunto para ir con ella a la Opera o al ballet, como si fuera una novia que debía lucirse en un palco. Y vi en sus ojos la misma mirada de George, mi medio hermano, cuando apenas yo era algo más que una adolescente, haciendo esfuerzos sobrehumanos por reprimir su naturaleza impulsiva frente a mi traje verde, una noche en que iba a llevarnos, a Nessa y a mí, al teatro, en uno de sus muchos intentos por enrolarnos en la vida social a la que él era tan inclinado. Poco faltó para que rasgara mi vestido en dos pedazos.

Qué desgraciada me hacían estas pequeñas cosas ante las que me sentía tan inútil, qué sufrimiento por algo que no comprendía, esas elegancias externas, esos cuidados que nunca tuvieron para mí el menor interés. Comprar un sombrero ya era un suplicio, elegir un atuendo un martirio chino que Nessa, mi santa hermana, dotada de una cierta extravagancia para estos asuntos, se encargó más de una vez de evitarme.

Qué miedos por todo, qué angustias, qué minúsculos terrores que recorrían mi cuerpo como espadas en punta. Me temo que aún no los he dominado, pero me acostumbré al fin a convivir con ellos, como si fueran fantasmas poco ruidosos de una vieja casa muy querida. Miedo a las cosas importantes y a las que no lo son, al fuego y la tristeza, al ardor y el frío de Vita, que sólo desde lejos me llegaban. Miedo a la excesiva dependencia del afecto de los demás. Yo hubiera querido enamorar a todos los hombres y mujeres que me rodeaban, yo la reina de las hadas en el centro del bosque y ellos saltando como animalillos a mi alrededor, sin rozarme. Miedo a la posesión y al amor dominante de los hombres, miedo al sexo, hacia el que nunca tuve una actitud monjil. Me excitaba hablar de sus misterios, semen y copulación eran palabras que salían sin rubor de mis labios, pero qué era aquella violencia, aquella animalidad en la que yo no podía poner mi alma. Con nadie sino con Leonardo intenté entrar en ese espacio de maravillas, todos los sentidos alerta en espera de abandonar el mundo, de flotar fuera de él, de perderse en un mar de ternura, de hundirse en un pozo de luz que nos envuelve en una espiral y nos hace etéreos.

Pero nada de eso ocurrió. Mi cuerpo estaba ajeno a los sueños, a la literatura que yo había escrito en cuadernos secretos, de pie sobre la montaña rodeada de alces, sobre un suceso tan fundamental en la vida de una mujer. Y no bajé de la montaña, cobardía y miedo de la vida real, miedo de mi cuerpo hecho añicos como un cristal que se arroja contra el suelo.

No fue culpa de nadie, y menos de Leonardo, que me llevaba de la mano con infinita paciencia por aquel áspero camino. Pero la aventura iniciada fue un terrible fracaso que me entregó de nuevo a la locura, si locura es oír las voces de los pájaros, ver una y otra vez a mi madre muerta a la cabecera de mi cama y buscar su consuelo, huir como del diablo de quien nos ha mostrado una senda pedregosa que no queremos recorrer. Si locura es volver con urgencia a la fantasía como el refugio más hermoso.

Las gaviotas volando en bandadas sobre el faro de Godrevy, el mar que resuena en todas las habitaciones de Talland House poniendo música a la vida, trepar por las rocas, subir a los árboles, jugar con la arena caliente y dejar que resbale entre los dedos abriendo las manos como alas, los brazos como una bailarina que conoce el verdadero arte de la expresión y el sentimiento. El éxtasis está en el rumor de una concha marina que nos cuenta los secretos de Ulises y el amor de las sirenas que nunca regresan a la tierra, en el río que pasa ante nosotros y nos deja en su orilla, en el color de las hojas cuando el sol las atraviesa, en el parpadeo de las mariposas, en todo lo que en la naturaleza se mueve como si la vida arrastrara desnuda su belleza.

—Entra en casa. ¿Qué haces ahí, debajo del manzano, como una idiota? —¿Son voces de dentro o de fuera?

Vuelve a llover. Infinitos hilos de agua que el cielo envía para despertar a la tierra. Las nubes deshaciendo en lágrimas su aburrimiento gris y el aire que reclama su espacio en este desconcierto de enfados y caricias, de amores y olvidos, en que cielo y tierra viven, enamoradas que se atraen y jamás se unen. La lluvia impide ver el fondo del paisaje, las colinas. No es posible cruzar con la mirada el valle del Ouse y llegar a Itford Hill, a cuyo pie descansa Asham, la pequeña granja que Vanessa hizo habitable y que fue nuestro primer refugio en el campo, con verdaderos fantasmas, la casa encantada que todos compartíamos. Era un edificio sin tiempo, al final de un camino bordeado de hayas que se abrazan en lo alto, con orgullo, para impedir el paso al sol. Eric Gilí y Epstein habían tenido la idea de formar con sus esculturas un moderno Stonehenge en el terreno que rodeada Asham. Hubiera sido perfecto en aquel lugar fantasmagórico, irreal. Vivir en Asham era como estar bajo un lago, verlo todo a través del cristal del agua, borroso, impreciso, en una atmósfera llena de ruidos apenas perceptibles, de susurros, de voces de espíritus delicados que no quieren molestar a los vivos que se tropiezan con ellos en habitaciones y jardines. Tengo que volver a Asham. Un día con más luz, con otro ánimo.

Aquí, en mi dormitorio, sobre una mecedora, yace el mantón de seda con grandes rosas bordadas que Ottoline me regaló sin motivo y que alguna vez usé como chal. Me asombra encontrar junto a mi cama una pared con estantes repletos de libros, ediciones que no conocía de mis obras, traducciones en idiomas que jamás podré leer. Me envanece un momento y en seguida el miedo me sacude, el temor de que mis palabras hayan sido desvirtuadas, desprovistas de ese hálito, de ese aire de locura contenida, de espíritu desbordado, que era su única justificación. Palabras vivas. Mis dedos recorren las letras de Orlando para dar calor a ese nombre, signos desconocidos, chinos, japoneses, rusos, no sé, que quieren decir fin de viaje, los años, tres guineas, quién sabe. Veo la cubierta de un libro en el que se reproduce el cuadro de Strang, Vita desafiante y melancólica, con un gran sombrero rojo, casi una pamelita, su larga blusa verde y una mano en la cintura. Vita aristocrática, impenetrable y misteriosa, delgada como un árbol joven, elegante y llena de escondida pasión. Beso su boca, roja como el sombrero.

—Sí te sentará bien descansar el fin de semana en Knole. Prométeme que no harás excesos, que te acostarás temprano. —Leonardo siempre dudoso de que siguiera sus normas cuando él no

estaba presente. Y yo alegre de poder vivir sin prohibiciones ni horarios, aunque sólo fuese un par de días.

Ni una fotografía, ni un solo objeto en este recinto que perteneciese a Leonardo, tan cambiado está todo. Empieza a no importarme este desbarajuste, reconstruyo mentalmente mi cuarto y, por primera vez hoy, tengo ganas de reír. Leonardo subiendo a mi dormitorio con la bandeja del desayuno, señal de que va a prescribirme reposo esa mañana. Nada de trabajo. Nada de escribir. Comer, comer, cuatro o seis vasos de champán al día para ahogar la depresión, y dejar la mente en blanco. ¿Qué ha habido de especial en mí, el día anterior, para entrar en este tiempo muerto? Mejor evitar la discusión, seguir el juego de mi solícito guardián. Hoy el ganso gris es el amo y el mandril su esclava. Y la mañana, entre el correo y el almuerzo, pasará con los ojos cerrados y la habitación en penumbra, consumida en imaginar qué sutiles pensamientos o extrañas situaciones cercan a mis personajes.

El cerebro no admite órdenes y la mente sigue girando. Las ideas se suceden a increíble velocidad, están a una distancia de años luz de las palabras, y yo lejos del mundo, desatada de él, como cuando escribo con inmenso placer y las horas pasan sin haber sido consciente ni un solo minuto del reloj. Hablo en voz alta para recordarlo todo, para aprender de memoria lo que unos y otros se dicen en mi cerebro hirviente. Ellos corren más, mis palabras se atropellan, Enrique VIII grita cosas obscenas, desnudo entre los árboles del jardín, una pausa, no me dais tiempo, ¿dónde están los taquígrafos del reino?, y yo voy a la deriva como un barco de vela en alta mar, a merced de las olas feroces sobre las que los tiburones muestran sus aletas. Un agudo chillido. Todo está tan vivo. Calma, que no oigan las voces. Y amordazo mi boca con la mano.

Leonardo sube alarmado a mi cuarto, yo sonrío con placidez y entreabro los ojos. No pasa nada, soy una niña dócil. Mi disimulo ha sido convincente. Después de comer quizá ya pueda levantarme y habrá un largo paseo hasta el río o jugaré a los bolos con la mangosta que amaneció rebelde, autoritaria. Prepárate, Leo, tu mandril va a ganarte esta tarde. Buena pareja, un mandril y una mangosta.

¿Qué hubiera sucedido de no haberme yo casado con el tembloroso ganso gris, la mangosta obsesiva, el judío meticuloso, el animal fiel, el Mongoosius Felicissimus, el amor de mi vida? Amor, amor, qué palabra tan difícil. Y lo digo yo, que fui considerada una romántica impenitente.

—El roast-beef estaba incomible, las legumbres frías, el pudding de limón demasiado ácido. —Una voz masculina, fuerte y desabrida, al otro lado del tabique. Es la hora del almuerzo y, probablemente, una pareja está sentada a la mesa. La mujer permanece en silencio.

Yo tenía miedo. Miedo a que el matrimonio fuera algo inerte y pesado, una piedra que nos arroja al fondo del infierno. Miedo a consumirme, a la costumbre, la inercia pasional. Así que había de ir en pos de la aventura, de algo siempre vivo, basado en la intimidad y en el trabajo, en busca de la savia cerebral, de una sensible inteligencia que permite en el otro la independencia de la mente. No el sometimiento estéril y rutinario. Si tenía que casarme, lo haría con uno de los hombres de Cambridge, que habían entrado en nuestro círculo de mano de mi hermano Thoby, con el que yo seguía hablando después de su muerte, inventándole una vida progresiva y brillante para que no se aburriera de inactividad, de estar muerto siempre a mi lado.

De todos mis pretendientes, Hilton Young y Harry Norton tenían pocas probabilidades de penetrar en mi área imaginativa. Creo que sólo vieron mi descontento de la vida normal, mis inquisitivos ojos azul grisáceos, la levedad de mi figura por mi extrema delgadez. Headlam, erudito en griego, que yo había estudiado minuciosamente en mi adolescencia, no se hubiera

sorprendido nunca de que yo oiga las voces de algunos pájaros que cantan en tono de tragedia griega y que traduzca sus mensajes. Pero murió antes de que encontrásemos otros espacios comunes por donde poder andar juntos toda una vida. Estaba escrito que yo no sería la esposa de un fellow del King's College.

Mi deseo de amor tampoco reposó en el corazón de Sidney Waterlow, sin que yo sepa la causa, ni en el del tenaz Walter Lamb, los dos únicos que realmente me hicieron una, supongo que veraz, propuesta de matrimonio. Leonardo creyó, antes de iniciar su cortejo, que me casaría con Turner el silencioso, y Lytton, en algún momento, pensó que lo haría con Duncan, homosexual como él. Era probablemente una invención sin fundamento, quizá para acallar su complejo de culpa después de su formal compromiso de matrimonio, que yo acepté, más en serio que en broma, y que duró sólo unas horas. Los dos nos comportamos con elegancia y talento en aquel desagradable episodio de la vuelta atrás, como si el día de ayer no hubiera existido nunca. Y nuestra amistad perduró años y años, hasta su muerte. Aquel frustrado matrimonio fue un regalo del destino. Me estremece pensar que mi vida hubiera podido ser como la de Carrington, en su adoración de Lytton, su existencia tan dependiente de su amor imposible y siempre compartido. Me estremece pensar en el desolado abandono, en la inseparable tristeza en la que ella cayó tras su muerte, en su suicidio por amor o por incontrolable soledad, en su incapacidad absoluta para seguir viviendo sin la extraña voz, las hermosas manos, hábiles para la caricia, de Lytton, al que yo imaginaba como un príncipe veneciano, tal vez en un columpio adornado de flores, balanceando sus largas piernas en el aire.

—¿Cómo conservar a un amante durante toda la vida? —Esta vez soy yo la que hablo, la que me interrogo a mí misma, pensando en la suerte de Nessa, mi adorable hermana.

Duncan, con el tiempo, sería para Vanessa; la santa, sensual y de infinito tacto, que ganó su corona de martirio, oculto con una dulce sonrisa, al mantener alrededor de su llama, durante toda la vida, a un ex marido conquistador, a un ex amante absorbente y el inviolable amor de Duncan, que se acogía pasional en su regazo después de haber libado la flor de otros almendros, no siempre primaverales. Nessa, mi amantísima hermana, llegó hasta el amoroso milagro de tener una hija de Duncan. El, genial y seductor, de una encantadora irresponsabilidad ante la vida, la amaba hasta ese punto.

Cuando Leonardo vino a mí, yo era una virgen imprudente de casi treinta años, que me había bañado desnuda en el Grantchester con Rupert Brooke, mantenía amistades maternas y secretas con Madge y Violet, me dejaba querer, siempre hambrienta, por cualquier ser humano sensible que me cobijase en su seno, y estaba hondamente triste y orgullosa de flirtear con mi cuñado Clive, llena de desamparo y celos de Vanessa, que me excluía de aquel anillo de felicidad de su matrimonio, empeñada en una dicha que para mí era traición a nuestro íntimo mundo afectivo. Nessa, la santa, me dejaba sola y yo me revolvía como una serpiente herida.

Mis amores más vehementes eran cultivados en la inteligencia y mimados por la fantasía hasta el raptó. Mi naturaleza volátil los preservaba de cualquier destructivo sufrimiento que la realidad pudiera acarrear. Sólo dos veces intenté con Vita la extrema intimidad, porque yo había oído que las personas que ella amaba eran enteramente suyas y la idea de llegar con una mujer a esa fusión total, de haber sido posible, me hubiera liberado de la culpa, de mi rechazo del amor físico. Leonardo, apasionado y ñero de ternura, había encontrado una roca helada, una oruga que se repliega en sí misma al menor contacto, un ser indiferente y a la vez orgulloso de no sucumbir al deseo, de no ser vencido ni humillado. Yo me había prometido ser libre en todo.

No me gustaba a mí misma, torpe y desaliñada, pero no era vergüenza de mi cuerpo sino horror a cualquier feroz sometimiento. La pasión de Vita era algo distinto, regida por un mundo de protección maternal. Mi sexo seguía placenteramente dormido y, pasada la época más atroz de mi matrimonio, nada igualaba ya a mi juego de amor con Leonardo, mi querida mangosta, cuya vanidad podía ser desastrosamente golpeada, sin ninguna razón. Yo le adoraba por dejarme libre para inventar más amor, para vivir en un mundo de fascinación que él, tan contrario al esnobismo, tan autoritario en algunas cosas, nunca reprimió. Mi ganso gris había aprendido a dejarme libre dentro del cerco de su poderosísimo amor.

Enamorar a Clive fue algo deliberado y nada difícil. Yo estaba aún sin norte en mis ansias de amar, llena de desconfianza y recelo por la actitud de Vanessa, deseosa de entrar en el área de delicias de la que había sido expulsada. Atraer el amor de Clive era un modo vengativo y retorcido de recuperar a Nessa, de mostrar mi superioridad con su derrota. Ella acababa de ser madre, el bebé acaparaba obsesivamente su atención, y Clive se sentía postergado, dispuesto a huir de los llantos de su hijo, de la posesiva maternidad de Vanessa, que se entregó al nuevo sentimiento con un deleite enfermizo. Aquel verano en Cornwall, mi paraíso, St. Ives, Garbis Bay, Godrevy, nuestras excursiones por la Cornisa, nuestros largos paseos hasta el final de la playa, Clive, tan amante de las mujeres a lo largo de su vida, demostró su exquisita habilidad para descubrir almas tan enrevesadas como la mía. Y yo me convertí en su diosa.

En aquel escenario de las alegrías de mi niñez, todo ensueño era posible. En los días radiantes había lagunas de luz en el mar y las olas traían estrellas de sol, fugaces y saltarinas, a la playa. Y a lo lejos siempre el faro, vigilante e inaccesible, sobre su promontorio. Al empezar el día, con la playa desierta y el mar sólo un rítmico rumor, el faro parecía alzarse sobre una roca hendida. A la izquierda, la piedra de su pasado, con un diagrama de días negros y de alegre excitación que la marea, en sus subidas y bajadas, había trazado en la peña. El centro, un caracol dormido que ha dejado enhiesto uno de sus cuernos. A la derecha, el futuro que apenas nace, que se extiende ondulado y suave y que cualquier ola salvaje puede ahogar. Únicamente yo, estaba segura, pensaba en esto al mirar el faro.

En uno de aquellos paseos idílicos, Clive estuvo a punto de besarme, y yo le hubiera dejado, pero vencimos el momento mirándonos con un silencio palpitante. Era al atardecer, en St. Ives se retiraba el sol y las gaviotas buscaban las farolas más altas para su sueño. Mar adentro, la niebla había caído y había cubierto de un blanco lechoso el horizonte y el faro. Era como si The Tighthouse no existiese y yo sola lo hubiese imaginado. Otras veces el arco iris partía del faro y remontaba el tejado de Talland House como una curva mágica que nos cubriese con su aura de misterio.

Desde Godrevy la roca del faro era un perro dogo echado panza arriba y la pequeña roca triangular del futuro no era visible. Aquel faro, real, de grandes dimensiones, casi al alcance, ya no era el de mi infancia.

Leonardo y yo nos casamos en el registro civil de St. Paneras, en una habitación con vistas a un cementerio próximo. Clive estaba afligido. Después del almuerzo, cuando ya sólo quedaban en la casa Saxon y Roger, que pintaba un retrato de Vanessa, Clive se sentó a escribir una breve carta llena de amor para mí y para mi marido. En aquellos momentos de incertidumbre y de nerviosa excitación, yo pensaba en mi hermano Thoby, que me hizo leer a Shakespeare y me introdujo en las cosas hermosas de la vida. Clive me había recomendado autores y libros, entre ellos las Cartas a una desconocida de Merimée. Con todas las que él me había escrito podía formar un

volumen con el mismo título. A lo largo de la vida siempre tuve un especial afecto a Clive, siempre hubo una natural confianza entre los dos.

Pequeños martillos golpean mi cabeza y cada sonido es un nombre de animal. Después los martillos son de piedra, de hueso duro, se oye el gong y los cuatro jinetes del Apocalipsis atraviesan mi cerebro, sus caballos vuelan como si fueran perseguidos por el diablo.

Y hay un momento de terror mayor que ningún otro. El mundo ha desaparecido y yo estoy sola en esta casa, y no se oye más que un silencio mortal cayendo sobre todo. Detrás de la ventana no hay paisaje, detrás de la puerta sólo hay lluvia. Daría mi vida por que la campana de la iglesia sonara, por que alguien llamase al timbre, por que un niño cruzara corriendo la calle, por que los perros de Rodmell volvieran a ladrar o un pájaro acudiera a mi mano abierta. No hay nada, no hay nadie. Y vuelvo desesperada mis ojos a los estantes de libros para comprobar que allí está mi nombre y que yo existo.

—Será sólo un momento, señora. Quieta, mire hacia aquí, por favor.

El periodista. El fotógrafo. Odiaba sus preguntas y la cámara, esas luces que estallan como un relámpago inesperado y te roban el gesto más adusto, la mueca más grotesca. Después, una mirada indagadora clavándose en mi rostro, o posándose sin reparo en cada uno de los objetos de la casa.

—Eso es la fama —decía Leonardo.

Y yo sabía que no era eso. Que no podía ser algo tan incómodo, que te hiciera sentir como un animal acorralado. Porque yo, tan celosa de la vida privada, tan poco propicia a expresar mis sentimientos, sufría, insegura y humillada, incapaz de mostrarme ingeniosa y brillante con un extraño.

Me irritaba ante cada pregunta convencional, ante la continua evidencia de que ese hombre, uno más, al que ni siquiera habría mirado si nos hubiéramos cruzado en la calle, no conocía sino los títulos de mi obra, y mal, los mezclaba, el faro y las olas, decía con una sonrisa estúpida, como si quisiera hacerse perdonar su desinterés por mi trabajo.

Y, entonces, ¿qué hacía allí?, ¿quién lo había enviado? Y yo hablaba, trataba de explicar lo inexplicable. ¿Cómo escribía? Y ¿qué debía yo de contestar? Con lápiz y en el reverso de las pruebas de imprenta de mi libro anterior. O algo más serio, negándome a describir lo aparente, cerrando los ojos para no ver nada y poder explorar las profundidades del ser humano. Nadie, por extraño que quiera aparecer ante los otros, es diferente en sus deseos y obsesiones. Tal vez él fuera la excepción. Y un minuto se hacía eterno. Había que contradecir a aquel hombre, negar con rotundidad sus falsas aseveraciones. No, yo no soy ambiciosa, para vivir me bastan los libros, las manzanas, y mi cocker spaniel. Una pasión, el alimento y el cariño fiel de un perro. Y Leonardo, claro, no había que olvidar a Leonardo.

Siempre salía frustrada, con una sensación de inutilidad, de aquellos enfrentamientos verbales en los que, a veces, al final, solía recuperar mi ingenio y me divertía desbaratando la situación, respondiendo con ideas disparatadas a las simples preguntas de alguien que, al fin y al cabo, sólo trataba de cumplir con su trabajo, y la conversación terminaba en una serie de mentiras encadenadas, en las que estallaban los colores, naranja para el papel, verde loro para las paredes de mi habitación, y los montes y el agua como principios básicos de la vida.

El fotógrafo bebía en silencio su té, el periodista abandonaba sus notas, y todo acababa siendo como un juego en el que yo desaparecía, poco a poco, para dar paso a una mujer excéntrica y de una fastuosa imaginación.

Cuando la casa recobraba su tranquilidad, Leonardo me decía:

—Has vuelto loco al pobre hombre.

Y no había en él ni un gesto cómplice, sólo un tono de ligera reprobación, mientras yo recogía las tazas vacías y los ceniceros llenos, restos de mi naufragio.

Hay tantas lagunas en mi memoria que no es posible, por mucho que me esfuerce, revivirlo todo. Flotan en mi mente imágenes que ya no podría unir para formar con ellas una historia verosímil. Lo más terrible es haber perdido mi talento de escritora, estar seca como un árbol derribado en el camino cuyos huecos convierten en madriguera extraños animales.

Ahí está Lamb, con levita y chistera; mis manos junto al fuego, la piel finísima a través de la cual se adivinan todos los huesos; el malicioso sentido del humor de Lytton; un gato pintado junto a una ventana abierta, y Clive, en el preciso instante de burlarse de uno de mis sombreros. Una copa de *black velvet* (*stout y champagne*) y aquella historia de una mujer que se convirtió en raposa. Leonardo y yo patinando en Richmond Park, y Duncan con su chaleco de terciopelo, iluminado con su sonrisa inimitable. Y aquellas exclamaciones, «¡mentira!», «¡absurdo!», de mi marido, midiendo su inteligencia durante una discusión con alguien cuyas ideas no compartía, sus manos temblorosas, también su cabeza, como un viejo iracundo.

Y siempre mi manía de arreglarme para ese martirio de las fotografías, y el irrefrenable deseo de romperlas después, al comprobar mi aspecto en los retratos. Los pendientes largos, que daban a mi rostro el aire de una campesina dominguera y borraban el misterio de la mirada lejana. Y el collar, esa terrible atadura al cuello. Cuando quería arreglar aquel desastre, tapaba los pendientes con dos dedos de una mano, con la otra el cuello, y quedaba así la cara desnuda, sola con su languidez, yo misma, triste por el paso de los años.

El espejo refleja mi rostro desdibujado, con el color cerúleo de la muerte. No puedo resistir esa visión y, por fortuna, un vocerío de personas en el jardín, la mayor parte hablando un inglés americano, distrae mis fúnebres pensamientos. En la puerta de la casa, junto al invernadero, se instala una mesa, y la mujer, que hace unas horas salió de la cocina con una taza de té humeante, se sienta en una silla baja y se dispone a cobrar a todo el que entra en Monk's House. Nadie parece verme, me ignoran, pasan ante mi lado como si no existiese.

Leonardo, con el mismo rostro que en la fotografía de Lettice Ramsey, sentado en el suelo del jardín, con alpargatas de cintas cruzadas, me hace gestos desde lejos. En una de sus manos, un pájaro o un cachorro de perro, no puedo distinguirlo desde aquí, protegido con esa ternura que, a veces, encubre mi marido. Yo me apresuro a ir a su lado, etérea y fantasmal, en un vuelo, como si todo mi amor por él de pronto renaciese, y un amplio olvido hubiera caído sobre los malos momentos, las inevitables discusiones, su férrea voluntad de imponerme una disciplina en el trabajo.

—He vuelto para recobrar mi cuerpo —digo.

Pero ya no me oye. Ha desaparecido.

Mis palabras de reconciliación, más que con él conmigo misma; mi deseo de provocar el suyo, de rectificar aquella castidad impuesta por mi demencia, pues locura es el intento de volver al revés la vida; mi necesidad de estar a su lado, otra vez y para siempre, es un afán inútil si él se esconde y no me da la oportunidad del diálogo.

Ha transcurrido tanto tiempo, amor, y estoy tan vacía, tan desorientada, en esta casa a la que he vuelto sólo para hablarte, para sentir el calor de nuestras huellas en el pasado, que se resiste a entrar de nuevo en mi piel.

La gente husmea ahora en mi estudio del jardín. Las paredes están cubiertas de fotografías,

Lettice con un pañuelo de cuadros y rayas al cuello; Roger, con las manos cruzadas, lentes, y ese sombrero de ala ancha, enlutado; Francés con una mano en la rodilla; Maynard con su bigote canoso, vestido también de oscuro; y yo con mi pámela de paja, sentada en una hamaca, a mi lado Angélica; y Julián, tan lleno de vida, unos meses antes de su muerte innecesariamente heroica... Todos estamos allí, indefensos, desarmados, para que los intrusos se detengan ante nuestros retratos y escruten impertinentes nuestros rostros, la intimidad de nuestras vidas.

—Gin, Gin... —¿Quién me llama? Nunca me gustó ese diminutivo con aroma de ginebra.

Todo se agolpa. Mi atroz sufrimiento, mi incapacidad de sacar ya de mí ni una sola palabra. No existo, puesto que ya no puedo escribir. Ruidos enloquecedores invaden mi cerebro y una cohorte de espíritus danza a mi alrededor, Julián, Roger, Lytton... Todos los muertos cuyo peso no puedo arrastrar. Y los pájaros cantan en griego y el rey Enrique VIII se pasea desnudo por el jardín, y mi madre, también muerta, habla conmigo a los pies de mi cama. Las persianas de mi habitación cubren la claridad del día, porque si yo hablo de estas cosas, se me impone el descanso y la penumbra. Y grito, no porque mis nervios estén destrozados, sino porque el cuarto está oscuro y la muerte viste siempre de negro.

De los dos olmos del jardín, sólo queda uno. Un muro de piedra separa la alberca del huerto de los manzanos. Sobre ese muro, tu busto y el mío, y en la pared una losa en la que se habla de tus principios en la vida. «*I believe profoundly in two rules, justice and mercy. They seem to me the foundation of all civilized life and society. If you include under mercy, toleration*», y de tu final.

Bajo la escultura que reproduce mi cabeza, perdida ya para siempre, unas palabras que yo dediqué a la muerte: «*Death is the enemy, against you I will fling myself unvanquished and unyielding, O Death*» y «*the waves broke on the shore*».

Leo esas frases que fueron tuyas y mías, como si no comprendiera ni una palabra de mi propia lengua.

Ya no hay manera de recuperar la vida. Y los ruidos siguen retumbando dentro de mí, mazas invisibles golpean sin descanso, y una bomba tras otra estalla en mi cabeza. Es la guerra que vuelve con sus horrores, nuestra casa de Londres en ruinas, los aviones que sobrevuelan los bosques y ciudades, mi espacio interior acribillado por la metralla; yo misma seré alcanzada por un obús, y «es el recuerdo de yacer, y de oír el agua, y de ver esta luz, y de sentir que es casi imposible que yo esté aquí», como yo escribí, lo que me impulsa a correr, a abrirme paso entre la gente bulliciosa que invade el jardín.

Dejo the Croft, atravieso los campos y llego al pie de las colinas. Rodmell queda a mi espalda y, en la orilla del Ouse, planto mi bastón como una bandera. Un cisne blanco me guía río adentro, me pierdo en el agua que acaricia las orillas, y mi cuerpo se hunde en el lugar que ya estaba escrito de antemano.

Un día volveré en tu busca, a nuestro querido Rodmell, a Monk's House. La casa me estará esperando, intacta, en silencio, y los pájaros acompañarán mi camino de regreso. Será el retorno a mi hogar después de un largo exilio. Y tú estarás allí, cuidando el jardín, que florecerá como antaño.



DESDE EL 22 DE HYDE PARK GATE, DONDE NACIÓ VIRGINIA WOOLF, PASEANDO POR FITZROY STREET Y GORDON SQUARE, HE RECORRIDO UNA Y OTRA VEZ, EN MIS ÚLTIMOS VERANOS LONDINENSES, EL CORAZÓN DE BLOOMSBURY, LOS LUGARES QUE CONSERVAN LA HUELLA LITERARIA Y ARTÍSTICA DE QUIENES RECIBIERON SU NOMBRE DE ESTE DISTRITO LONDINENSE.

ESTOS CUENTOS, BAJO LA SOMBRA TUTELAR DE VIRGINIA WOOLF, SON UNA LIBRE RECREACIÓN DE ALGUNOS DE LOS PERSONAJES QUE PROTAGONIZARON EL GRUPO DE BLOOMSBURY, Y PRETENDEN SER UN HOMENAJE A LO QUE ELLOS REPRESENTARON, UN MOMENTO DE PLENITUD CREADORA.

ISBN 84-350-9410-3

